LIBROdot.com

James Joyce

EXILIADOS

Una obra en tres actos

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

RICHARD ROWAN, escritor.
BERTHA.
ARCHIE, hijo de ambos, de ocho años.
ROBERT HAND, periodista.
BEATRICE JUSTICE, prima de Robert, profesora de música.
BRIGID, anciana sirvienta de la familia Rowan.
UNA PESCADERA.

En Merrion y Ranelagh, en las afueras de Dublín[1].
Verano del año 1912.

[1] Merrion es un suburbio al sureste de Dublín y cerca de la playa. Ranelagh se halla justamente al sur y más cercano al centro de la ciudad.

PRIMER ACTO

El salón de la casa de Richard Rowan en Merrion, un barrio en las afueras de Dublín. A la derecha, en primer término, una chimenea, frente a la cual hay una pantalla baja. Encima de la repisa de la chimenea hay un espejo con marco dorado. Más atrás, en la pared derecha, hay una puerta de dos hojas que da a la sala de estar y a la cocina. En la pared del fondo, a la derecha, una puerta pequeña que da a un estudio. A la izquierda de ésta hay un aparador. En la pared, encima del aparador, hay un retrato enmarcado, a lápiz, de un hombre joven. Más a la izquierda hay unas puertas dobles acristaladas que conducen al jardín. En la pared izquierda, una ventana que da al camino. Hacia el primer término, en esa misma pared, hay una puerta que lleva al vestíbulo y a la planta superior de la casa. Entre la puerta y la ventana, adosado a la pared, un escritorio de señora con una silla de mimbre. En el centro de la habitación, una mesa redonda. Sillas tapizadas de terciopelo verde desvaído rodean la mesa. A la derecha, en primer término, hay una mesita baja sobre la que se encuentra el recado de fumar. Cerca de ella, un sillón y un canapé. Delante de la chimenea, junto al canapé y ante las puertas, hay esteras de fibra de coco. El suelo es de planchas de madera barnizada Las puertas dobles del fondo y la de dos hojas de la derecha tienen visillos de encaje, que están medio echados. La parte inferior de la ventana está levantada, y la ventana está enmarcada por pesadas cortinas de terciopelo verde. La persiana se halla bajada hasta el borde del bastidor de la ventana.

Es una cálida tarde de junio [2] *y la habitación está bañada por una suave luz solar que empieza a decaer.*

> (BRIGID *y* BEATRICE JUSTICE *entran por la puerta de la izquierda.* BRIGID *es una mujer mayor, de baja estatura con el cabello gris hierro.* BEATRICE JUSTICE *es una joven delgada y morena, de veintisiete años. Viste un traje azul marino bien cortado y un elegante sombrero negro de paja adornado con sencillez; y lleva un pequeño bolso en forma de cartera.)*

BRIGID. La señora y el señorito Archie han ido a bañarse. No la esperaban por tanto. ¿Mandó usted recado de que había vuelto, señorita Justice?

BEATRICE. No. Acabo de llegar.

BRIGID. *(Le señala el sillón.)* Siéntese y le diré al señor que está usted aquí. ¿Ha estado mucho tiempo en el tren?

BEATRICE. *(Sentándose.)* Desde esta mañana.

BRIGID. Al señorito Archie le llegó su postal con las vistas de Youghal [3]. Tiene que estar usted rendida, me imagino.

BEATRICE. *(Tose con cierto nerviosismo.)* ¿Ha practicado con el piano mientras yo no estaba?

BRIGID. *(Se ríe con ganas.)* ¡Practicar, vaya cosa! ¿Quién, el señorito Archie? Últimamente anda loco con el caballo del lechero. ¿Le ha hecho buen tiempo allí abajo, señorita Justice?

BEATRICE. Más bien lluvioso, creo.

---

[2] La acción de Ulises también tiene lugar en junio, concretamente el día 16.

[3] Ciudad costera en el condado de Cork, fundada por los anglo-normandos. Su asociación con el poder inglés refuerza el protestantismo de Beatrice y el origen de la familia de Robert, descendiente de «los extranjeros morenos», a los que Robert hace alusión más adelante. Véase MacNicholas, Textual Companton, pág. 195.

BRIGID. *(Condolida.)* Pues vaya lástima. Y aquí parece que nos va a llover también. *(Avanzando hacia el estudio.)* Le diré que está usted aquí.

BEATRICE. ¿Está en casa el señor Rowan?

BRIGID. *(Señalando.)* Está en su estudio. Se está consumiendo por culpa de algo que está escribiendo. Se pasa la mitad de la noche levantado. *(Avanzando.)* Voy a llamarle.

BEATRICE. No le moleste, Brigid. Puedo esperar aquí hasta que regresen, si no tardan mucho.

BRIGID. Además, vi algo en el buzón cuando salí a abrirle a usted. *(Atraviesa hasta la puerta del estudio, la abre un poco y llama.)* Señor Rowan, la señorita Justice ha venido para la clase del señorito Archie.

(RICHARD ROWAN *entra desde el estudio y avanza hacia* BEATRICE *con la mano tendida. Es un hombre joven, alto y atlético, deporte un tanto indolente. Tiene el cabello castaño claro, y lleva gafas y bigote. Va vestido con ropa holgada de mezclilla gris clara.)*

RICHARD. Bienvenida.

BEATRICE. *(Se pone en pie y le da la mano, sonrojándose ligeramente.)* Buenas tardes, señor Rowan. Le dije a Brigid que no le molestara.

RICHARD. ¿Molestarme? ¡Por favor!

BRIGID. Hay algo en el buzón, señor.

RICHARD. *(Saca un pequeño manojo de llaves del bolsillo y se lo entrega a* BRIGID.) Tenga.

(BRIGID *sale por la puerta de la izquierda, y se oye cómo abre y cierra el buzón. Pausa breve. Vuelve a entrar con dos periódicos en la mano.)*

RICHARD. ¿Cartas?

BRIGID. No, señor. Sólo estos periódicos italianos.

RICHARD. Déjelos encima de mi mesa, ¿quiere?

(BRIGID *le devuelve las llaves, deja los periódicos en el estudio, vuelve a entrar _y sale por la puerta de dos hojas de la derecha.)*

RICHARD. Por favor, siéntese. Bertha volverá enseguida.

(BEATRICE *se vuelve a sentar en el sillón.* RICHARD *se sienta junto a la mesa.)*

RICHARD. Empezaba a creer que ya no volvería. Han pasado doce días desde que estuvo usted aquí.

BEATRICE. Yo también empezaba a pensarlo. Pero he venido.

RICHARD. ¿Ha pensado en lo que le dije la última vez que estuvo aquí?

BEATRICE. Mucho.

RICHARD. Tenía que saberlo de antes. ¿Lo sabía? *(Ella no contesta.)* ¿Me lo reprocha?

BEATRICE. No.

RICHARD. ¿Cree que me he portado... mal con usted? ¿O con cualquier otra persona?

BEATRICE. *(Le mira con expresión triste y perpleja.)* Yo misma me he hecho esa pregunta.

RICHARD. ¿Y la respuesta?
BEATRICE. No fui capaz de contestarla.
RICHARD. Si yo fuera pintor y le dijera que tenía un cuaderno de bocetos de usted, no le parecería tan extraño, ¿verdad?
BEATRICE. No es exactamente el mismo caso, ¿no cree?
RICHARD. *(Sonríe levemente.)* No del todo. También le dije que no le enseñaría lo que había escrito a no ser que me lo pidiera. ¿Y bien?
BEATRICE. No se lo pediré.
RICHARD. *(Se inclina hacia adelante, apoyando los codos sobre las rodillas, con las manos juntas.)* ¿Le gustaría verlo?
BEATRICE. Mucho.
RICHARD. ¿Porque trata sobre usted?
BEATRICE. Sí. Pero no sólo es eso.
RICHARD. ¿Porque lo he escrito yo? ¿Sí? ¿Incluso aunque lo que pudiera encontrar allí a veces resultara cruel?
BEATRICE. *(Con timidez)* Eso también es parte de su mente.
RICHARD. ¿Entonces es mi mente lo que la atrae? ¿Es eso?
BEATRICE. *(Vacilando, le dirige una mirada rápida.)* ¿Por qué cree que vengo aquí?
RICHARD. ¿Por qué? Por muchas razones. Para darle clases a Archie. Nos conocemos desde hace muchos años, desde la infancia, Robert, usted y yo, ¿no es así? Usted siempre se interesó por mí, antes de que me marchara y mientras estuve fuera. Luego están puestras cartas a propósito de mi libro. Ahora ya está publicado. Yo estoy aquí otra vez. Quizá cree que alguna cosa nueva se está forjando en mi cerebro; quizá piensa que debería saber qué es. ¿Es esa la razón?
BEATRICE. No.
RICHARD. Entonces, ¿por qué?
BEATRICE. Porque si no, no podría verle [4].

(Le mira durante un momento, y luego vuelve el rostro rápidamente.)

RICHARD. *(Tras una pausa, repite en tono inseguro.)* ¿Si no, no podría verme?
BEATRICE. *(Repentinamente azorada.)* Será mejor que me vaya. No van a volver. *(Poniéndose en pie.)* Señor Rowan, debo irme.
RICHARD. *(Extendiendo los brazos.)* ¡Pero está usted huyendo! Quédese. Dígame lo que significan sus palabras. ¿Tiene miedo de mí?
BEATRICE. *(Se deja caer de nuevo en su asiento.)* ¿Miedo? No.
RICHARD. ¿Tiene confianza en mi? ¿Tiene la sensación de que me conoce?
BEATRICE. *(De nuevo con timidez)* Es difícil conocer a nadie que no sea uno mismo.
RICHARD. ¿Difícil conocerme? Yo le enviaba los capítulos de mi libro desde Roma a medida que los iba escribiendo; y le envié cartas durante nueve largos años. Bueno, ocho años.
BEATRICE. Sí, pasó casi un año hasta que llegó su primera carta.
RICHARD. Usted la contestó enseguida. Y desde entonces me ha contemplado usted en mi lucha. *(Junta las manos con gesto de ansiedad.)* Dígame, señorita Justice, ¿le pareció que lo que leía estaba escrito para que lo leyera usted? ¿O que era usted quien me inspiraba?
BEATRICE. *(Negando con la cabeza)* No tengo por qué contestar a esa pregunta.
RICHARD. Entonces, ¿qué le pareció?

[4] [4] Esta misma frase aparece en un brevísimo fragmento de conversación en *Giacomo Joyce,* pág. 16.

BEATRICE. *(Permanece en silencio un momento.)* No puedo decirlo. Es usted quien tiene que hacerse la pregunta, señor Rowan.

RICHARD. *(Con cierta vehemencia.)* Entonces, ¿le pareció que yo expresaba en esos capítulos y esas cartas, y también con mi carácter y mi vida, algo que hay en su alma de lo que usted no podía enorgullecerse, pero que tampoco podía desdeñar?

BEATRICE. ¿No podía?

RICHARD. *(Inclinándose hacia ella.)* No podía porque no se atrevía. ¿Es por eso?

BEATRICE. *(Agachando la cabeza.)* Sí.

RICHARD. ¿A causa de los demás, o por falta de valor? ¿Cuál fue el motivo?

BEATRICE. *(Suavemente.)* El valor.

RICHARD. *(Lentamente.)* Y así, pues, ¿me ha seguido con orgullo y también con desdén en el corazón?

BEATRICE. Y con soledad.

(Apoya la cabeza en la mano, volviéndole la cara. RICHARD *se pone en pie y se dirige lentamente a la ventana de la izquierda. Mira al exterior durante unos instantes y luego regresa hacia ella, se dirige al canapé y se sienta cerca de ella.)*

RICHARD. ¿Aún le ama?

BEATRICE. Ni siquiera lo sé.

RICHARD. Eso es lo que hacía que yo fuera entonces tan reservado con usted, a pesar de que notaba su interés por mí, a pesar de que sentía que yo también significaba algo en su vida.

BEATRICE. Y así era.

RICHARD. Y sin embargo, eso me separaba de usted. Yo era el tercero en discordia, o eso me parecía. Sus nombres siempre se habían pronunciado juntos, Robert y Beatrice, desde que yo podía recordarlo. Me parecía a mí, les parecía a todos...

BEATRICE. Somos primos hermanos. No es extraño que a menudo estuviéramos juntos.

RICHARD. Él me habló de su compromiso secreto con usted. Él no me ocultaba ningún secreto; supongo que eso lo sabe.

BEATRICE. *(Incómoda.)* Lo que sucedió... entre nosotros... fue hace mucho tiempo. Yo era una niña.

RICHARD. *(Sonríe con malicia.)* ¿Una niña? ¿Está segura? Fue en el jardín de la casa de su madre, ¿no? *(Señala hacia el jardín.)* Allí. Se dieron palabra de matrimonio, como se suele decir, con un beso. Y usted le regaló una liga suya. ¿Me está permitido mencionarlo?

BEATRICE. *(Con cierta reserva.) Si* usted lo cree digno de mención.

RICHARD. Creo que usted no lo ha olvidado. *(juntando las manos suavemente.)* No lo entiendo. Pensé, también, que después de haberme ido... ¿Le hizo sufrir mi partida?

BEATRICE. Siempre supe que algún día se marcharía. No sufrí; pero sí cambié.

RICHARD. ¿Con respecto a él?

BEATRICE. Todo cambió. Su vida, incluso su mente pareció cambiar después de eso.

RICHARD. *(Pensativo.)* Sí. Vi que usted había cambiado cuando recibí su primera carta después de un año; después de su enfermedad, también. Incluso lo decía usted en su carta.

BEATRICE. Estuve al borde de la muerte. Eso me hizo ver las cosas de un modo diferente.

RICHARD. Y así comenzó a crecer entre ustedes la frialdad, poquito a poco. ¿Es eso?

BEATRICE. *(Entrecerrando los ojos.)* No. No de inmediato. Yo veía en él un pálido reflejo de usted. Luego, eso se desvaneció también. ¿De qué sirve hablar de ello ahora?

RICHARD. *(Con energía contenida.)* Pero, ¿qué es lo que parece cernerse sobre usted? Sin duda, no puede ser tan trágico.

BEATRICE. *(Con calma.)* Oh, no es en absoluto trágico. Me iré reponiendo, me dicen, a medida que me haga mayor. Como no me morí entonces, me dicen que probablemente viviré. He recuperado la vida y la salud cuando no puedo disfrutar de ellas. *(Con serenidad y amargura.)* Estoy convaleciente.

RICHARD. *(Suavemente.)* Entonces, ¿no hay nada en la vida que le depare paz? Sin duda tendrá que haberla para usted en alguna parte.

BEATRICE. Si en nuestra religión existieran los conventos, quizá allí [5]. Al menos eso me parece a veces.

RICHARD. *(Negando con la cabeza.)* No, señorita Justice, ni siquiera allí. Usted no sería capaz de entregarse libre y totalmente.

BEATRICE. *(Mirándole.)* Lo intentaría.

RICHARD. Lo intentaría, sí. Usted se sintió atraída hacia él lo mismo que su mente se sentía atraída hacia la mía. Usted se resistió a él. Y a mí también, de un modo distinto. Usted no es capaz de entregarse libre y totalmente.

BEATRICE. *(Une las manos delicadamente.)* Es algo terriblemente difícil de hacer, señor Rowan, entregarse libre y totalmente... y ser feliz.

RICHARD. Pero, ¿cree usted que la felicidad es lo mejor, lo más elevado que podemos sentir?

BEATRICE. *(Con fervor.)* Ojalá pudiera creerlo.

RICHARD. *(Se reclina hacia atrás, con las manos cogidas detrás de la nuca.)* ¡Oh, si supiera cuánto estoy sufriendo en este instante! Por su caso también. Pero sobre todo sufro por el mío. *(Con profunda amargura.)* ¡Y cómo pido al cielo que me vuelva a ser concedida la dureza de corazón de mi difunta madre! Porque, dentro o fuera de mí, he de encontrar ayuda. Y voy a encontrarla.

(BEATRICE *se pone en pie, le mira intensamente, y se aleja en dirección a la puerta del jardin. Se vuelve, indecisa, le mira de nuevo y, regresando, se inclina sobre el respaldo del sillón.)*

BEATRICE. *(En tono* quedo.) ¿Le mandó llamar antes de morirse, señor Rowan?

RICHARD. *(Perdido en sus pensamientos.)* ¿Quién?

BEATRICE. Su madre.

RICHARD. *(Recuperándose, la mira fijamente durante un momento.)* ¿Así que mis amigos de aquí también dijeron eso de mí, que ella me mandó llamar antes de morir y que yo no acude?

BEATRICE. Si.

RICHARD. *(Fríamente.)* No lo hizo. Murió sola, sin haberme perdonado, y reconfortada por los ritos de la Santa Madre Iglesia.

BEATRICE. Señor Rowan, ¿por qué me habla de ese modo?

RICHARD. *(Se pone en pie y se pasea nerviosamente de un lado a otro.) Y* dirá usted que lo que yo sufro ahora es el castigo que me corresponde.

BEATRICE. ¿Le escribió a usted? Quiero decir, antes de...

---

[5] Beatrice se refiere al protestantismo. Richard más adelante alude al epíteto «la protestante negra».

RICHARD. *(Deteniéndose.)* Sí. Una carta de advertencia, conminándome a romper con el pasado y a recordar las últimas palabras que me dijo.

BEATRICE. *(Suavemente.)* ¿Y no le conmueve la muerte, señor Rowan? Es un final. Todo lo demás es tan incierto...

RICHARD. Mientras vivió, ella me volvió la espalda, a mí y a los míos. Eso es seguro.

BEATRICE. A usted y a...

RICHARD. A Bertha y a mí y a nuestro hijo. Así que yo aguardé el final, como usted dice. Y el final llegó.

BEATRICE. *(Se cubre el rostro con las manos.)* Oh, no. No puede ser.

RICHARD. *(Violentamente.)* ¿Qué daño pueden causar mis palabras a su pobre cuerpo que se pudre en la tumba? ¿Cree que no me compadezco de su frío y marchito amor por mí? Mientras ella vivió, yo luché contra su espíritu hasta el amargo final. *(Se lleva la mano a la frente.)* Aún sigue luchando contra mí... aquí dentro.

BEATRICE. *(Igual que antes.)* ¡Oh, no hable de ese modo!

RICHARD. Ella me echó. Por culpa de ella pasé años en el exilio y en la pobreza, o casi. Jamás acepté las limosnas que me enviaba por el banco. Esperé, también, no su muerte, sino que me comprendiera un poco a mí, a su propio hijo, su propia sangre. Pues eso no ocurrió jamás.

BEATRICE. ¿Ni siquiera después de que Archie...?

RICHARD. *(Bruscamente.)* ¿Mi hijo, dice usted? ¡Un hijo del pecado y la vergüenza! [6]. ¿Lo dice en serio? *(Ella levanta la cabeza y le mira.)* Aquí había lenguas dispuestas a decírselo todo, a envenenar aún más su mente en contra de mí y contra Bertha y nuestro hijo sin Dios y sin nombre. *(Tendiéndole las manos.)* ¿Acaso no oye su voz mofándose de mí mientras hablo? Sin duda debe conocer usted esa voz, la voz que la llamaba a usted *la protestante negra,* la hija de la perversión. *(Dominándose repentinamente.)* En cualquier caso, una mujer notable.

BEATRICE. *(Débilmente.)* Al menos ahora ha quedado usted libre.

RICHARD. *(Asiente con la cabeza.)* Sí, ella no podía alterar los términos del testamento de mi padre, ni vivir para siempre.

BEATRICE. *(Con las manos juntas.)* Los dos han desaparecido ya, señor Rowan. Los dos le querían, créame. Sus últimos pensamientos fueron para usted.

RICHARD. *(Acercándose, la toca levemente en el hombro y señala el retrato a lápiz de la pared.)* ¿Le ve ahí, guapo y sonriente? ¡Sus últimos pensamientos! Recuerdo la noche en que murió. *(Se detiene un instante y prosigue con calma.)* Yo era un muchacho de catorce años. Él me llamó junto a su lecho. Sabía que yo quería ir al teatro a oír *Carmen.* Le dijo a mi madre que me diera un chelín. Yo le di un beso y me marché. Cuando regresé a casa había muerto. Esos fueron sus últimos pensamientos, por lo que yo sé.

BEATRICE. La dureza de corazón por la que usted rezaba... *(Se interrumpe.)*

RICHARD. *(Sin hacerle caso.)* Ese es mi último recuerdo de él. ¿No encierra algo de dulzura y de nobleza?

BEATRICE. Señor Rowan, algo le preocupa cuando habla usted así. Algo le ha hecho cambiar desde que regresó hace tres meses.

RICHARD. *(Contemplando el retrato de nuevo, tranquilo, casi alegre.)* Quizá él me ayude, mi guapo y sonriente padre.

(Se oye golpear en la puerta del vestíbulo, a la izquierda.)

---

[6] Al nacer Giorgio, Joyce telegrafió a Stanislaus comunicándole escuetamente el evento. Cosgrave, al conocer la noticia, extendió el rumor de que el telegrama en realidad terminaba diciendo «La madre y el bastardo bien». Véase Ellmann, pág. 204.

RICHARD. *(De repente.)* No, no. El hombre sonriente no, señorita Justice. La anciana madre. Lo que necesito es el espíritu de ella. Me voy.
BEATRICE. Han llamado a la puerta. Ya han regresado.
BEATRICE. No. Bertha tiene llave. Es él. En cualquier caso, yo me voy, sea quien sea.

(Sale rápidamente por la izquierda y regresa enseguida con su sombrero de paja en la mano.)

BEATRICE. ¿Él? ¿Quién?
RICHARD. Oh, probablemente Robert. Yo voy a salir por el jardín. No puedo verle ahora. Diga que me he ido a Correos. Adiós.
BEATRICE. *(Cada vez más alarmada.)* ¿Es que no quiere ver a Robert?
RICHARD. *(Serenamente.)* De momento, no. Esta conversación me ha alterado. Pídale que espere.
BEATRICE. ¿Regresará usted?
RICHARD. Dios lo quiera.

(Sale rápidamente por el jardín. BEATRICE *hace ademán de seguirle, pero se detiene tras dar unos pasos.* BRIGID *entra por la puerta de dos hojas de la derecha y sale por la izquierda. Se oye abrirse la puerta del vestíbulo. Unos segundos después entra* BRIGID *con* ROBERT HAND. ROBERT HAND *es un hombre de mediana estatura, más bien grueso, de entre treinta y cuarenta años de edad. Va totalmente afeitado y sus facciones son expresivas. Su cabello y sus ojos son oscuros, y la tez, cetrina. Sus andares y su habla son algo pausados. Lleva un traje de mañana azul oscuro, y en la mano un gran ramo de rosas rojas* [7] *envuelto en papel de seda.)*

ROBERT. *(Aproximándose a ella con las manos tendidas. Ella las toma.)* ¡Queridísima primita! Brigid me dijo que estabas aquí. No tenía ni idea. ¿Le enviaste un telegrama a mamá?
BEATRICE. *(Contemplando las rosas.)* No.
ROBERT. *(Siguiéndole la mirada.)* Estás admirando mis rosas. Se las he traído a la señora[8] de la casa. *(En tono crítico.)* Me temo que no son de las mías.
BRIGID. Ay, son preciosas, señor. A la señora le encantarán.
ROBERT. *(Deja las flores descuidadamente sobre una silla, donde no se vean.)* ¿No hay nadie en casa?
BRIGID. Sí, señor. Siéntese, señor. Llegarán de un momento a otro. El señor estaba aquí.

(Mira a su alrededor y haciendo media reverencia se retira por la derecha.)

[7] En Ulises también Blazes Boylan, el amante de Molly Bloom, lleva una flor roja en la boca.
[8] Aquí hay un juego de palabras imposible de reproducir en español. En el original, la palabra *mistress* puede indicar tanto «señora» como «amante», en alusión al carácter no legalizado de la relación entre Richard y Bertha, o como indicación subliminal de lo que Robert quisiera que Bertha fuera para él. Joyce utiliza la palabra *mistress* en las «Notas» precisamente en este segundo sentido. En cualquier caso, es esta la primera de varias ocasiones a lo largo de la obra en que las palabras de Robert resultan ambiguas.

ROBERT. *(Tras un breve silencio.)* ¿Cómo estás, Beatty? Y, ¿cómo andan todos por Youghal? ¿Tan aburridos como siempre?

BEATRICE. Estaban bien cuando les dejé.

ROBERT. *(Cortésmente.)* Ah, siento mucho no haber sabido que venías. Te hubiera ido a esperar al tren. ¿Por qué lo has hecho? Tienes algunas manías un tanto raras, ¿no, Beatty?

BEATRICE. *(En el mismo tono)* Gracias, Robert. Estoy muy acostumbrada a arreglármelas sola.

ROBERT. Sí, pero, quiero decir... Bueno, total, que has llegado de una manera típicamente tuya.

(Se oye un ruido en la ventana, y la voz de un niño que grita: «¡Señor Hand!» ROBERT *se vuelve.)*

ROBERT. ¡Toma! ¡Archie también está llegando de un modo muy típico!

(ARCHIE *se cuela en la habitación por la ventana abierta de la izquierda y luego se pone en pie, acalorado y jadeante.* ARCHIE *es un niño de ocho años, vestido con pantalones cortos blancos, un jersey y una gorra. Lleva gafas, es muy vivaracho y al hablar se le nota levemente un acento extranjero.)*

BEATRICE. *(Dirigiéndose hacia él.)* ¡Por amor de Dios, Archie! ¿Qué ocurre?

ARCHIE. *(Poniéndose en pie, sin aliento.)* ¡Eh! He venido corriendo por toda la avenida.

ROBERT. *(Sonríe y le tiende la mano.)* Buenas tardes, Archie. ¿Por qué has corrido tanto?

ARCHIE. *(Le da la mano.)* Buenas tardes. Le vimos en la parte de arriba del tranvía, y yo grité, *¡Señor Hand!* Pero usted no me vio. Pero nosotros sí que le vimos a usted, mamá y yo. Ella llegará enseguida. Yo vine corriendo.

BEATRICE. *(Tendiéndole la mano.)* Y yo, ¿qué?

ARCHIE. *(Le da la mano con cierta timidez)* Buenas tardes, señorita Justice.

BEATRICE. ¿Te decepcionó que no viniera a darte la clase el viernes pasado?

ARCHIE. *(La mira rápidamente; sonríe.)* No.

BEATRICE. ¿Te alegró?

ARCHIE. *(Repentinamente.)* Pero hoy ya es muy tarde.

BEATRICE. ¿Una clase muy cortita?

ARCHIE. *(Contento.)* Sí.

BEATRICE. Pero ahora tienes que estudiar, Archie.

ROBERT. ¿Has ido a bañarte?

ARCHIE. Sí.

ROBERT. ¿Y ya nadas bien?

ARCHIE. *(Se apoya en el escritorio.)* No, mamá no me deja ir por la parte honda. ¿Usted nada bien, señor Hand?

ROBERT. Magníficamente. Como una piedra.

ARCHIE. *(Se ríe.)* ¡Como una piedra! *(Señalando el suelo.)* ¿Así, hacia abajo?

ROBERT. *(Señalando también.)* Sí, hacia abajo. Directamente hacia el fondo. ¿Cómo decís eso en Italia?

ARCHIE. ¿Eso? *Giù. (Señalando hacia abajo y hacia arriba.)* Eso es *giù* y esto es *sù.* ¿Quiere hablar con mi papá?

ROBERT. Sí. He venido a verle.

ARCHIE. *(Dirigiéndose al estudio.)* Se lo voy a decir. Está ahí dentro, escribiendo.
BEATRICE. *(Serenamente, mirando a* ROBERT.) No; ha salido. Ha ido a Correos con unas cartas.
ROBERT. *(Despreocupado.)* Ah, no importa. Si sólo ha ido a Correos, le esperaré.
ARCHIE. Pero mamá ya viene. *(Mira hacia la ventana.)* ¡Aquí está!

(ARCHIE *sale corriendo por la puerta de la izquierda.* BEATRICE *camina lentamente hacia el escritorio.* ROBERT *permanece en pie. Breve silencio.* ARCHIE y BERTHA *entran por la puerta de la izquierda.* BERTHA *es una mujer joven de grácil figura. Tiene los ojos gris oscuro, de expresión paciente _y rasgos suaves. Su actitud es cordial y segura. Lleva un vestido color lavanda y unos guantes color crema anudados en el mango de su sombrilla.)*

BERTHA. *(Dándole la mano.)* Buenas tardes, señorita Justice. Creíamos que seguía usted en Youghal.
BEATRICE. *(Dándole la mano.)* Buenas tardes, señora Rowan.
BERTHA. *(Hace una inclinación.)* Buenas tardes, señor Hand.
ROBERT. *(Inclinándose.)* ¡Buenas tardes, *signora!* Imagínese, yo tampoco sabía que había vuelto hasta que me la he encontrado aquí.
BERTHA. *(A ambos.)* ¿No han venido juntos?
BEATRICE. No. Yo vine primero. El señor Rowan salía. Dijo que usted volvería en cualquier momento.
BERTHA. Lo siento. Si hubiera escrito, o nos hubiera mandado un aviso por la chica esta mañana...
BEATRICE. *(Se ríe con nerviosismo.)* Llegué hace tan sólo una hora y media. Pensé en mandar un telegrama, pero me pareció demasiado trágico.
BERTHA. ¿Ah? ¿Entonces, acaba de llegar?
ROBERT. *(Abriendo los brazos, suavemente.)* Yo me retiro de la vida pública y privada. Soy su primo hermano y, además, periodista, y no sé nada de sus andanzas.
BEATRICE. *(No se lo dice a él directamente.)* Mis andanzas no son muy interesantes.
ROBERT. *(En el mismo tono.)* Las andanzas de una dama siempre son interesantes.
BERTHA. Pero siéntese, por favor. Debe estar muy cansada.
BEATRICE. *(Rápidamente.)* Oh, no, en absoluto. Sólo he venido a darle la clase a Archie.
BERTHA. Eso no lo consentiría yo, señorita Justice, después de semejante viaje.
ARCHIE. *(A* BEATRICE, *de repente.)* Y además, no ha traído usted la música.
BEATRICE. *(Algo azorada.)* Eso se me olvidó; pero tenemos la partitura vieja.
ROBERT. *(Agarrando a* ARCHIE *de la oreja.)* ¡Ah, golfillo, te quieres librar de la clase!
BERTHA. Vamos, olvídense de la clase. Ahora lo que tiene que hacer es sentarse y tomar una taza de té. *(Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.)* Se lo voy a decir a Brigid.
ARCHIE. Yo se lo diré, mamá. *(Hace ademán de marcharse.)*
BEATRICE. No, por favor, señora Rowan. ¡Archie! De verdad que preferiría...
ROBERT. *(En voz baja.)* Sugiero un compromiso. Que sea media clase.
BERTHA. Pero tiene que estar exhausta.
BEATRICE. *(Rápidamente.)* Ni lo más mínimo. En el tren venía pensando en la clase.
ROBERT. *(A* BERTHA.) ¿Ve lo que es tener conciencia, señora Rowan?
ARCHIE. ¿En mi clase, señorita Justice?
BEATRICE. Hace diez días que no oigo el sonido de un plano.

BERTHA. Bueno, muy bien. *Si* es eso...
ROBERT. *(Nervioso, en tono alegre.)* Sí, sí, al piano, desde luego. Sé muy bien qué es lo que está oyendo Beatty en este momento. *(A* BEATRICE. ¿Lo digo?
BEATRICE. Si lo sabes.
ROBERT. El sonido del armonio del salón de su padre. *(A* BEATRICE. Confiesa.
BEATRICE. *(Sonriendo.)* Sí, lo estoy oyendo.
ROBERT. *(Secamente.)* Yo también. La voz asmática del protestantismo.
BERTHA. ¿No se divirtió usted allí, señorita Justice?
ROBERT. *(Interviene.)* No, señora Rowan. Ella va allí a retirarse cuando se le impone la vena protestante: oscuridad, seriedad, rectitud.
BEATRICE. Voy a ver a mi padre.
ROBERT. *(Continúa.)* Pero vuelve aquí a buscar a mi madre, ya ve. Lo del piano le viene de nuestra rama de la familia.
BERTHA. *(Vacilando.)* Bueno, señorita Justice, si desea usted tocar algo... Pero, por favor, no se fatigue con Archie.
ROBERT. *(En tono suave.)* Hazlo, Beatty. Es lo que estás deseando.
BEATRICE. ¿Y viene Archie?
ARCHIE. *(Encogiéndose de hombros.)* Sólo a escuchar.
BEATRICE. *(Le coge de la mano.)* Y a dar una clasecita también. Muy corta.
BERTHA. Bueno, y después tiene que quedarse a tomar el té.
BEATRICE. *(A* ARCHIE.) Ven.

(BEATRICE y ARCHIE *salen juntos por la puerta de la izquierda.* BERTHA *se dirige al escritorio, se quita el sombrero y lo deja, junto con la sombrilla, sobre éste. Luego, sacando una llave de un pequeño florero, abre un cajón del escritorio, saca una hojita de papel, y lo vuelve a cerrar.* ROBERT, *de pie, la observa.)*

BERTHA. *(Acercándose con el papel en la mano.)* Anoche me puso usted esto en la mano. ¿Que significa?
ROBERT. ¿No lo sabe?
BERTHA. *(Leyendo.) Hay una palabra que jamás he osado decirle* [9]. ¿Qué palabra es?
ROBERT. Que usted me agrada profundamente.

(Breve pausa. Desde el piso superior se oye débilmente el piano.)

ROBERT. *(Coge el ramo de rosas de la silla.)* Las he traído para usted. ¿Me las aceptará?
BERTHA. *(Tomándolas.)* Gracias. *(Las pone sobre la mesa y vuelve a desdoblar el papel.)* ¿Por qué no se atrevió a decirlo anoche?
ROBERT. No podía hablar con usted, ni seguirla. Había demasiada gente en el jardín. Quería que usted pensara en ello, así que se lo puse en la mano cuando se marchaba.
BERTHA. Ahora se ha atrevido a decirlo.
ROBERT. *(Se pasa la mano por los ojos lentamente.)* Usted pasó. La avenida estaba sumida en una luz crepuscular. Podía ver las oscuras masas verdes de los árboles. *Y* usted las sobrepasó. Era como la luna [10].

[9] Esto es reflejo autobiográfico de la propia actitud de Joyce hacia Nora. El autor evita la palabra *love* para no usar un término convencional a la hora de describir sus sentimientos por Nora. Véase Ellmann, pág. 177. En *Ulises* Stephen dice ante el espectro de su madre: «Dime la palabra, madre, si la sabes ahora. La palabra conocida por todos los hombres» (vol. II, 206).

BERTHA. *(Se ríe.)* ¿Por qué como la luna?
ROBERT. Con ese vestido. Con su cuerpo esbelto, caminando con esos pasitos regulares. Yo vi la luna atravesando el crepúsculo hasta que usted pasó y se perdió de mi vista.
BERTHA. ¿Pensó en mí anoche?
ROBERT. *(Acercándose más.)* Siempre pienso en usted como algo bello y distante; como la luna o una música profunda [11].
BERTHA. *(Sonriendo.)* Y anoche, ¿cuál de las dos cosas era?
ROBERT. Pasé la mitad de la noche despierto. Podía oír su voz. Podía ver su rostro en la oscuridad. Sus ojos... Quiero hablar con usted. ¿Me escuchará? ¿Puedo hablar?
BERTHA. *(Sentándose)* Puede.
ROBERT. *(Sentándose junto a ella.)* ¿Está molesta conmigo?
BERTHA. No.
ROBERT. Pensé que sí. ¡Ha dejado mis flores tan deprisa!
BERTHA. *(Las coge de la mesa y se las acerca a la cara.)* ¿Es esto lo que quiere que haga con ellas?
ROBERT. *(Mirándola.) Su* rostro es una flor también; pero más bella. Una flor silvestre que florece en un seto [12]. *(Acercando más su silla a la de ella.)* ¿Por qué sonríe? ¿Por mis palabras?
BERTHA. *(Dejando el ramo sobre su regazo.)* Me estoy preguntando si eso es lo que les dice... a las otras.
ROBERT. *(Sorprendido.)* ¿Qué otras?
BERTHA. Las otras mujeres. Tengo entendido que tiene muchas admiradoras.
ROBERT. *(De forma involuntaria.)* ¿Y por eso usted también...?
BERTHA. Pero las tiene, ¿no es así?
ROBERT. Amigas, sí.
BERTHA. ¿Les habla a ellas del mismo modo?
ROBERT. *(Con tono ofendido.)* ¿Cómo puede hacerme esa pregunta? ¿Qué clase de persona cree que soy? ¿Y por qué me escucha? ¿No le ha gustado que le hablara de ese modo?
BERTHA. Lo que ha dicho es muy amable. *(Le mira un instante.)* Gracias por decirlo... y por pensarlo.
ROBERT. *(Inclinándose hacia adelante.)* ¡Bertha!
BERTHA. ¿Sí?
ROBERT. Tengo derecho a llamarte por tu nombre. Desde los viejos tiempos, desde hace nueve años. Entonces éramos Bertha y Robert. ¿No podemos serlo ahora también?
BERTHA. *(De buen grado.)* Oh, sí. ¿Por qué no?
ROBERT. Bertha, tú lo sabías. Desde la misma noche en que desembarcaste en el muelle de Kingstown [13]. Entonces volví a recordarlo todo. Y tú lo suspiste. Lo viste.
BERTHA. No. Esa noche no.
ROBERT. ¿Cuándo?
BERTHA. La noche en que desembarcamos me sentía muy cansada y sucia. *(Negando con la cabeza.)* Esa noche no pude ver eso en ti.

---

[10] Véase el comentario que Joyce hace en las «Notas» a este respecto.
[11] Las palabras de Robert ofrecen un paralelismo con la impresión que Gabriel Conroy recibe cuando contempla a su mujer escuchando atentamente una canción que le recuerda a su amor de juventud, Michael Furey. Véase «Los muertos», Dublineses, pág. 218.
[12] En carta a Nora, el 19 de noviembre de 1909, Joyce escribe refiriéndose a ella: «¡Su alma! ¡Su nombre! ¡Sus ojos! Me parecen extrañas flores silvestres hermosas y azuladas que crecen en un seto enmarañado y empapado de lluvia.» En Ulises Molly recuerda el mismo calificativo por parte de Bloom: «...sí dijo que yo era una flor de la montaña sí. ..» (vol. II, 459).
[13] En la bahía de Dublín al sureste de la ciudad.

ROBERT. *(Sonriendo.)* Dime lo que sí viste esa noche; tu primerísima impresión.
BERTHA. *(Frunciendo* el ceño.) Estabas de espaldas a la pasarela hablando con dos damas.
ROBERT. Con dos damas poco atractivas y de mediana edad, sí.
BERTHA. Te reconocí enseguida. Y vi que habías engordado.
ROBERT. *(Cogiéndole la mano.)* Y este pobre gordo de Robert... ¿te disgusta tanto, pues? ¿No te crees nada de lo que dice?
BERTHA. Creo que los hombres les hablan así a todas las mujeres que les gustan o a las que admiran. ¿Qué quieres que crea?
ROBERT. ¿Todos los hombres, Bertha?
BERTHA. *(Repentinamente triste.)* Creo que sí.
ROBERT. ¿Yo también?
BERTHA. Sí, Robert. Creo que tú también.
ROBERT. Entonces, todos... ¿sin excepción? ¿O con una sola excepción? *(En tono más bajo.)* ¿O es él también -Richard también- como somos todos los demás, al menos en eso? ¿O es distinto?
BERTHA. *(Mirándole a* los ojos.) Distinto.
ROBERT. ¿Estás segura del todo, Bertha?
BERTHA. *(Algo azorada, intenta retirar la mano.)* Ya te he contestado.
ROBERT. *(Tiernamente.)* Bertha, ¿puedo besarte la mano? Déjame. ¿Puedo?
BERTHA. Si lo deseas.

(El se lleva la mano de ella a los labios lentamente. Ella se pone en pie de repentey escucha)

BERTHA. ¿Has oído la puerta del jardín?
ROBERT. *(Poniéndose en pie también.)* No.

(Breve pausa. Se oye levemente el piano desde el piso superior.)

ROBERT. *(Suplicante.)* No te vayas. Ahora ya no debes irte nunca. Tu vida está aquí. Yo también he venido hoy por eso: para hablarle a él, para instarle a que acepte ese puesto. Tiene que hacerlo. Y tú debes convencerle también. Ejerces una gran influencia sobre él.
BERTHA. Quieres que se quede aquí.
ROBERT. Sí.
BERTHA. ¿Por qué?
ROBERT. Por ti, porque no eres feliz estando tan lejos. También por él, porque debería pensar en su futuro.
BERTHA. *(Riéndose.)* ¿Recuerdas lo que dijo cuando hablaste con él anoche?
ROBERT. ¿Sobre...? *(Recordando.)* Sí. Citó el *Padrenuestro* refiriéndose al pan nuestro de cada día. Dijo que preocuparse por el futuro es destruir la esperanza y el amor en el mundo [14].
BERTHA. ¿No crees que es un hombre extraño?
ROBERT. En eso, sí.
BERTHA. Un poco... ¿loco? [15].

[14] La frase que Robert atribuye a Richard es un eco del Sermón de la Montaña: «No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástele a cada día su afán» (San Mateo, 6,34).

ROBERT. *(Se le acerca más.)* No. No lo está. Quizá lo estemos nosotros. ¿Por qué? ¿Tú piensas...?
BERTHA. *(Se ríe.)* Te lo pregunto porque tú eres inteligente.
ROBERT. No debes marcharte. No te lo permitiré.
BERTHA. *(Mirándole a la cara.)* ¿Tú?
ROBERT. Esos ojos no deben marcharse. *(Le coge las manos.)* ¿Puedo besarte los ojos?
BERTHA. Hazlo.

(El le besa los ojos y luego le acaricia el cabello.)

ROBERT. ¡Pequeña Bertha!
BERTHA. *(Sonriendo.)* Pero si no soy tan pequeña. ¿Por qué me llamas pequeña?
ROBERT. ¡Pequeña Bertha! ¿Un abrazo? *(La rodea con su brazo.)* Vuelve a mirarme a los ojos.
BERTHA. *(Le mira.)* Veo unos puntitos dorados. Tienes muchos.
ROBERT. *(Encantado.)* ¡Tu voz! Dame un beso, un beso de tu boca.
BERTHA. Tómalo.
ROBERT. Tengo miedo. *(La besa en la boca y le pasa la mano muchas veces por el cabello.)* ¡Al fin te tengo entre mis brazos!
BERTHA. ¿Y estás satisfecho?
ROBERT. Déjame sentir que tus labios buscan los míos.
BERTHA. ¿Y entonces quedarás satisfecho?
ROBERT. *(Susurrando.)* ¡Tus labios, Bertha!
BERTHA. *(Cierra los ojos y le besa rápidamente.)* Ya está. *(Le pone las manos sobre los hombros.)* ¿Por qué no dices: gracias?
ROBERT. *(Suspira.)* Mi vida ha terminado; se acabó.
BERTHA. Anda, no hables así ahora, Robert.
ROBERT. Se acabó, se acabó. Quiero ponerle fin y acabar de una vez.
BERTHA. *(Preocupada pero con tono desenfadado.)* ¡Qué bobo eres!
ROBERT. *(La atrae hacia sí, abrazándola.)* Acabar con todo; la muerte. Caer desde un alto acantilado, hacia abajo, directamente al mar.
BERTHA. Por favor, Robert...
ROBERT. Escuchando música y en brazos de la mujer que amo... el mar, la música y la muerte.
BERTHA. *(Le mira durante un instante.)* ¿La mujer que amas?
ROBERT. *(Apresuradamente.)* Quiero hablar contigo, Bertha. A solas; aquí no. ¿Vendrás?
BERTHA. *(Con la mirada en el suelo.)* Yo también quiero hablar contigo.
ROBERT. *(Tiernamente.)* Sí, querida, lo sé. *(Vuelve a besarla.)* Yo te hablaré; te lo diré todo, entonces. Te besaré, entonces. Largos, largos besos, cuando vengas a mí; largos, largos y dulces besos.
BERTHA. ¿Dónde?
ROBERT. *(Con tono apasionado.)* En tus ojos. En tu frente. En todo tu cuerpo divino.
BERTHA. *(Rechazando su abrazo, confusa.)* Me refería a dónde quieres que vaya contigo [16].

---

[15] Robert contesta negativamente, pero Cosgrave intentó alejar a Nora de Joyce diciéndole que el amor de éste no duraría y que en cualquier caso estaba loco. Véase Ellmann, pág. 160.

[16] En *Ulises* se produce una confusión similar cuando Molly hace como que no entiende a su confesor: «...además me fastidia eso de la confesión cuando iba al padre Corrigan me tocó padre y qué tiene de

ROBERT. A mi casa. Pero no a la de mi madre. Te apuntaré la dirección. ¿Vendrás?
BERTHA .¿Cuándo?
ROBERT. Esta noche. Entre las ocho y las nueve. Ven. Te esperaré esta noche. Y todas las noches. ¿Lo harás?

(La besa apasionadamente, sujetándole la cabeza entre las manos. Pasados unos instantes, ella se aparta de él. El se sienta.)

BERTHA. *(Escuchando.)* Se ha abierto la puerta.
ROBERT. *(Intensamente.)* Te estaré esperando.

(Coge el papel de la mesa. BERTHA *se aparta de él lentamente.* RICHARD *entra desde el jardín.)*

RICHARD. *(Avanzando, se quita el sombrero.)* ¡Buenas tardes!
ROBERT. *(Se pone en pie, con afabilidad nerviosa.)* ¡Buenas tardes, Richard!
BERTHA. *(En la mesa, cogiendo las rosas.)* Mira qué rosas tan bonitas me ha traído el señor Hand.
ROBERT. Me temo que están demasiado abiertas.
RICHARD. *(Bruscamente.)* Perdonadme un momento, ¿queréis?

(Se vuelve y entra en su estudio rápidamente. ROBERT *saca un lápiz del bolsillo y escribe unas palabras en el papel, luego se lo entrega rápidamente a* BERTHA.)

ROBERT. *(Apresuradamente.)* La dirección. Toma el tranvía en Lansdowne Road [17] y pide que te avisen cuando pase cerca de allí.
BERTHA. *(Lo coge.)* No prometo nada.
ROBERT. Esperaré.

(RICHARD *regresa del estudio.)*

BERTHA. *(Marchándose.)* Tengo que meter estas rosas en agua.
RICHARD. *(Dándole el sombrero.)* Sí, mételas. Y, por favor, deja mi sombrero en el perchero.
BERTHA. *(Lo coge.)* Así que os dejo para que charléis. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Queréis alguna cosa? ¿Cigarrillos?
RICHARD. Gracias. Los tenemos ahí.
BERTHA. Entonces puedo irme.

(Sale por la izquierda llevándose el sombrero de RICHARD *que deja en el vestíbulo, y regresa inmediatamente; se detiene un momento ante el escritorio, vuelve a poner el papel en el cajón, lo cierra, d ja la llave en el florero, y, cogiendo las rosas, se dirige hacia la derecha.* ROBERT *se adelanta para abrirle la puerta. Ella le hace una inclinación y sale.)*

---

malo sí me tocó dónde y yo dije en la orilla del canal como una tonta pero en qué sitio de tu persona hija mía en la pierna detrás arriba...» (vol. II, 403).

[17] La dirección que sigue Bertha desde Merrion hasta Ranelagh es hacia el noroeste. Esta dirección está asociada con la idea de peligro también en Ulises. Véase MacNicholas, Textual Companion, pág. 196.

RICHARD. *(Señala la silla que hay junto a la mesita de la derecha.)* Tu lugar de honor.

ROBERT. *(Se sienta.)* Gracias. *(Pasándosela mano por la frente.)* ¡Dios mío, qué calor hace hoy! El sofoco hace que me duelan los ojos. Es el resol.

RICHARD. La habitación está bastante oscura, me parece, con la persiana baja, pero si quieres...

ROBERT. *(Rápidamente.)* En absoluto. Si yo sé lo que es: la consecuencia de trabajar de noche.

RICHARD. *(Se sienta en el canapé.)* ¿Y tienes que hacerlo?

ROBERT. *(Suspira.)* Ah, sí. Tengo que repasar parte del periódico todas las noches. Y luego están mis editoriales. Se nos avecina un momento difícil. Y no sólo aquí.

RICHARD. *(Tras una breve pausa.)* ¿Tienes alguna noticia?

ROBERT. *(Con voz distinta.)* Sí. Quiero hablar contigo seriamente. Puede que el día de hoy sea importante para ti; o, más bien, la noche. Esta mañana estuve con el vicerrector. Tiene una opinión muy buena de ti. Me dijo que había leído tu libro.

RICHARD. ¿Lo ha comprado, o lo pidió prestado?

ROBERT. Lo ha comprado, espero.

RICHARD. Me voy a fumar un cigarrillo. Ya se han vendido treinta y siete ejemplares en Dublín.

(Coge un cigarrillo de la caja que hay sobre la mesita y lo enciende.)

ROBERT. *(Suavemente, sin esperanza.)* Bueno, por el momento se cierra el asunto. Hoy llevas puesta tu máscara de hierro.

RICHARD. *(Fumando.)* Cuéntame lo demás.

ROBERT. *(Otra vez serio.)* Richard, eres demasiado suspicaz. Es uno de tus defectos. Él me aseguró que tiene de ti una opinión inmejorable, como todo el mundo. Dice que tú eres el hombre para ese puesto. De hecho, me dijo que, si se propone tu nombre, él te apoyará con todas sus fuerzas ante el claustro, y yo... yo, naturalmente, haré lo que pueda también, en la prensa y en privado. Lo considero un deber público. La cátedra de Literatura Románica es tuya por derecho, como erudito y como personalidad literaria.

RICHARD. ¿Y las condiciones?

ROBERT. ¿Condiciones? ¿Te refieres al futuro?

RICHARD. Me refiero al pasado.

ROBERT. *(Tranquilo.)* Ese episodio de tu pasado ha sido olvidado. Fue un acto impulsivo. Todos somos impulsivos.

RICHARD. *(Le mira fijamente.)* Tú lo llamaste un acto de locura, entonces, hace nueve años. Me dijiste que me estaba atando una piedra al cuello.

ROBERT. Me equivoqué. *(Suavemente.)* Así es como están las cosas, Richard. Todos saben que hace nueve años te escapaste con una muchacha joven que... ¿Cómo lo diría?... Con una muchacha joven que no era exactamente la que te convenía. *(Amablemente.)* Perdona, Richard. Eso no es mi opinión ni mi lenguaje. Tan sólo estoy utilizando el lenguaje de unas personas cuya opinión no comparto.

RICHARD. Ya. Estás escribiendo uno de tus editoriales.

ROBERT. Dilo así, si quieres. Bueno, pues en su momento causó una gran sensación. Una desaparición misteriosa. Mi nombre se vio implicado también, como padrino, digamos, en esa famosa ocasión. Naturalmente, creen que yo actué movido por un mal entendido sentido de la amistad. Bueno, todo eso se sabe. *(Con cierta vacilación.)* Pero lo que no se sabe es lo que sucedió después.

RICHARD. ¿No?
ROBERT. Por supuesto, es asunto tuyo, Richard. Sin embargo, ya no eres tan joven como entonces. La expresión es muy del estilo de mis editoriales, ¿verdad? RICHARD. ¿Quieres o no quieres que reniegue de mi vida pasada?
ROBERT. Estoy pensando en tu vida futura. Aquí. Comprendo tu orgullo y tu sentido de la libertad [18]. También entiendo el punto de vista de ellos. Sin embargo, hay una salida. Se trata, sencillamente, de esto: abstente de desmentir cualquier rumor que puedas oír sobre lo que sucedió... o dejó de suceder después de que te marchaste. Lo demás, déjamelo a mí.
RICHARD. ¿Tú vas â hacer correr esos rumores?
ROBERT. Sí. Y que Dios me ayude.
RICHARD. *(Observándole.)* ¿Por cumplir con los convencionalismos sociales?
ROBERT. Y también por otra cosa: por nuestra amistad de toda la vida.
RICHARD. Gracias.
ROBERT. *(Ligeramente herido.)* Y te voy a decir toda la verdad.
RICHARD. *(Sonríe y hace una inclinación.)* Sí. Hazlo, por favor.
ROBERT. No lo hago sólo por ti. Lo hago también por... tu actual compañera en la vida.
RICHARD. Ah, ya.

(Apaga el cigarrillo suavemente en el cenicero, y luego se inclina hacia adelante, frotándose las manos lentamente)

RICHARD. ¿Y por qué por ella?
ROBERT. *(También se inclina hacia adelante, silenciosamente.)* Richard, ¿has sido completamente justo con ella? Ella eligió libremente, me dirás. Pero, ¿de verdad era libre para elegir? No era más que una niña. Aceptó todo lo que tú le propusiste.
RICHARD. *(Sonríe.)* Esa es tu manera de decir que ella me propuso algo que yo no quería aceptar.
ROBERT. *(Asiente con la cabeza.)* Lo recuerdo. Y ella se marchó contigo. Pero ¿fue por una libre decisión suya? Contéstame francamente.
RICHARD. *(Se vuelve hacia él con calma.)* Yo aposté por ella pese a todo lo que tú digas o puedas decir; y gané.
ROBERT. *(Vuelve a asentir con la cabeza.)* Sí, ganaste.
RICHARD. *(Se pone en pie.)* Perdona el descuido. ¿Quieres tomar un whisky?
ROBERT. Con paciencia, todo llega.

(RICHARD *se dirige al aparador y vuelve con una pequeña bandeja con una botella y vasos. La deja sobre la mesa.)*

RICHARD. *(Se vuelve a sentar, arrellanándose en el canapé.)* Sírvete tú mismo, por favor.
ROBERT. *(Sirviéndose.)* ¿Y tú? ¿Sigues sin beber? (RiICHARD *niega con la cabeza.)* Dios mío, cuando me acuerdo de las noches locas de hace tanto tiempo; charlas que duraban horas, planes, borracheras, juergas...
RICHARD. En nuestra casa.

[18] Nótese, de nuevo, la ambigüedad en el uso de la palabra «libertad» en boca de Robert, quien desea tomarse ciertas libertades con la mujer de su amigo Richard.

ROBERT. Ahora es mía. La he mantenido desde entonces, aunque no suelo ir muy a menudo. Cuando quieras venir dímelo. Tienes que venir alguna noche. Será como en los viejos tiempos. *(Levanta su vaso y bebe.) ¡Prosit!*

RICHARD. No era sólo una casa de juergas. Iba a ser el hogar de una nueva vida. *(Meditabundo.)* Y en nombre de eso cometimos todos nuestros pecados.

ROBERT. ¡Pecados! Yo *(señalándose),* la bebida y la blasfemia. Y tú *(señalándole),* lo que es mucho peor, la bebida y la herejía. ¿A esos pecados te refieres?

RICHARD. Y a algunos otros.

ROBERT. *(Incómodo, en tono despreocupado.)* Te refieres a las mujeres. A mí no me remuerde la conciencia. Quizá a ti sí. Para esas ocasiones teníamos dos llaves. *(Maliciosamente.)* ¿Te remuerde? [19].

RICHARD. *(Irritado.)* ¿Para ti era todo muy natural?

ROBERT. Para mí es muy natural besar a una mujer que me gusta. ¿Por qué no? Para mí, ella es hermosa.

RICHARD. *(Jugueteando con el cojín del canapé.)* ¿Y besas todo aquello que te resulta hermoso?

ROBERT. Todo, si es que puede besarse. *(Coge una piedra plana que hay sobre la mesa.)* Esta piedra, por ejemplo. Es tan fresca, tan pulida, tan delicada, como la sien de una mujer. Es silenciosa, soporta nuestra pasión; y es hermosa. *(Se la lleva a los labios.)* Así que la beso porque es hermosa [20]. ¿Y qué es una mujer? Una obra de la naturaleza, también, como una piedra, o una flor, o un pájaro. Un beso es un acto de homenaje.

RICHARD. Es un acto de unión entre un hombre y una mujer. Aunque a menudo la sensación de la belleza es lo que nos conduce al deseo, ¿podemos decir que lo que deseamos es lo bello?

ROBERT. *(Apretándose la piedra contra la frente.)* Me vas a levantar dolor de cabeza si me haces pensar hoy. Hoy no puedo pensar. Me siento demasiado natural, demasiado vulgar. Después de todo, ¿qué es lo más atractivo, incluso en la mujer más bella?

RICHARD. ¿Qué?

ROBERT. No son las cualidades que ella tiene y de las que las otras carecen, sino aquellas que tiene en común con las demás. Me refiero a... las más comunes. *(Dando la vuelta a la piedra, se aplica la otra cara a la frente.)* Quiero decir a cómo su cuerpo genera calor cuando es oprimido, al movimiento de su sangre, a lo rápidamente que convierte lo que come en... lo que quedará sin nombre. *(Riéndose.)* Hoy me siento muy vulgar. ¿Quizá nunca se te había ocurrido esa idea?

RICHARD. *(Secamente.)* Se le ocurren muchas ideas a un hombre que ha vivido nueve años con una mujer.

ROBERT. Sí. Supongo que sí... Esta hermosa piedra fresca me hace bien. ¿Es un pisapapeles o un remedio para el dolor de cabeza?

RICHARD. Bertha la trajo de la playa un día. Ella también dice que es hermosa.

ROBERT. *(Deja la piedra silenciosamente.)* Tiene razón.

(Levanta el vaso y bebe. Una pausa.)

---

[19] El remordimiento de conciencia por la conducta del pasado, junto con la función de las llaves, como símbolo de usurpación, son dos temas centrales en «Telémaco», primer episodio de Ulises.

[20] Para Brown, pág. 85, esto es un ejemplo de «pigmalionismo», o atracción sexual por las estatuas. En *Retrato,* Lynch confiesa su admiración por la Venus de Praxíteles, y en *Ulises* Bloom intenta averiguar en la Biblioteca Nacional si las estatuas femeninas desnudas tienen orificio anal.

RICHARD. ¿Eso es todo lo que querías decirme?

ROBERT. *(Rápidamente.)* Hay algo más. El vicerrector te envía, a través de mí, una invitación para esta noche; para ir a cenar a su casa. ¿Sabes dónde vive? (RICHARD *asiente con la cabeza.)* Pensé que podías haberte olvidado. Absolutamente privada, como es natural. Quiere volver a verte y te envía una cálida invitación.

RICHARD. ¿Para qué hora?

ROBERT. Las ocho. Pero, igual que tú, no es muy estricto con la puntualidad. Bueno, Richard, tienes que ir. Eso es todo. Tengo la sensación de que esta noche tu vida va a dar un giro. Vivirás aquí y trabajarás aquí y pensarás aquí y serás reconocido aquí, entre nuestra gente.

RICHARD. *(Sonriendo.)* Casi me puedo imaginar a dos enviados camino de los Estados Unidos para recaudar fondos para hacerme una estatua dentro de cien años.

ROBERT. *(Agradablemente.)* Una vez escribí un pequeño epigrama sobre las estatuas. Todas las estatuas pertenecen a una de estas dos clases. *(Cruza los brazos sobre el pecho.)* La estatua que dice: *¿Cómo me bajaré de aquí?* O la otra clase *(descruza a los brazos y extiende el derecho, volviendo la cabeza),* la estatua que dice: *En mis tiempos, el montón de estiércol llegaba hasta aquí* [21].

RICHARD. Para mí, la segunda, por favor.

ROBERT. *(Perezosamente.)* ¿Me das uno de esos puros largos que tienes?

(RICHARD *escoge un puro de Virginia de la caja que hay sobre la mesita, y se lo entre perforado.)*

ROBERT. *(Encendiéndolo.)* Estos cigarros me europeízan. Si Irlanda ha de convertirse en una nueva Irlanda, lo primero que tiene que hacer es volverse europea [22]. Y para eso estás tú aquí, Richard. Algún día tendremos que escoger entre Inglaterra y Europa. Yo soy descendiente de los extranjeros morenos: por eso me gusta estar aquí. Quizá sea infantil. Pero, ¿en qué otro sitio de Dublín puedo conseguir un cigarro de bandido como éste, o una taza de café negro? El hombre que beba café negro será el que conquiste Irlanda. Y ahora, me voy a tomar tan sólo medio vaso más de este whisky, Richard, para que veas que no hay resentimiento alguno.

RICHARD. *(Señalando.)* Sírvete.

ROBERT. *(Lo hace.)* Gracias. *(Bebe, y prosigue como antes.)* Luego, estás tú mismo; tu modo de repantigarte en ese canapé. Luego, la voz de tu hijo, y también... la propia Bertha. ¿Me permites que la llame así, Richard? Quiero decir, como viejo amigo que soy de los dos.

RICHARD. Oh, ¿y por qué no?

ROBERT. *(Animado.)* Tú posees esa fiera indignación que atormentaba el corazón de Swift [23]. Tú has caído aquí procedente de un mundo superior, Richard, y te sientes lleno de fiera indignación cuando descubres que la vida es cobarde e innoble. Mientras que yo... ¿Te lo digo?

---

[21] También Joyce tenía una gran afición a hacer epigramas sobre las estatuas de Dublín. Véase Ellmann, pág. 92. MacNicholas sugiere por su parte que las estatuas a las que se alude son las de William Smith O'Brien y Charles Stewart Parnell (Textual *Companion,* pág. 197).

[22] Estas son palabras que frecuentemente estaban en boca de Thomas Kettle. Pero adviértase la ironía de la situación, ya que los cigarros no son europeos, sino americanos.

[23] Jonathan Swift (1667-1745), escritor irlandés nacido en Dublín y autor del famoso *Viajes de Gulliver* (1726). La frase pronunciada por Robert hace alusión al epitafio de la tumba de Swift: *Ubi saeva indignatio cor ulterius lacerare nequit.* La frase vuelve a aparecer más adelante en el acto tercero, en el editorial de Robert.

RICHARD. Claro que sí.

ROBERT. *(Con malicia.)* Yo he ascendido desde un mundo inferior, y me llena de asombro descubrir que la gente tiene la más mínima virtud capaz de redimirla.

RICHARD. *(Se sienta erguido de repente y apoya los codos sobre la mesa.)* ¿Entonces, eres mi amigo?

ROBERT. *(Gravemente.)* Luché por ti todo el tiempo que estuviste fuera. Luché por volver a traerte aquí. Luché por conservar tu sitio aquí. Seguiré luchando por ti porque aún tengo fe en ti, la fe del discípulo en su maestro. No puedo decir más que eso. Quizá te parezca extraño. Dame una cerilla.

RICHARD. *(Enciende una cerilla y se la alarga.)* Hay una fe aún más extraña que la del discípulo en su maestro.

ROBERT. ¿Y es?

RICHARD. La fe del maestro en el discípulo que le ha de traicionar[24].

ROBERT. La Iglesia se ha perdido un teólogo en ti*, Richard*. Pero me parece que miras la vida de forma demasiado profunda. *(Se pone en pie, oprimiendo levemente el brazo de* RICHARD.) Sé alegre. La vida no merece la pena.

RICHARD. *(Sin levantarse.)* ¿Te marchas?

ROBERT. Tengo que irme. *(Se vuelve y habla en tono amisto*so.) Entonces, está todo arreglado. Nos vemos en casa del vicerrector esta noche. Yo pasaré por allí sobre las diez. Así podréis pasar una o dos horas solos antes. Tú esperarás hasta que llegue yo.

RICHARD. Bien.

ROBERT. Otra cerilla más, y estaré satisfecho.

(RICHARD *prende otra cerilla, se la entrega y se pone en pie también.* ARCHIE *entra por la puerta de la izquierda, seguido de* BEATRICE.)

ROBERT. Felicítame, Beatty. He convencido a Richard.

ARCHIE. *(Cruzando hasta la puerta de la derecha, grita.)* Mamá, la señorita Justice se marcha.

BEATRICE. ¿Por qué hay que felicitarte?

ROBERT. Por una victoria, naturalmente. *(Apoyando su mano levemente sobre el hombro de* RICHARD.) El descendiente de Archibald Hamilton Rowan[25] ha vuelto a casa.

RICHARD. No soy descendiente de Hamilton Rowan.

ROBERT. ¿Qué más da?

(BERTHA *entra desde la derecha con un jarrón de rosas.)*

---

[24] Hay aquí un eco de un artículo de Joyce de 1912 sobre la caída de Parnell: «La melancolía que dominó su mente quizás tenía su origen en la profunda convicción de que, en la hora crítica, uno de los discípulos que mojaba el pan en el mismo cuenco que él le traicionaría» (véase «La sombra de Pamell», en *Escritos críticos,* pág. 328. Evidentemente la fraseología es bíblica y hace alusión a las palabras de Jesucristo en la última cena: véase San Marcos, 14.20). La expresión «la hora crítica» (en el original *hour of need)* aparece posteriormente en el tercer acto, en el editorial de Roben, y en boca de Richard dirigiéndose a Bertha, aunando los diferentes niveles del tema de la traición.

[25] Archibald Hamilton Rowan (1751-1834), patriota irlandés que se vio implicado en movimientos sediciosos anti-británicos. Arrestado y sentenciado a dos años de cárcel, consiguió escapar burlando a sus perseguidores y, según cuenta la leyenda, escondiéndose tras una puerta secreta en el castillo de Clongowes Wood. Después se tuvo que exiliar a América, de donde regresó ocho años más tarde, en 1803, con la ayuda de influyentes amigos. A pesar de acabar adoptando posturas moderadas, siguió apoyando la emancipación de los católicos de la isla. Véase MacNicholas, Textual Companion, pág. 109.

BEATRICE. ¿El señor Rowan ha...?
ROBERT. *(Volviéndose hacia* BERTHA.) Richard va a acudir a la cena del vicerrector esta noche. El novillo cebado [26] será comido: asado, espero. Y el próximo curso verá cómo el descendiente de un homónimo de etcétera, etcétera ocupa una cátedra en la Universidad. *(Le tiende la mano.)* Buenas tardes, Richard. Nos veremos esta noche.
RICHARD. *(Le toca la mano.)* En Philippi [27].
BEATRICE. *(Le da la mano también.)* Acepte mis mejores deseos, señor Rowan.
RICHARD. Gracias, pero no le crea.
ROBERT. *(Con vivacidad.)* Créeme, créeme. *(A* BERTHA.) Buenas tardes, señora Rowan.
BERTHA. *(Dándole la mano efusivamente.)* Yo también le doy las gracias. *(A* BEATRICE.) ¿No se queda a tomar el té, señorita Justice?
BEATRICE. No, gracias. *(Se despide de ella.)* Tengo que irme. Buenas tardes. Adiós, Archie. *(Marchándose.)*
ROBERT. *Addio,* Archibald.
ARCHIE. *Addio.*
ROBERT. Espera, Beatty. Te acompañaré.
BEATRICE. *(Saliendo por la derecha con*
BERTHA.) Oh, no te molestes.
ROBERT. *(Siguiéndola.)* Pero insisto... como primo.

(BERTHA, BEATRICE y ROBERT *salen por la puerta de la izquierda.* RICHARD, *indeciso, se queda en pie junto a la mesa.* ARCHIE *cierra la puerta que da al vestíbulo y acercándosele, le tira de la manga.)*

ARCHIE. ¡Oye, papá!
RICHARD. *(Distraído.)* ¿Qué hay?
ARCHIE. Te quiero preguntar una cosa.
RICHARD. *(Sentándose en el borde del canapé, con la mirada perdida hacia el frente.)* ¿Qué es?
ARCHIE. ¿Le pedirás a mamá que me deje salir con el lechero por la mañana?
RICHARD. ¿Con el lechero?
ARCHIE. Sí. En el carro de la leche. Dice que me dejará guiar cuando salgamos a los caminos donde no hay gente. El caballo es muy bueno. ¿Puedo ir?
RICHARD. Sí.
ARCHIE. Pues ahora pregúntale a mamá si puedo ir. ¿Quieres?
RICHARD. *(Echa una mirada hacia la puerta.)* Quiero.
ARCHIE. Dijo que me enseñaría las vacas que tiene en el prado. ¿Sabes cuántas vacas tiene?
RICHARD. ¿Cuántas?
ARCHIE. Once. Ocho rojas y tres blancas. Pero ahora tiene una enferma. Bueno, enferma no. Se cayó.
RICHARD. ¿Vacas?
ARCHIE. *(Haciendo un gesto.)* ¡Eh! pero toros, no. Porque los toros no dan leche. Once vacas. Seguro que darán mucha leche. ¿Qué es lo que hace que una vaca dé leche?
RICHARD. *(Le coge de la mano.)* ¿Quién sabe? ¿Tú entiendes lo que es dar una cosa?

[26] Alusión a la parábola del hijo pródigo (San Lucas, 15.23) a la que Joyce vuelve a referirse más adelante en las «Notas».
[27] Lugar donde se produce la derrota de Bruto y Casio, en *Julio César* de W. Shakespeare. El espectro de César la anuncia en el acto IV, escena iii.

ARCHIE. ¿Dar? Sí.
RICHARD. Mientras tienes una cosa te la pueden quitar.
ARCHIE. ¿Los ladrones? ¿No?
RICHARD. Pero cuando la das, la has dado. Ningún ladrón te la puede quitar. *(Agacha la cabeza y se lleva la mano de su hijo a la mejilla.)* Entonces, cuando la has dado, es tuya para siempre. Siempre será tuya. Eso es dar.
ARCHIE. Pero, papá...
RICHARD. ¿Sí?
ARCHIE. ¿Cómo podría robar una vaca un ladrón? Todo el mundo le vería. Por la noche, quizá.
RICHARD. Sí, por la noche.
ARCHIE. ¿Aquí hay ladrones como en Roma?
RICHARD. En todas partes hay gente pobre.
ARCHIE. ¿Tienen revólveres?
RICHARD. No.
ARCHIE. ¿Y cuchillos? ¿Tienen cuchillos?
RICHARD. *(Serio.)* Sí, sí. Cuchillos y revólveres.
ARCHIE. *(Se suelta de él.)* Pregúntaselo a mamá ahora. Ahí viene.
RICHARD. *(Hace ademán de levantarse.)* Lo haré.
ARCHIE. No, quédate ahí sentado, papá. Tú quédate ahí y pregúntaselo cuando vuelva. Yo no estaré aquí. Estaré en el jardín.
RICHARD. *(Volviendo a dejarse caer en el canapé.)* Sí. Vete.
ARCHIE. *(Le da un beso rápido.)* Gracias.

(Sale corriendo por la *puerta del fondo que da al jardín.* BERTHA *entra por la puerta de la izquierda. Se acerca a la mesa y se queda de pie junto a ella, tocando los pétalos de las rosas, mirando a* RICHARD.

RICHARD. *(Observándola.)* ¿Y bien?
BERTHA. *(Distraídamente.)* Bien. Dice que le gusto.
RICHARD. *(Apoya el mentón en una mano.)* ¿Le mostraste su nota?
BERTHA. Sí. Le pregunté lo que significaba.
RICHARD. ¿Y qué dijo que significaba?
BERTHA. Dijo que yo tenía que saberlo. Yo le dije que algo me imaginaba. Entonces me contó que yo le gustaba mucho. Que yo era muy hermosa... y todas esas cosas.
RICHARD. ¿Desde cuándo?
BERTHA. *(Otra vez distraída.)* ¿Desde cuándo, qué?
RICHARD. ¿Desde cuándo dijo que le gustabas?
BERTHA. Desde siempre, me dijo. Pero más desde que regresamos. Dijo que con este vestido color lavanda yo era como la luna. *(Mirándole.)* ¿Hablaste algo con él... sobre mí?
RICHARD. *(Blandamente.)* Lo de costumbre. Sobre ti, no.
BERTHA. Estaba muy nervioso. ¿Lo has visto?
RICHARD. Sí. Lo he visto. ¿Qué más pasó?
BERTHA. Me pidió que le diera la mano.
RICHARD. *(Sonriendo.)* ¿En prenda de matrimonio?
BERTHA. *(Sonriendo.)* No. Sólo para cogerla.
RICHARD. ¿Lo hiciste?
BERTHA. Sí. *(Arrancando unos cuantos pétalos.)* Entonces me acarició la mano y me preguntó si le dejaba besármela. Yo le dejé.

RICHARD. ¿Y bien?
BERTHA. Entonces preguntó si me podía abrazar, aunque fuera sólo una vez... Y entonces...
RICHARD. ¿Y entonces?
BERTHA. Me rodeó con el brazo.
RICHARD. *(Se queda mirando hacia el suelo un momento, y luego vuelve a mirarla a ella.)* ¿Y entonces?
BERTHA. Dijo que yo tenía unos ojos muy bellos. Y preguntó si los podía besar. *(Con un gesto.)* Yo le dije: *Hazlo.*
RICHARD. ¿Y lo hizo?
BERTHA. Sí. Primero uno y luego el otro. *(Se interrumpe de repente.)* Dime, Dick, ¿te molesta todo esto? Porque ya te dije que no quiero que pase eso. Me parece que sólo estás fingiendo que no te importa. A mí no me importa.
RICHARD. *(Suavemente.)* Lo sé, querida. Pero yo quiero descubrir cuáles son sus intenciones y sentimientos, igual que tú.
BERTHA. *(Le señala.)* Recuerda que tú me dejaste seguir; te lo he contado todo desde el principio.
RICHARD. *(Igual que antes.)* Ya lo sé, querida... ¿Y entonces?
BERTHA. Me pidió un beso. Yo le dije: *tómalo tú.*
RICHARD. ¿Y entonces?
BERTHA. *(Estrujando un puñado de pétalos.)* Me besó.
RICHARD. ¿En la boca?
BERTHA. Una o dos veces.
RICHARD. ¿Besos largos?
BERTHA. Bastante largos. *(Reflexiva.)* Sí, la última vez, sí. RICHARD. *(Tras frotarse las manos lentamente.)* ¿Con los labios? O... ¿de la otra manera?
BERTHA. Sí, la última vez.
RICHARD. ¿Te pidió que le besaras?
BERTHA. Sí lo hizo.
RICHARD. ¿Lo hiciste?
BERTHA. *(Vacila; luego, le mira fijamente.)* Lo hice. Le besé.
RICHARD. ¿De qué manera?
BERTHA. *(Encogiéndose de hombros.)* Oh, sencillamente lo hice.
RICHARD. ¿Estabas excitada?
BERTHA. Bueno, ya puedes imaginarte. *(Frunciendo el ceño de repente.)* No mucho. Sus labios no son muy bonitos... Aunque sí estaba algo excitada, claro. Pero no como contigo, Dick.
RICHARD. ¿Y él?
BERTHA. ¿Excitado? Sí, creo que sí lo estaba. Suspiraba. Estaba nerviosísimo.
RICHARD. *(Apoyando la frente en la mano.)* Ya veo.
BERTHA. *(Avanza hasta˙ el canapé y se para delante de él.)* ¿Estás celoso?
RICHARD. *(Igual que antes.)* No.
BERTHA. *(En voz baja.)* Sí lo estás, Dick.
RICHARD. No lo estoy. ¿Celoso de qué?
BERTHA. Porque él me besó.
RICHARD. *(Levanta la mirada.)* ¿Eso es todo?
BERTHA. Sí, eso es todo. Menos que me pidió que me reuniera con él.
RICHARD. ¿En algún sitio fuera?
BERTHA. No. En su casa.
RICHARD. *(Sorprendido.)* ¿Allí, con su madre, quieres decir?

BERTHA. No, en una casa que tiene. Me apuntó la dirección.

(Se dirige al escritorio, saca la llave del florero, abre el cajón, y regresa hasta él con el papel.)

RICHARD. *(Hablando casi para* sí.) Nuestro chalet.
BERTHA. *(Le entrega el papel.)* Toma.
RICHARD. *(Lo lee.)* Sí, nuestro chalet.
BERTHA. ¿Vuestro?
RICHARD. No. De él. Yo lo llamo nuestro. *(Mirándola.)* El chalet del que te he hablado tanto. Ese del que teníamos dos llaves, él y yo. Ahora es suyo. Donde solíamos pasar nuestras noches locas, hablando, bebiendo, haciendo planes... en aquella época. Noches locas; sí. Él y yo juntos. *(Tira el papel sobre el canapé y se pone de pie de repente.)* Y a veces yo solo. *(La mira con fijeza.)* Pero no completamente solo. Ya te lo he contado, ¿te acuerdas?
BERTHA. *(Horrorizada.)* ¿Ese lugar?
RICHARD. *(Se aparta de ella unos pasos y se queda inmóvil, pensando, tocándose el mentón.)* Sí.
BERTHA. *(Volviendo a coger el papel.)* ¿Dónde está?
RICHARD. ¿No lo sabes?
BERTHA. Me dijo que tomara el tranvía en Lansdowne Road y que le pidiera al conductor que me hiciera bajar allí. Es... ¿es un sitio malo?
RICHARD. No, no, es una zona de chalets. *(Vuelve al canapé se sienta.)* ¿Qué respuesta le diste?
BERTHA. Ninguna. Él dijo que me estaría esperando.
RICHARD. ¿Esta noche?
BERTHA. Todas las noches, me dijo. Entre las ocho y las nueve.
RICHARD. Así que yo tengo que ir a entrevistarme esta noche con el catedrático. A propósito de ese nombramiento por el cual tengo que mendigar. *(Mirándola.)* Él ha organizado la entrevista para esta noche... entre las ocho y las nueve. Curioso, ¿verdad? Es la misma hora [28].
BERTHA. Muy curioso.
RICHARD. ¿Te preguntó si yo tenía alguna sospecha?
BERTHA. No.
RICHARD. ¿Mencionó mi nombre?
BERTHA. No.
RICHARD. ¿Ni una sola vez?
BERTHA. Que yo recuerde, no.
RICHARD. *(Poniéndose en pie de un salto.)* ¡Ah, si! ¡Está muy claro!
BERTHA. ¿Qué?
RICHARD. *(Yendo de acá para allá a grandes zancadas.)* ¡Un mentiroso, un ladrón y un imbécil! ¡Bien claro está! ¡Un vulgar ladrón! ¿Qué si no? *(Con una risa amarga.)* ¡Mi gran amigo! ¡Un patriota! ¡Un ladrón, y nada más! *(Se detiene, hundiendo las manos en los bolsillos.)* ¡Pero también un imbécil!
BERTHA. *(Mirándole.)* ¿Qué vas a hacer?
RICHARD. *(Secamente.)* Seguirle. Encontrarle. Decírselo. *(Serenamente.)* Bastará con pocas palabras. Ladrón e imbécil.

[28] A Joyce le fascinaban las coincidencias. En *Ulises* a Bloom se le para el reloj a las cuatro y media de la tarde, y el personaje se pregunta si fue en ese momento cuando se consumó el adulterio entre Molly y Boylan.

BERTHA. *(Arroja el papel sobre el canapé.)* ¡Ahora lo veo todo!
RICHARD. *(Volviéndose.)* ¿Eh?
BERTHA. *(Acalorada.)* ¡La obra de un demonio!
RICHARD. ¿El?
BERTHA. *(Volviéndose hacia él.)* No, ¡tú! Una obra diabólica, volverle contra mí del mismo modo que intentaste volver a mi propio hijo contra mí. Sólo que no lo conseguiste.
RICHARD. ¿Cómo? Por amor de Dios, ¿cómo?
BERTHA. *(Muy alterada.)* Sí, sí. Lo que te digo. Todos se dieron cuenta. Cada vez que yo intentaba reprenderle por la más mínima cosa, tú seguías adelante con tu insensatez hablándole como si fuera un hombre adulto. Echando a perder a la pobre criatura, o, al menos, intentándolo. Entonces, claro, yo era la madre cruel y tú el único que le quería. *(Cada vez más acalorada.)* Pero no conseguiste volverle contra mí; contra su propia madre. ¿Y por qué? Porque el niño tiene demasiado carácter.
RICHARD. Yo nunca intenté hacer semejante cosa, Bertha. Sabes que no soy capaz de ser severo con un niño.
BERTHA. Porque nunca quisiste a tu propia madre. Una madre siempre es una madre, pase lo que pase. Nunca oí hablar de ningún ser humano que no quisiera a la madre que le trajo al mundo, menos tú.
RICHARD. *(Aproximándose a ella silenciosamente.)* Bertha, no digas cosas de las que luego te puedas arrepentir. ¿No te alegra que mi hijo me tenga cariño?
BERTHA. ¿Y quién se lo enseñó? ¿Quién le enseñó a salir corriendo a recibirte? ¿Quién le decía que le ibas a traer juguetes cuando andabas dando paseos bajo la lluvia, sin acordarte de él para nada... ni de mi? Fui yo. Yo le enseñé a quererte.
RICHARD. Sí, querida. Ya sé que fuiste tú.
BERTHA. *(A punto de llorar.)* Y luego tú intentas volver a todos contra mí. Todo tiene que ser para ti. Yo tengo que parecerles falsa y cruel a todos menos a ti. Porque tú te aprovechas de mi ingenuidad como hiciste... la primera vez.
RICHARD. *(Violentamente.)* ¡Y tienes el valor de decirme eso a mí!
BERTHA. *(Encarándose con* él.) ¡Sí que lo tengo! Entonces y ahora. Porque soy ingenua te crees que puedes hacer lo que quieras conmigo. *(Gesticulando.)* Ahora ve y síguele. Insúltale. Hazle que se humille ante ti y que me desprecie a mí. ¡Anda, síguele!
RICHARD. *(Controlándose.)* Te olvidas de que te he concedido total libertad; y te la sigo concediendo.
BERTHA. *(Con desdén.)* ¡Libertad!
RICHARD. Sí, total. Pero él tiene que saber que yo lo sé. *(Más sereno.)* Hablaré con él tranquilamente. *(Suplicante.)* ¡Bertha, créeme, querida! No son celos. Eres completamente libre para hacer lo que quieras... tú con él. Pero no de esta manera. Él no te despreciará. Tú no deseas engañarme o fingir que me engañas con él, ¿verdad?
BERTHA. No, no lo deseo. *(Mirándole a la cara.)* ¿Quién de nosotros dos es el que engaña?
RICHARD. ¿De nosotros? ¿Tú o yo?
BERTHA. *(Con tono sereno y decidido.)* Ya sé por qué me has concedido eso que tú llamas libertad total.
RICHARD. ¿Por qué?
BERTHA. Para poder tener libertad total con... esa chica.
RICHARD. *(Irritado.)* Pero, por Dios, si tú lo sabías desde hace mucho tiempo. Nunca intenté ocultártelo.
BERTHA. Sí que lo intentaste. Yo creía que se trataba de una especie de amistad entre vosotros... hasta que regresamos; entonces me di cuenta.

RICHARD. Y así es, Bertha.

BERTHA. *(Niega con la cabeza.)* No, no; es mucho más. Y por eso me concedes libertad total. Todas esas cosas que escribes *(señalando el estudio)* ahí dentro, cuando te quedas levantado por las noches... son sobre ella. ¡A eso le llamas amistad!

RICHARD. Créeme, Bertha, querida. Créeme, como yo te creo a ti.

BERTHA. *(Con un gesto impulsivo.)* ¡Dios mío, si lo noto! ¡Lo sé! ¿Qué es lo que hay entre vosotros sino amor?

RICHARD. *(Sereno.)* Tú pretendes meterme esa idea en la cabeza, pero te advierto que yo no tomo mis ideas de los demás.

BERTHA. *(Acalorada.)* ¡Lo es, lo es! Y por eso le dejas a él que siga. ¡Claro! A ti no te afecta. Tú la amas a ella.

RICHARD. ¡Amor! *(Extiende las manos suspirandoy se aparta de ella.)* No puedo discutir contigo.

BERTHA. No puedes porque tengo razón. *(Siguiéndole unos pasos.)* ¿Qué diría cualquiera?

RICHARD. *(Volviéndose hacia ella.)* ¿Crees que me importa?

BERTHA. Pero a mí sí. ¿Qué diría él si lo supiera? Tú, que tanto hablas del sentimiento elevado que tienes hacia mí, expresándote de ese modo con otra mujer. Si lo hiciera él, u otros hombres, lo entendería, porque son todos falsos y engañadores. ¡Pero tú, Dick! ¿Entonces, por qué no se lo dices?

RICHARD. Puedes hacerlo tú si quieres.

BERTHA. Lo haré. Desde luego que lo haré.

RICHARD. *(Fríamente.)* Él te lo explicará.

BERTHA. Él no dice una cosa y hace otra. A su manera, es honrado.

RICHARD. *(Arranca una de las rosas y la arroja a los pies de ella.)* ¡Oh, por supuesto! ¡El colmo del honor!

BERTHA. Te puedes reír de él todo lo que quieras. Yo comprendo más cosas de lo que tú crees sobre ese asunto. Y él también las comprenderá. Años y años escribiéndole esas largas cartas, y ella a ti. Pero desde que regresé lo comprendo... bien.

RICHARD. No, no. Y él tampoco lo comprendería.

BERTHA. *(Se ríe desdeñosamente.)* Claro. Ni él ni yo podemos entenderlo. Sólo ella es capaz, porque ¡es algo tan profundo!

RICHARD. *(Enfadado.)* ¡Ni él, ni tú... ni ella tampoco! ¡Ninguno de vosotros!

BERTHA. *(Con gran amargura.)* ¡Ella sí! ¡¡Ella lo entenderá! ¡La mujer enferma!

(Se da !a vuelta y se dirige a la mesita pequeña de la derecha. RICHARD *contiene un ademán repentino. Una breve pausa.)*

RICHARD. *(Con gravedad.)* ¡Bertha, ten cuidado con pronunciar palabras como esas!

BERTHA. *(Volviéndose, acalorada.)* No pretendo hacer daño. Yo me compadezco de ella más que tú porque soy mujer. De verdad, es así. Pero lo que digo es cierto.

RICHARD. ¿Es generoso? Piénsalo.

BERTHA. *(Señalando hacia el jardín.)* Es ella la que no es generosa. Recuerda lo que te voy a decir ahora.

RICHARD. ¿Qué?

BERTHA. *(Se le acerca más. En tono más sereno.)* Le has dado mucho a esa mujer, Dick. Y puede que se lo merezca. Y puede que lo comprenda todo, también. Yo sé que ella es así.

RICHARD. ¿Crees eso?

BERTHA. Sí. Pero creo que a cambio conseguirás muy poco de ella... o de cualquiera de su clan. Recuerda mis palabras, Dick. Porque ella no es generosa, y ellos no son generosos. ¿Es falso todo lo que te estoy diciendo? ¿Lo es?
RICHARD. *(Sombrío.)* No. No todo.

(Ella se agacha y, recogiendo la rosa del suelo, la vuelve a poner en el jarrón. El la observa. BRIGID *aparece por la puerta de dos hojas de la derecha.)*

BRIGID. El té está servido, señora.
BERTHA. Muy bien.
BRIGID. ¿El señorito Archie está en el jardín?
BERTHA. Sí. Llámele.

(BRIGID *cruza la habitación y sale al jardín.* BERTHA *se dirige a las puertas de la derecha. Al llegar al canapé se detiene y recoge el papel.)*

BRIGID. *(Desde el jardín.)* ¡Señorito Archie! ¡Que entre usted a merendar!
BERTHA. ¿Debo ir a este sitio?
RICHARD. ¿Quieres ir?
BERTHA. Quiero averiguar sus intenciones. ¿Debo ir?
RICHARD. ¿Por qué me lo preguntas? Decídelo tú misma.
BERTHA. ¿Tú me dices que vaya?
RICHARD. No.
BERTHA. ¿Me prohíbes que vaya?
RICHARD. No.
BRIGID. *(Desde el jardín.)* ¡Venga corriendo, señorito Archie! ¡La merienda le espera!

(BRIGID *cruza la habitación y sale por la puerta de dos hojas.* BERTHA *dobla el papel, se lo mete en el cinturón del vestido, y se dirige lentamente hacia la derecha. Cerca de la puerta se da la vueltay se detiene.)*

BERTHA. Dime que no vaya, y no iré.
RICHARD. *(Sin mirarla)* Decídelo tú misma.
BERTHA. ¿Y después me lo reprocharás?
RICHARD. *(Acalorado.)* ¡No, no! No te lo reprocharé. Eres libre. No puedo reprocharte nada.

(ARCHIE *aparece en la puerta del jardín.)*

BERTHA. Yo no te he engañado.

(Sale por la puerta de dos hojas. RICHARD *queda de pie junto a la mesa.* ARCHIE, *una vez que ha salido su madre, corre hacia* RICHARD.

ARCHIE. *(Rápidamente.)* Qué, ¿se lo has preguntado?
RICHARD. *(Sobresaltado.)* ¿Qué?
ARCHIE. ¿Puedo ir?
RICHARD. Sí.
ARCHIE. ¿Por la mañana? ¿Ha dicho que si?

RICHARD. Sí. Por la mañana.

(Rodea los hombros de su hijo con el brazo y le mira con cariño)

SEGUNDO ACTO

Una habitación en el chalet de Robert Hand en Ranelagh. A la derecha, en primer término, un pequeño piano negro, sobre cuyo atril hay una partitura abierta. Más atrás hay una puerta que conduce a la puerta de la calle. En la pared del fondo hay una puerta de dos hojas cubiertas con cortinas oscuras, que da a un dormitorio. Cerca del piano, una mesa grande sobre la que hay un quinqué con una amplia pantalla amarilla. Junto a la mesa, sillas tapizadas. Más hacia el frente, una pequeña mesa de juego. Contra la pared del fondo hay una estantería con libros. En el lateral izquierdo, hacia el fondo, hay una ventana que da al jardín, y más hacia el primer término, una puerta y un porche, que también dan al jardín. Butacas aquí y allá. Plantas en el porche y frente a la puerta de dos hojas. En las paredes hay muchos dibujos en blanco y negro, enmarcados. En el ángulo derecho, al fondo, un aparador. Y en el centro de la habitación, a la izquierda de la mesa, un grupo compuesto por un narguile con pie, una estufa de petróleo baja sin encender, y una mecedora. Es el anochecer del mismo día.

(ROBERT HAND, *vestido de etiqueta, está sentado al piano. Las velas no están encendidas, pero el quinqué de la mesa, sí. Toca suavemente en las teclas bajas los primeros compases de la canción de Wolfram del último acto de* Tannhäuser [29]. *Luego se interrumpe y, apoyando un codoen el borde del teclado, medita. Después se pone en pie y, sacando un pulverizador de detrás del piano, se pasea por la habitación rociando el aire con el perfume. Inhala el aire lentamente y luego vuelve a guardar el pulverizador detrás del piano. Se sienta en una silla cerca de la ventana y, atusándose el cabello con cuidado, suspira una o dos veces. Luego, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, se reclina hacia atrás, estira las piernas y espera. Se oye que golpean en la puerta de la calle. Se pone en pie rápidamente.)*

ROBERT. *(Exclama.)* ¡Bertha!

(Sale rápidamente por la puerta de la derecha. Se oyen las voces de un recibimiento morado. Tras unos momentos vuelve a entrar ROBERT, *seguido par* RICHARD ROWAN, *que viste la misma ropa de mezclilla*

[29] *Tannhauser,* ópera del músico alemán Richard Wagner (1813-1883), uno de los favoritos de Joyce, especialmente por su uso del leitmotiv, que Joyce adapta para su utilización como vehículo de significado en sus novelas. Brown, pág. 169, nota 25, glosa el significado de esta alusión estableciendo la adecuación de Wolfram como analogía para Robert ya que ama a una mujer (Elizabeth) que prefiere a otro hombre (Tannháuser). Este a su vez sirve como analogía para Richard porque su rebelión sexual (su amor por Venus) le indispone con el Papa, de la misma manera que la relación de Richard con Bertha le causa un conflicto con la opinión pública de Dublín. Por lo demás, Joyce volverá a usar analogías operísticas en Ulises *(Don Giovanni) y Finnegans Wake (Tristán e Isolda).*

gris de antes, pero lleva en una mano un sombrero de fieltro negro y en la otra un paraguas

ROBERT. Antes de nada, déjame que ponga esto afuera.

(Coge el sombrero y el paraguas, los deja en el vestíbulo, y regresa.)

ROBERT. *(Alcanzándole una silla.)* Aquí tienes. Me encuentras aquí por casualidad. ¿Por qué no me lo dijiste hoy? Siempre te gustó sorprender a la gente. Me imagino que mi evocación del pasado resultó demasiado atractiva para tu sangre alocada. Mira qué artístico me he vuelto. *(Señala las paredes.)* El piano es una adquisición posterior a tu época. Estaba tocando un poco a Wagner cuando has llegado. Matando el tiempo. Ya ves que estoy dispuesto para la batalla. *(Se ríe.)* Me estaba preguntando qué tal os estaríais llevando tú y el vicerrector. *(Exageradamente alarmado.)* ¿Pero vas a ir con ese traje? Bueno, supongo que da igual. Pero, ¿qué hora tenemos? *(Saca el reloj.)* ¡Cielos, las ocho y veinte ya!

RICHARD. ¿Tienes una cita?

ROBERT. *(Con una risa nerviosa.)* ¡Tú siempre tan suspicaz! RICHARD. ¿Entonces puedo sentarme?

ROBERT. Claro, claro. *(Se sientan ambos.)* Al menos, unos minutos. Luego podemos salir juntos. No tenemos hora fija. Entre las ocho y las nueve, dijo, ¿no? ¿Qué hora será ya, me pregunto? *(Está apunto de volver a mirar el reloj; luego se detiene.)* Las ocho y veinte, sí.

RiCHARD. *(Con tono cansado, triste.)* Tu cita también era a la misma hora. Aquí.

ROBERT. ¿Qué cita?

RICHARD. Con Bertha.

ROBERT. *(Mirándole fijamente.)* ¿Estás loco?

RICHARD. ¿Y tú?

ROBERT. *(Tras una pausa.)* ¿Quién te lo ha dicho?

RICHARD. Ella.

(Un breve silencio)

ROBERT. *(En voz baja.)* Sí. He tenido que estar loco. *(Rápidamente.)* Escúchame, Richard. Es un gran alivio para mí que hayas venido; el mayor alivio. Te aseguro que desde esta tarde no he hecho más que pensar en cómo cancelar la cita sin parecer un imbécil. ¡Qué gran alivio! Incluso pensé enviarte un mensaje..., una carta, unas líneas. *(Atropelladamente.)* Pero ya era demasiado tarde... *(Se pasa la mano por la frente.)* Déjame que te hable francamente; déjame que te lo cuente todo.

RICHARD. Lo sé todo. Lo sé desde hace algún tiempo.

ROBERT. ¿Desde cuándo?

RICHARD. Desde que empezó entre tú y ella.

ROBERT. *(Otra vez atolondradamente.)* Sí, estaba loco. Pero sólo fue perder la cabeza un instante. Admito que el haberla invitado a venir aquí esta noche fue un error. Puedo explicártelo todo. Y lo haré; en serio.

RICHARD. Explícame cuál es la palabra que deseabas decirle, pero no te atrevías. Si es que que puedes o quieres.

ROBERT. *(Mira al suelo; luego, levanta la cabeza)* Sí, lo haré. Yo admiro mucho la personalidad de tu... de... de tu esposa. Eso es. Puedo decirlo. No es ningún secreto.

RICHARD. Entonces, ¿por qué querías cortejarla en secreto?

ROBERT. ¿Cortejarla?
RICHARD. Tus avances hacia ella, poquito a poco, día tras día; miradas, susurros. *(Con un gesto nervioso de las manos.) Insomma* [30], cortejarla.
ROBERT. *(Desconcertado.)* ¿Pero cómo sabes todo esto?
RICHARD. Me lo ha dicho ella.
ROBERT. ¿Esta tarde?
RICHARD. No. Cada vez, a medida que iba sucediendo.
ROBERT. ¿Tú lo sabías? ¿Por ella? (RICHARD *asiente con la cabeza.)* ¿Nos estabas vigilando todo el tiempo?
RICHARD. *(Con gran frialdad.)* Te estaba vigilando a ti.
ROBERT. *(Rápidamente.)* Quiero decir, vigilándome. ¡Y no dijiste nada! Sólo hubieras tenido que decir una palabra... para salvarme de mí mismo. Me estabas probando. *(Vuelve a pasarse la mano por la frente.)* Fue una prueba espantosa: ahora también lo es. *(Desesperadamente.)* Bueno, ya ha pasado. Me servirá de lección durante toda la vida. Ahora me odias por lo que he hecho y por...
RICHARD. *(En voz baja, mirándole.)* ¿Yo he dicho que te odio?
ROBERT. ¿Y no es así? Tienes que odiarme.
RICHARD. Aunque Bertha no me lo hubiera dicho, lo habría sabido. ¿No te diste cuenta de que cuando regresé esta tarde me metí un momento en el estudio?
ROBERT. Es verdad. Lo recuerdo.
RICHARD. Para darte tiempo a que te recuperaras. Me daba pena ver tus ojos. Y las rosas también. No sabría decir por qué. Un gran manojo de rosas pasadas.
ROBERT. Pensé que tenía que ofrecérselas. ¿Resulta extraño? *(Mira a* RICHARD *con expresión angustiada.)* ¿Demasiadas, quizá? ¿O demasiado visto y vulgar?
RICHARD. Por eso no pude odiarte. Todo ello me puso triste de repente.
ROBERT. *(Para sí mismo.)* Y esto es real. Nos está sucediendo... a nosotros.

(Se queda con la mirada perdida hacia el frente unos segundos, como atontado. Luego continúa sin volver la cabeza)

ROBERT. ¿Y ella también me estaba probando; estaba experimentando conmigo para complacerte?
RICHARD. Tú conoces a las mujeres mejor que yo. Ella dice que le dabas lástima.
ROBERT. *(Meditativo.)* Le daba lástima porque ya no soy... un amante ideal. Como mis flores. Vulgar, pasado.
RICHARD. Como todos los hombres, posees un corazón estúpido y vagabundo.
ROBERT. *(Lentamente.)* Bueno, al final hablaste. Has escogido el momento adecuado.
RICHARD. *(Inclinándose hacia adelante.)* Robert, así no. Para ti y para mí, no. Son años, una vida entera, de amistad. Piénsalo un momento. Desde la infancia, la adolescencia... No, no. No de esa manera..., como ladrones..., de noche[31]. *(Mirando a su alrededor.)* Y en semejante lugar. No, Robert, eso no es para personas como nosotros.
ROBERT. ¡Qué lección! Richard, no puedo decirte el alivio que supone para mí que hayas hablado..., que haya pasado el peligro. Sí, sí. *(Un tanto azorado.)* Porque... había cierto peligro para ti también, si lo piensas, ¿o no?
RICHARD. ¿Qué peligro?
ROBERT. *(En el mismo tono) No* sé. Quiero decir si no hubieras hablado. Si hubieras seguido esperando y vigilando hasta que...

[30] It.: «En resumidas cuentas.»
[31] Eco de Jeremías, 49,9.

RICHARD. ¿Hasta qué?

ROBERT. *(Con valor.)* Hasta que ella me hubiera ido gustando cada vez más; porque te aseguro que tan sólo ha sido una veleidad mía. Hasta que yo hubiera llegado a quererla mucho; a amarla. Entonces, ¿me habrías hablado como acabas de hacerlo? (RICHARD *permanece callado.* ROBERT *continúa, atreviéndose a más.)* Habría sido distinto, ¿verdad? Porque entonces podría haber sido demasiado tarde, mientras que ahora no lo es. ¿Qué te podría haber dicho entonces? Sólo habría podido decirte: eres mi amigo, mi buen y querido amigo. Lo siento mucho, pero estoy enamorado de ella. *(Con un repentino gesto de fervor.)* La amo y te la voy a arrebatar como sea, porque la amo.

(Se contemplan durante algunos minutos en silencio)

RICHARD. *(Tranquilamente.)* Ese es el tipo de lenguaje que he oído muchas veces y en el que nunca he creído. ¿Quieres decir quitármela sigilosamente o por la fuerza? No podrías robar en mi casa estando las puertas abiertas; ni llevarte nada por la fuerza si no te opusiera resistencia.

ROBERT. Te olvidas de que el reino de los cielos permite la violencia: y el reino de los cielos es como una mujer.

RICHARD. *(Sonriendo.)* Sigue.

ROBERT. *(Algo cohibido, pero valientemente.)* ¿Crees que tienes derechos sobre ella? ¿Sobre su corazón?

RICHARD. Ninguno.

ROBERT. ¿Por lo que has hecho por ella? ¡Ha sido tanto! ¿No te crees con derecho a nada?

RICHARD. A nada.

ROBERT. *(Tras una pausa, se golpea la frente con la mano.)* Pero, ¿qué digo? ¿Qué pienso? Ojalá me reprendieras, me maldijeras, me odiaras como me merezco. Tú amas a esa mujer. Recuerdo todo lo que me dijiste hace tiempo. Es tuya, es tu obra [32]. *(Rápidamente.)* Y por eso, yo también me sentí atraído hacia ella. Eres tan fuerte que me atraes incluso a través de ella.

RICHARD. Yo soy débil.

ROBERT. *(Con entusiasmo.)* ¡Tú, Richard! ¡Si eres la fuerza personificada!

RICHARD. *(Tendiéndole las manos.)* Toca estas manos.

ROBERT. *(Cogiéndoselas.)* Sí. Las mías son más fuertes. Pero me refería a otro tipo de fuerza.

RICHARD. *(Sombrío.)* Creo que intentarías quitármela por la fuerza.

(Retira las manos lentamente)

[32] Estas palabras de Roben, que más adelante insiste en la misma idea, pueden hacer alusión a la relación entre Joyce y Nora. Pero la situación reflejada es similar a la que Joyce expresa en un artículo de 1912 sobre el poeta inglés William Blake (1757-1827): «Al igual que otros muchos genios, Blake no se sentía atraído por las mujeres cultas y refinadas. A las gracias del salón y a la cultura amplia y fácil... prefería la mujer sencilla, con mentalidad nebulosa y sensual, o bien prefería, en su ilimitado egoísmo, que el alma de su amada fuera lenta y penosamente creada por él ...» Véase «William Blake», en Escritos críticos, pág. 314.

ROBERT. *(Rápidamente.)* Son momentos de locura absoluta en los que sentimos una pasión intensa por una mujer. No vemos nada; no pensamos en nada. Sólo en poseerla. Di que es bestial, brutal, lo que quieras[33].

RICHARD. *(Algo tímidamente.)* Me temo que el desear poseer a una mujer no sea amor.

ROBERT. *(Con impaciencia.)* No ha habido un solo hombre en el mundo que no deseara poseer -poseer carnalmente, digo- a la mujer que ama. Es la ley de la naturaleza.

RICHARD. *(Con desprecio.)* ¿Y a mí qué? ¿Acaso la he votado yo?

ROBERT. Pero si amas... ¿Qué es si no?

RICHARD. *(Vacilante.)* Desearle el bien.

ROBERT. *(Con calor.)* Pero la pasión que nos abrasa día y noche por poseerla, tú la sientes igual que yo. Y no es lo que acabas de decir.

RICHARD. ¿Tienes...? *(Se detiene un instante.)* ¿Tienes la luminosa certeza de que ella sólo puede pensar y comprender en contacto con tu mente, y de que su cuerpo sólo puede sentir en contacto con el tuyo? ¿Tienes esa certeza interior?

ROBERT. ¿Tú la tienes?

RICHARD. *(Emocionado.)* Hubo una época en que la tuve, Robert: una certeza tan luminosa como la de mi propia existencia... o una ilusión igual de luminosa.

ROBERT. *(Cautamente.)* ¿Y ahora?

RICHARD. Si tú la tuvieras y yo pudiera sentir que la tenías... incluso ahora...

ROBERT. ¿Qué harías?

RICHARD. *(Suavemente.)* Me iría. Tú serías necesario para ella, y yo no. A pesar de lo solo que estaba antes de conocerla.

ROBERT. *(Se frota las manos nerviosamente.)* ¡Bonita carga sobre mi conciencia!

RICHARD. *(Abstraído.)* Viste a mi hijo cuando fuiste a mi casa esta tarde. Me lo ha dicho. ¿Qué sentiste?

ROBERT. *(Sin vacilar.)* Placer.

RICHARD. ¿Nada más?

ROBERT. Nada más. A no ser que pensara en dos cosas a la vez. Yo soy así. Si mi mejor amigo estuviera metido en el ataúd y tuviera una expresión cómica en la cara, me sonreiría. *(Con un pequeño gesto de impotencia.)* Yo soy así. Pero también sufriría, mucho.

RICHARD. Has hablado de la conciencia... ¿Te pareció tan sólo un niño... o un ángel?

ROBERT. *(Niega con la cabeza.)* No. Ni un ángel ni un anglosajón[34]. Dos cosas por las que no tengo grandes simpatías, dicho sea de paso.

RICHARD. ¿Nunca, pues? ¿Nunca, ni siquiera... con ella? Dímelo. Quiero saberlo.

ROBERT. Siento algo distinto en mi corazón. Creo que en el último día -si es que llega-, cuando todos estemos reunidos, el Todopoderoso nos hablará así. Nosotros le diremos que hemos vivido castamente con otra criatura...

RICHARD. *(Amargamente.)* ¿Le mentiremos?

ROBERT. O que lo intentamos. Y él nos contestará: ¡Estúpidos! ¿Quién os dijo que teníais que entregaros a un solo ser? Fuisteis creados para entregaros a muchos, libremente. Yo escribí esa ley con mi dedo en vuestros corazones.

RICHARD. ¿En el corazón de la mujer también?

---

[33] En una carta a Nora, el 11 de diciembre de 1909, Joyce le escribe: «Ah, no es el deseo, querida, no es la locura brutal y salvaje... no es el deseo salvaje y bestial de tu cuerpo, querida, lo que me acercó a ti y ahora me mantiene a tu lado.»

[34] Cuenta la leyenda que el Papa Gregorio el Grande, al ver en un mercado de Roma a unos esclavos que le parecieron extremadamente bellos, preguntó su procedencia. Cuando le respondieron que eran anglos *(angli),* él contestó: «No anglos, sino ángeles» *(angeli).*

ROBERT. Sí. ¿Acaso podemos cerrar el corazón contra un afecto sentido profundamente? ¿Debemos cerrarlo? ¿Debe hacerlo ella?

RICHARD. Estamos hablando de la unión carnal.

ROBERT. El afecto entre hombre y mujer tiene que acabar en eso. Le damos demasiada importancia porque tenemos las mentes retorcidas. Para nosotros, hoy día, no tiene más trascendencia que cualquier otra forma de contacto... que un beso.

RICHARD. Si no tiene mayor trascendencia, ¿por qué te sientes insatisfecho hasta que no consigues ese fin? ¿Por qué estabas esperando aquí esta noche?

ROBERT. La pasión tiende a llegar tan lejos como pueda; pero, me creas o no, no era eso lo que yo me proponía... conseguir ese fin.

RICHARD. Consíguelo si puedes. No emplearé contra ti ninguna de las armas que el mundo me ofrece. Si la ley que el dedo de Dios ha escrito en nuestros corazones es la que tú dices, yo también soy una criatura de Dios.

(Se pone en pie y *pasea de acá para allá en silencio durante unos momentos. Luego se dirige hacia el porche y se apoya en el quicio.* ROBERT *le observa.)*

ROBERT. Yo siempre lo he sentido. En mí y en los demás.

RICHARD. *(Ausente.)* ¿Sí?

ROBERT. *(Con un gesto vago.)* Para todos. Y que una mujer, también, tiene el derecho de probar con muchos hombres hasta que encuentre el amor. Una idea inmoral, ¿no? Quería escribir un libro a partir de ella. Lo empecé...

RICHARD. *(Como antes.) ¿Si?*

ROBERT. Porque conocía a una mujer que me daba la impresión de estar haciendo eso precisamente; poniendo en práctica esa idea en su propia vida. Me interesó mucho.

RICHARD. ¿Eso cuándo fue?

ROBERT. Oh, hace tiempo. Cuando estabas fuera.

(RICHARD *se aparta del quicio deforma un tanto abrupta y vuelve a pasear de acá para allá*

ROBERT. Ves, soy más honrado de lo que pensabas.

RICHARD. Ojalá no hubieras pensado en ella ahora..., quienquiera que fuera, o sea.

ROBERT. *(Tranquilamente.)* Fue, y es, la esposa de un corredor de bolsa.

RICHARD. *(Volviéndose.)* ¿Le conoces?

ROBERT. Somos íntimos.

(RICHARD *se sienta de nuevo en el mismo sitioy se inclina hacia adelante, con la cabeza apoyada en las manos.)*

ROBERT. *(Acercando su silla un poco más.)* ¿Te puedo hacer una pregunta?

RICHARD. Puedes.

ROBERT. *(Con cierta vacilación.)* ¿No te ha ocurrido nunca a lo largo de estos años - quiero decir, cuando estuvieras lejos de ella, quizás, o de viaje- el... traicionarla con otra? Traicionarla, pero no en el amor, entiéndeme. Quiero decir, carnalmente... ¿No te ha ocurrido eso nunca?

RICHARD. Sí me ha ocurrido.

ROBERT. ¿Y qué hiciste?

RICHARD. *(Igual que antes.)* Recuerdo la primera vez. Volví a casa. Era de noche. Mi casa estaba en silencio. Mi hijito dormía en su cuna. Ella también estaba dormida. La desperté y se lo dije. Lloré junto a su lecho. Y le partí el corazón.

ROBERT. Oh, Richard, ¿por qué lo hiciste?

RICHARD. ¿Traicionarla?

ROBERT. No; decírselo, despertarla para decírselo. Era partirle el corazón.

RICHARD. Tiene que conocerme tal como soy[35].

ROBERT. Pero tú no eres así. Eso fue un momento de debilidad.

RICHARD. *(Perdido en sus pensamientos.)* Y yo alimentaba la llama de su inocencia con mi culpa.

ROBERT. *(Bruscamente.)* Oh, no hables de culpa e inocencia. Tú has hecho que ella sea todo lo que es. Una personalidad extraña y maravillosa... al menos para mí[36].

RICHARD. *(Sombríamente.)* O la he matado.

ROBERT. ¿Matado?

RICHARD. La virginidad de su alma.

ROBERT. *(Con impaciencia.)* ¡Pues bien perdida está! ¿Qué sería ella sin ti?

RICHARD. Intenté darle una vida nueva.

ROBERT. Y se la has dado. Una vida nueva y plena.

RICHARD. Sí, pero, ¿vale lo que yo le he arrebatado? ¿Su adolescencia, su risa, su joven belleza, las esperanzas de su joven corazón?[37].

ROBERT. *(Con firmeza.)* Sí. Claro que lo vale. *(Mira a* RICHARD *durante unos monentos en silencio.)* Si no te hubieras ocupado de ella, si hubieras vivido de forma disipada, si te la hubieras llevado tan lejos sólo para hacerla sufrir...

(Se detiene. RICHARD *levanta la cabeza y le mira.)*

RICHARD. Si lo hubiera hecho, ¿qué?

ROBERT. *(Algo desconcertado.)* Sabes, aquí llegaron rumores sobre tu vida en el extranjero: una vida disipada. Algunas personas que te conocían, o se encontraron contigo, u oyeron hablar de ti en Roma. Rumores difamatorios.

RICHARD. *(Fríamente.)* Prosigue.

ROBERT. *(Se ríe algo forzadamente.)* Incluso yo llegué a considerarla una víctima en algunos momentos. *(Suavemente.)* Y, por supuesto, Richard, yo sentía y tenía siempre presente que tú eras un hombre de gran talento; de algo más que talento[38]. Y esa era tu disculpa; disculpa válida, a mis ojos.

---

[35] Esta actitud de total franqueza de Richard hacia Bertha es otro reflejo autobiográfico de Joyoe, quien, a medida que se iba consolidando su relación con Nora, le contaba a ésta sus ideas sobre la sociedad irlandesa, la religión, su familia, y sus propias experiencias sexuales antes de conocerla. Véase Ellmann, págs. 169-71. Un ejemplo concreto se aprecia en una carta de Joyce a Nora años más tarde, el 7 de septiembre de 1909, donde el autor escribe: «Ahora, mi querida Nora, quiero que leas una y otra vez todo lo que te he escrito. Parte de ello es desagradable, obsceno y bestial, parte de ello es puro y sagrado y espiritual: todo ello soy yo mismo.»

[36] Aunque. Robert se ve obligado a especificar y matizar, nótese, sin embargo, la inicial ambigüedad de sus palabras, que pueden tener connotaciones tanto positivas como negativas, dada la situación legal de la pareja.

[37] En carta a Nora, el 21 de agosto de 1909, Joyce le escribe: «¿He sido cruel contigo? Al menos de una crueldad no tengo la culpa. No he matado el amor cálido, impulsivo y dador de vida de tu rica naturaleza. Mira ahora, querida, en lo más profundo de tu corazón, y dime que viviendo junto a mí no has visto tu corazón hacerse viejo y endurecerse.»

[38] Estas palabras de Robert son una transcripción casi literal de las palabras de William Archer, a quien Joyce había enviado el manuscrito de su primera obra de teatro, A Brilliant Career. Archer contestó diciendo que la obra tenía serios defectos, pero que el joven autor sin

RICHARD. ¿Se te ha ocurrido que quizá sea ahora -en este momento- cuando de verdad me estoy desentendiendo de ella? *(Junta las manos nerviosamente y se inclina hacia* ROBERT.) Aún puedo guardar silencio. Y puede que ella ceda ante ti al fin; totalmente y muchas veces.

ROBERT. *(Se retira instintivamente.)* Querido Richard, querido amigo, te juro que yo sería incapaz de hacerte sufrir.

RiCHARD. *(Continuando.)* Entonces podrás conocer en cuerpo y alma, en cien formas distintas, y de modo incesante, lo que un viejo teólogo, Duns Escoto [39], creo, llamó la muerte del espíritu.

ROBERT. *(Ávidamente.)* Una muerte. No; ¡su afirmación! ¡Una muerte! El instante supremo de la vida, del que procede toda vida futura; la ley eterna de la propia naturaleza.

RiCHARD. ¿Y qué hay de esa otra ley de la naturaleza, como tú la llamas: el cambio? ¿Qué pasará cuando te vuelvas contra ella y contra mí, cuando su belleza, o lo que ahora te parece bello en ella, te hastíe y mi afecto por ti te parezca falso y odioso?

ROBERT. Eso no sucederá jamás. Nunca.

RICHARD. ¿Y cuando tú te vuelvas incluso contra ti mismo por haberme conocido o haber tenido relación con nosotros dos?

ROBERT. *(Gravemente.)* Eso nunca sucederá, Richard. Puedes estar seguro de ello.

RiCHARD. *(Con desprecio.)* Me importa bien poco que suceda o no, porque hay otra cosa a la que temo mucho más.

ROBERT. *(Negando con la cabeza.)* ¿Temer tú? No te creo, Richard. Desde que los dos éramos niños he seguido el desarrollo de tu espíritu. Tú no sabes lo que es el miedo moral.

RICHARD. *(Le pone una mano sobre el brazo.)* Escúchame. Imagina que ella está muerta. Yace en mi lecho. Yo contemplo su cuerpo, al que traicioné de forma vil en repetidas ocasiones. Y al que he amado, también, y sobre el que he llorado. Sé que su cuerpo siempre fue mi fiel esclavo. A mí, y sólo a mí, me entregó... *(Se interrumpe y se vuelve, incapaz de seguir hablando.)*

ROBERT. *(Suavemente.)* No sufras, Richard. No hay necesidad. Ella te es fiel en cuerpo y alma. ¿Por qué temes?

RICHARD. *(Se vuelve hacia él, casi con violencia.)* No es ese el temor que tengo. Pero sí temo que entonces yo me reproche a mí mismo el haberlo acaparado todo porque no podía tolerar que ella le entregara a otro lo que al fin y al cabo era suyo y no mío, porque acepté su fidelidad, empobreciendo su vida en lo que se refiere al amor. Ese es mi temor: el pensar que me interpongo entre ella y cualquier momento de la vida que debiera ser suyo, entre ella y tú, entre ella y cualquier otro, entre ella y cualquier cosa. No lo haré. No puedo y no quiero. No me atrevo.

(Se echa hacia atrás en la silla, sin aliento, con los ojos brillantes. ROBERT *se pone en pie silenciosamente, y se sitúa detrás de su silla)*

---

duda poseía un gran talento. Véase Ellmann, págs. 79-80. Evans (pág. 42), por su parte, sugiere una posible alusión a la parábola de los talentos, que comienza con una referencia al exilio (San Mateo, 25.14). Esta interpretación se vería reforzada por las palabras de Robert anteriormente: «...el reino de los cielos es como una mujer». En la Biblia inglesa la parábola comienza con las palabras: «For the kingdom of heaven is as a man...»

[39] Duns Escoto (1265-1308), filósofo y teólogo apodado Dodor Subtilis, gran defensor de la doctrina de la Inmaculada Concepción y de la libertad de la voluntad. En términos generales, el significado en la filosofía escolástica de la frase «muerte del espíritu», es el de pecado mortal. Pero el sentido concreto de la frase en este pasaje, y más adelante en el acto tercero, se refiere al acto sexual. Véase MacNicholas, Textual Companion, págs. 199-200.

ROBERT. Oye una cosa, Richard. Ya hemos dicho todo lo que había que decir. Lo pasado, pasado.

RICHARD. *(Rápida y ásperamente.)* Espera. Hay una cosa más. Porque tú también tienes que conocerme tal como soy... ahora.

ROBERT. ¿Más? ¿Aún hay más?

RICHARD. Te he dicho que cuando vi tus ojos esta tarde me sentí triste. Me pareció que tu humildad y tu confusión te unían fraternalmente a mí. *(Se vuelve a medias hacia él.)* En ese momento sentí todo lo que hemos vivido juntos en el pasado, y deseé rodearte el cuello con mi brazo.

ROBERT. *(Conmovido profunda y repentinamente.)* Es muy noble por tu parte, Richard, el perdonarme así.

RICHARD. *(Luchando consigo mismo.)* Te dije que deseaba que no hicieras nada falso y secreto contra mí, contra nuestra amistad, contra ella. Que no me la robaras con astucia, subrepticiamente, con alevosía; a oscuras, por la noche. Que no hicieras eso tú, Robert, amigo mío.

ROBERT. Lo sé. Y fue muy noble por tu parte.

RICHARD. *(Le mira con mirada fija.)* No. Noble, no. Innoble.

ROBERT. *(Hace un gesto involuntario.)* ¿Cómo? ¿Porqué?

RICHARD. *(Mira hacia otro lado; en voz baja.)* Eso es lo que tengo que decirte a ti también. Porque en lo más profundo de mi innoble corazón yo anhelaba que me traicionarais ella y tú a oscuras, por la noche, subrepticiamente, con alevosía, con astucia. Tú, mi mejor amigo, y ella. Lo anhelaba de forma apasionada e innoble, ser deshonrado para siempre en el amor y la lujuria, ser...

ROBERT. *(Inclinándose, tapa la boca de* RICHARD *con sus manos.)* Basta. Basta. *(Retira las manos.)* Pero no. Continúa.

RICHARD. Ser para siempre una criatura avergonzada y volver a construir mi alma a partir de las ruinas de su vergüenza.

ROBERT. Y por eso deseabas que ella...

RICHARD. *(Con calma.)* Ella siempre ha hablado de su inocencia, como yo he hablado de mi culpa, humillándome.

ROBERT. ¿Entonces era por orgullo?

RICHARD. Por orgullo y por un anhelo innoble. Y por un motivo aún más profundo.

ROBERT. *(Decididamente.)* Te comprendo.

(Regresa a su sitio y comienza a hablar enseguida, acercando más su silla)

ROBERT. ¿Y no será que nos encontramos aquí y ahora en presencia de un momento que nos puede liberar a los dos -tanto a mí como a ti- de las últimas ataduras de lo que llamamos moralidad? Mi amistad por ti me ha impuesto cadenas.

RICHARD. No muy pesadas, al parecer.

ROBERT. Actué a oscuras, subrepticiamente. Ya no volveré a hacerlo. ¿Tendrás al valor de permitirme que actúe libremente?

RICHARD. ¿Un duelo... entre nosotros dos?

ROBERT. *(Con entusiasmo creciente.)* Una batalla de nuestras dos almas, con todo lo diferentes que son, contra todo lo que hay de falso en ellas y en el mundo. Una batalla de tu alma contra el espectro de la fidelidad, de la mía contra el espectro de la amistad. Toda la vida es una conquista, la victoria de la pasión humana sobre los mandamientos de la cobardía. ¿Quieres, Richard? ¿Tendrás valor? ¿Incluso si eso

hace añicos nuestra amistad, incluso si destroza para siempre la última ilusión de tu vida? Existía una eternidad antes de que naciéramos: habrá otra una vez que hayamos muerto. Tan sólo el cegador instante de la pasión -la pasión libre, no cohibida, irresistible-, esa es la única salida por la que podemos huir de la miseria de lo que los esclavos llaman vida. ¿No es este acaso el lenguaje de tu propia juventud, el que te he oído tantas veces en este mismo lugar en donde nos encontramos ahora? ¿Has cambiado?

RICHARD. *(Se pasa la mano por la frente.)* Sí. Es el lenguaje de mi juventud.

ROBERT. *(Ávida, intensamente.)* Richard, tú eres quien me ha impulsado hasta este punto. Ella y yo tan sólo hemos obedecido a tu voluntad. Tú mismo eres quien ha suscitado estas palabras en mi cerebro. Tus propias palabras. ¿Lo hacemos? ¿Libremente? ¿Los dos juntos?

RICHARD. *(Dominando sus emociones.)* Juntos no. Libra tu batalla tú solo. Yo no voy a liberarte. Déjame que libre yo la mía.

ROBERT. *(Se pone en pie, decidido.)* ¿Entonces, me lo permites?

RICHARD. *(También se pone en pie, tranquilamente.)* Libérate tú solo.

(Se oye golpear en la puerta del vestíbulo.)

ROBERT. *(Alarmado.)* ¿Qué significa esto?

RICHARD. *(Tranquilamente.)* Bertha, evidentemente. ¿No le pediste que viniera?

ROBERT. Sí, pero... *(Mirando a su alrededor.)* Entonces me voy, Richard.

RICHARD. No. Me voy yo.

ROBERT. *(Desesperado.)* Richard, te lo suplico. Déjame marcharme. Se acabó. Es tuya. Quédate con ella y perdonadme los dos.

RICHARD. ¿Porque eres lo bastante generoso como para dejármela?

ROBERT. *(Con calor.)* Richard, si dices eso harás que me enfade contigo.

RICHARD. Pues te enfades o no, no quiero vivir de tu generosidad. Tú le has pedido que se reúna contigo esta noche y a solas. Arreglad el asunto entre vosotros.

ROBERT. *(Rápidamente.)* Abre la puerta. Esperaré en el jardín. *(Se dirige hacia el porche.)* Explícaselo, Richard, lo mejor que sepas. Yo no puedo verla ahora.

RICHARD. Te digo que me voy. Espera ahí fuera si quieres.

(Sale por la puerta de la derecha. ROBERT *sale rápidamente por el porche, pero regresa al instante.)*

ROBERT. ¡Un paraguas! *(Con ungesto repentino.)* ¡Oh!

(Vuelve a salir por el porche. Se oye abrir y cerrar la puerta del vestíbulo. Entra RICHARD, *seguido de* BERTHA, *que lleva un vestido marrón oscuro y un pequeño sombrero granate. No lleva paraguas ni impermeable.)*

RICHARD. *(Alegremente.)* ¡Bienvenida a la vieja Irlanda!

BERTHA. *(Nerviosa, seria.)* ¿Este es el lugar?

RICHARD. Sí, lo es. ¿Cómo diste con él?

BERTHA. Se lo dije al cochero. No me gustaba tener que andar preguntando. *(Mirando con curiosidad a su alrededor.)* ¿No está esperando? ¿Se ha ido?

RICHARD. *(Señala hacia el jardín.)* Está esperando. Ahí fuera. Estaba esperando cuando llegué yo.

BERTHA. *(Recuperando el dominio de sí misma.)* Ves, al final has venido.
RICHARD. ¿Pensabas que no lo haría?
BERTHA. Sabía que no podrías resistirte. Ves, después de todo, eres como los demás hombres. Tuviste que venir. Eres celoso, como los demás.
RiCHARD. Parece que te molesta encontrarme aquí.
BERTHA. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros?
RICHARD. Le dije que lo sabía todo, que lo sabía desde hace mucho tiempo. Me preguntó cómo; le dije que por ti.
BERTHA. ¿Me odia?
RICHARD. No puedo leer en su corazón.
BERTHA. *(Se sienta, desolada.)* Sí. Me odia. Piensa que le he dejado en ridículo; que le he traicionado. Ya me lo suponía.
RICHARD. Le dije que tú eras sincera con él.
BERTHA. No se lo cree. Nadie se lo creería. Se lo tendría que haber dicho yo primero; no tú.
RICHARD. Yo creía que era un vulgar ladrón, dispuesto a emplear incluso la violencia contra ti. Tenía que protegerte de eso.
BERTHA. Eso lo podría haber hecho yo sola.
RICHARD. ¿Estás segura?
BERTHA. Hubiera bastado con decirle que tú sabías que yo estaba aquí. Ahora ya no puedo averiguar nada. Me odia. Tiene razón en odiarme. Le he tratado mal, de una forma vergonzosa.
RICHARD. *(Le coge una mano.)* Bertha, mírame.
BERTHA. *(Se vuelve hacia* él.) ¿Y bien?
RICHARD. *(La mira a los ojos y luego le suelta la mano.)* Tampoco puedo leer en tu corazón.
BERTHA. *(Sigue mirándole.)* No pudiste resistirte a venir. ¿No te fías de mí? Ya ves que estoy bien tranquila. Te lo podría haber ocultado todo.
RICHARD. Eso lo dudo.
BERTHA. *(Con una ligera sacudida de la cabeza.)* Oh, me habría sido muy fácil si me lo hubiera propuesto.
RICHARD. *(Sombríamente.)* Quizá te arrepientes de no haberlo hecho.
BERTHA. Puede que sí.
RICHARD. *(En tono desagradable.)* ¡Qué tonta fuiste al decírmelo! Habría sido tan bonito mantenerlo en secreto...
BERTHA. Como haces tú, ¿no?
RICHARD. Como hago yo, sí. *(Se vuelve para marcharse.)* Adiós por ahora.
BERTHA. *(Alarmada.)* ¿Te marchas?
RICHARD. Naturalmente. Mi papel aquí ha terminado.
BERTHA. ¿A verla a ella, supongo?
RICHARD. *(Asombrado.)* ¿A quién?
BERTHA. A su señoría. Me imagino que está todo planeado de forma que dispongas de una buena oportunidad. ¡Para reunirte con ella y tener una buena conversación intelectual!
RICHARD. *(Con un estallido de cólera grosera.)* ¡Para reunirme con el padre del diablo!
BERTHA. *(Se quita el alfiler del sombrero y se sienta.)* Muy bien. Puedes irte. Ahora ya sé qué hacer.
RICHARD. *(Reegresa, se acerca a ella.)* No te crees ni una sola palabra de lo que dices.
BERTHA. *(Tranquilamente.)* Puedes irte. ¿Por qué no te vas?

RICHARD. O sea, que tú has venido aquí, y le has estado dando esperanzas de ese modo por culpa mía. ¿Es eso lo que hay?

BERTHA. En todo este asunto hay tan sólo una persona que no sea imbécil. Y ese eres tú. Yo, en cambio, sí lo soy. Y él también.

RICHARD. *(Continuando.)* Si es así, le has tratado mal y de forma vergonzosa, desde luego.

BERTHA. *(Señalándole.)* Sí. Pero fue culpa tuya. Y ahora voy a acabar con esto. Yo no soy más que una herramienta para ti. No me tienes ningún respeto. Y nunca me lo has tenido, porque hice lo que hice.

RICHARD. ¿Y él te tiene respeto?

BERTHA. Sí que me lo tiene. De todas las personas que he visto desde que regresamos es el único que me lo tiene. Y él sabe lo que ellos tan sólo sospechan. Y por eso me gustó desde el principio y me sigue gustando. ¡Pues sí que me tiene ella un gran respeto! ¿Por qué no le pediste a ella que se marchara contigo hace nueve años?

RICHARD. Tú sabes por qué, Bertha. Hazte tú misma esa pregunta.

BERTHA. Sí, sí sé por qué. Sabías la respuesta que te iba a dar. Por eso.

RICHARD. No fue por eso. Ni siquiera te lo pedí a ti.

BERTHA. Sí. Tu sabías que yo iría, me lo pidieras o no. Yo soy de las que hacen las cosas. Pero si soy capaz de hacer una, igual puedo hacer dos. Ya que tengo la fama, puedo cardar la lana.

RICHARD. *(Cada vez más agitado.)* Bertha, acepto lo que tenga que ser. He confiado en ti. Seguiré confiando.

BERTHA. Para poder tener eso en contra mía. Para poder dejarme, entonces. *(Casi apasionadamente.)* ¿Por qué no me defiendes contra él? ¿Por qué te marchas ahora de mi lado sin decir palabra? ¡Dick, por Dios, dime qué quieres que haga!

RICHARD. No puedo, querida. *(Luchando consigo mismo.)* Tu propio corazón te lo dirá. *(Le coge las dos manos convulsivamente.)* Siento un gozo salvaje en el alma al contemplarte, Bertha. Te veo tal como eres. El que yo entrara en tu vida primero, o antes que él, en aquella época..., quizá eso no signifique nada para ti. Tal vez seas más suya que mía.

BERTHA. No lo soy. Pero también siento algo por él.

RICHARD. Y yo igual. Puedes ser suya y mía. Yo confiaré en ti, Bertha, y en él también; tengo que hacerlo. No puedo odiarle porque sé que sus brazos te han rodeado. Tú has hecho que nos acerquemos más. En tu corazón hay algo más sabio que la sabiduría[40]. ¿Quién soy yo para llamarme dueño de tu corazón, o del de cualquier mujer?[41]. Bertha, ámale, sé suya, entrégate a él si lo deseas... o si puedes.

BERTHA. *(En tono soñador.)* Me quedaré.

RICHARD. Adiós.

(Le suelta la mano y sale rápidamente por la derecha. BERTHA *permanece sentada. Luego se pone en pie y avanza tímidamente hacia el porche. Se detiene cerca de él y tras un instante de vacilación, grita hacia el jardín*

BERTHA. ¿Hay alguien ahí afuera?

---

[40] En carta a Nora, el 5 de septiembre de 1909, Joyce le escribe: «Pensé en alguien que me sostenía en su mano como un guijarro, alguien de cuyo amor y en cuya compañía todavía tengo que aprender los secretos de la vida.»

[41] En carta a Nora, el 19 de agosto de 1909, Joyce le escribe: «Ningún hombre, pienso, puede nunca llegar a merecer el amor de una mujer.»

(Al mismo tiempo se retira hacia el centro de la habitación. Luego vuelve a llamar del mismo modo.)

BERTHA. ¿Hay alguien ahí?

(ROBERT *aparece por la puerta abierta que da al jardín. Lleva la chaqueta abrochaday el cuello vuelto hacia arriba. Se agarra al quicio de la puerta con ambas manos y espera a que* BERTHA *le vea.)*

BERTHA. *(Percatándose de su presencia; da un respingo hacia atrás; luego, suavemente.)* ¡Robert!
ROBERT. ¿Estás sola?
BERTHA. Sí.
ROBERT. *(Mirando hacia la puerta de la derecha.)* ¿Dónde se ha metido?
BERTHA. Se ha ido. *(Nerviosamente.)* Me has asustado. ¿De dónde has salido?
ROBERT. *(Con un gesto de la cabeza.)* De ahí afuera. ¿No te dijo que yo estaba ahí afuera... esperando?
BERTHA. *(Rápidamente.)* Sí, me lo dijo. Pero tenía miedo aquí, sola. Con la puerta abierta, esperando. *(Se acerca a la mesa y apoya la mano en una esquina.)* ¿Por qué te quedas ahí parado en el umbral?
ROBERT. ¿Por qué? Yo también tengo miedo.
BERTHA. ¿De qué?
ROBERT. De ti.
BERTHA. *(Baja la mirada.)* ¿Me odias ahora?
ROBERT. Te tengo miedo. *(Cogiéndose las manos por detrás de la espalda; en tono sereno pero un poco desafiante.)* Me temo una nueva tortura..., una nueva trampa.
BERTHA. *(Igual que antes.)* ¿De qué me culpas?
ROBERT. *(Se adelanta unos pasos, se detiene; luego, impulsivamente.)* ¿Por qué me diste esperanzas? Día tras día, más y más. ¿Por qué no me detuviste? Lo podías haber hecho... con una sola palabra. ¡Pero ni una palabra! Yo me olvidé de mí mismo y de él. Tú lo veías. Veías que estaba destruyéndome ante tus ojos, perdiendo su amistad. ¿Es que querías que eso ocurriera?
BERTHA. *(Levantando la mirada.)* Nunca me lo preguntaste.
ROBERT. ¿No te pregunté, qué?
BERTHA. Si él lo sospechaba... o lo sabía.
ROBERT. ¿Y tú me lo hubieras dicho?
BERTHA. Sí.
ROBERT. *(Vacilante.)* ¿Le has dicho... todo?
BERTHA. Sí, se lo he dicho.
ROBERT. Quiero decir... los detalles.
BERTHA. Todo.
ROBERT. *(Con una sonrisa forzada.)* Ya veo. Estabas haciendo un experimento para darle gusto. Conmigo. Bueno, ¿y por qué no? Parece que yo era un sujeto adecuado. De todas formas, ha sido un poco cruel por tu parte.
BERTHA. Intenta comprenderme, Robert. Tienes que hacerlo.
ROBERT. *(Con un gesto cortés.)* Bueno, lo intentaré...
BERTHA. ¿Por qué te quedas ahí, parado junto a la puerta? Me pone nerviosa verte ahí.
ROBERT. Estoy intentando comprender. Y además, tengo miedo.
BERTHA. *(Le tiende una mano.)* No tienes por qué tener miedo.

ROBERT *se le acerca rápidamentey le coge la mano.)*

ROBERT. *(Con timidez)* ¿Solíais reíros de mí... juntos? *(Retirando la mano.)* Pero ahora tengo que portarme bien, o quizá volváis a reíros de mí... esta noche.

BERTHA. *(Desolada, le pone la mano sobre el brazo.)* Por favor, escúchame, Robert... ¡Pero si estás empapado, calado! *(Le pasa las manos por la chaqueta.)* ¡Ay, pobrecillo! ¡Ahí afuera bajo la lluvia tanto rato! [42]. Se me había olvidado.

ROBERT. *(Se ríe.)* Sí, te olvidaste del clima.

BERTHA. Pero estás empapado de verdad. Tienes que cambiarte de chaqueta.

ROBERT. *(Le coge las manos.)* Dime, entonces, ¿es compasión lo que sientes por mí, tal como él -como Richard- dice?

BERTHA. Por favor, cámbiate de chaqueta, Robert, cuando te lo pido. Eso te puede costar un catarro muy fuerte. Hazlo, por favor.

ROBERT. ¿Y qué más daría eso ahora?

BERTHA. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Dónde guardas la ropa aquí?

ROBERT. *(Señala hacia la puerta del fondo.)* Ahí adentro. Creo que ahí guardo una chaqueta. *(Maliciosamente.)* En mi dormitorio.

BERTHA. Bueno, pues entra y quítate eso.

ROBERT. ¿Y tú?

BERTHA. Yo te espero aquí.

ROBERT. ¿Me lo ordenas?

BERTHA. *(Riéndose.)* Sí, te lo ordeno.

ROBERT. *(Con rapidez)* Entonces lo haré. *(Se dirige rápidamente hacia la puerta del dormitorio, luego vuelve)* ¿No te marcharás?

BERTHA. No, te esperaré. Pero no tardes.

ROBERT. Sólo un momento.

(Entra en el dormitorio, deando la puerta abierta. BERTHA *mira a su alrededor con curiosidad y luego lanza miradas indecisas hacia la puerta del fondo.)*

ROBERT. *(Desde el dormitorio.)* ¿No te has marchado?

BERTHA. No.

ROBERT. Estoy a oscuras aquí. Tengo que encender el quinqué.

(Se le oye rascar una cerilla y luego colocar el globo de cristal sobre un quinqué. Una luz rosada[43] se expande desde la puerta. BERTHA *consulta su reloj de pulsera y se sienta junto a la mesa.)*

ROBERT. *(Igual que antes.)* ¿Te gusta el efecto de la luz?

BERTHA. Oh, sí.

ROBERT. ¿Lo puedes apreciar desde donde estás?

---

[42] Hay aquí un paralelismo, pero con variaciones, con la situación que se describe en «Los muertos». En este cuento, Michael Furey espera bajo la lluvia para ver a la mujer que ama, Gretta, y a causa de ello, muere. Roben (que comparte el epíteto de poor fellow con Michael Furey) se esconde de la mujer que ama, y la consecuencia posterior de su espera bajo la lluvia es una mucho más prosaica «muerte del espíritu.

[43] Evans, pág. 30, interpreta que el quinqué, con su luz rosada, es una representación de Beatrice. En el Purgatorio de Dante (Canto XXX, 23) la visión que el poeta tiene de su musa aparece en una luz tutta rosata. En sus «Notas» Joyce se plantea la dificultad de hacer presente la figura de Beatrice en el segundo acto, en el que no aparece en escena.

BERTHA. Sí, muy bien.
ROBERT. Era para ti.
BERTHA. *(Confusa.)* Yo no me merezco ni eso.
ROBERT. *(Claramente, con aspereza.)* El trabajo del amor perdido[44].
BERTHA. *(Poniéndose en pie, nerviosa.)* ¡Robert!
ROBERT. ¿Sí?
BERTHA. ¡Ven aquí enseguida! ¡Enseguida, digo! ROBERT. Estoy listo.

(Aparece en el umbral, vestido con una chaqueta de terciopelo verde oscuro. Viendo lo agitada que está, se acerca a ella rápidamente.)

ROBERT. ¿Qué te pasa, Bertha?
BERTHA. *(Temblando.)* Tenía miedo.
ROBERT. ¿De estar sola?
BERTHA. *(Le coge las manos.)* Ya sabes lo que quiero decir. Tengo los nervios alterados.
ROBERT. ¿De pensar en que yo...?
BERTHA. Prométeme, Robert, no pensar en una cosa así. Jamás. Si es que te gusto lo más mínimo. En ese momento pensé...
ROBERT. ¡Por Dios, qué idea!
BERTHA. Pero prométemelo, si es que te gusto.
ROBERT. ¡Si es que me gustas, Bertha! Lo prometo. Claro que lo prometo. Estás temblando de la cabeza a los pies.
BERTHA. Déjame que me siente en algún lado. Se me pasará enseguida.
ROBERT. ¡Mi pobre Bertha! ven, siéntate.

(La lleva hacia la silla que hay junto a la mesa. Ella se sienta. El se queda en pie a su lado.)

ROBERT. *(Tras una breve pausa.)* ¿Se te pasa?
BERTHA. Sí. Sólo ha sido un momento. He sido muy tonta. Tuve miedo de... Quería verte junto a mí.
ROBERT. De... ¿lo que me has hecho prometer que no pensaría jamás?
BERTHA. Sí.
ROBERT. *(Ávidamente.)* ¿O de otra cosa?
BERTHA. *(Indefensa.)* Robert, tenía miedo de algo. No estoy segura de qué.
ROBERT. ¿Y ahora?
BERTHA. Ahora estás aquí. Puedo verte. Ahora ya pasó.
ROBERT. *(Con resignación.)* Pasó. Sí. El trabajo del amor perdido.
BERTHA. *(Levanta los ojos y le mira.)* Escucha, Robert. Quiero explicarte eso. Yo no sería capaz de engañar a Dick. Nunca. En nada. Se lo dije todo... desde el primer momento. Y luego siguió y siguió; y aun así tú nunca hablaste de ello ni me lo preguntaste. Y yo deseaba que lo hicieras.
ROBERT. ¿Es verdad eso, Bertha?
BERTHA. Sí, porque me molestaba que llegaras a pensar que yo era como... como las otras mujeres que me imagino has concocido en esta situación. Además, creo que Dick tiene razón. ¿Por qué tiene que haber secretos?

[44] En el original *Love's Labour Lost,* título de una comedia de W. Shakespeare.

ROBERT. *(Suavemente.)* Y sin embargo, algunos secretos pueden resultar muy dulces. ¿O no?

BERTHA. *(Sonríe.)* Sí, ya lo sé. Pero, ya ves, yo no puedo ocultarle las cosas a Dick. Y además, ¿de qué serviría? Siempre acaban por saberse. ¿No vale más que la gente se entere?

ROBERT. *(Suavemente y con algo de timidez,)* Pero, ¿cómo pudiste, Bertha, contárselo todo? ¿Lo hiciste? ¿Todas y cada una de las cosas que pasaron entre nosotros?

BERTHA. Sí. Todo lo que él me preguntaba.

ROBERT. Y... ¿te preguntaba mucho?

BERTHA. Ya sabes cómo es. Quiere saberlo todo. Con todos los detalles.

ROBERT. ¿Sobre nuestros besos también?

BERTHA. Naturalmente. Se lo conté todo.

ROBERT. *(Meneando la cabeza lentamente.)* ¡Qué extraordinaria personita! ¿Y no te daba vergüenza?

BERTHA. No.

ROBERT. ¿Ni un poquito?

BERTHA. No. ¿Por qué? ¿Eso es horrible?

ROBERT. ¿Y él cómo se lo tomaba? Dímelo. Yo también quiero saberlo todo.

BERTHA. *(Se ríe.)* Le excitaba. Más de lo habitual.

ROBERT. ¿Por qué? ¿Es excitable... aún?

BERTHA. *(Maliciosamente.)* Sí, mucho. Cuando no anda perdido en su filosofía.

ROBERT. ¿Más que yo?

BERTHA. ¿Más que tú? *(Reflexionando.)* ¿Y cómo podría yo saberlo? Supongo que lo sois los dos.

(ROBERT *se vuelve y mira hacia el porche, pasándose la mano por el cabello pensativamente una o dos veces.)*

BERTHA. *(Amablemente.)* ¿Estás enfadado conmigo otra vez?

ROBERT. *(Hoscamente.)* Eres tú la que está enfadada conmigo.

BERTHA. No, Robert. ¿Por qué habría de estarlo?

ROBERT. Porque te pedí que vinieras a este sitio. Intenté prepararlo para ti. *(Señala vagamente aquí y allá.)* Un ambiente de tranquilidad.

BERTHA. *(Tocándole la chaqueta con los dedos.)* Y esto, también. Tu bonita chaqueta de terciopelo.

ROBERT. También. No pienso guardarte ningún secreto.

BERTHA. Me recuerdas a alguien de un cuadro. Me gustas con ella puesta... Pero, entonces, ¿no estás enfadado?

ROBERT. *(Sombríamente.)* Sí. Ese fue mi error. Pedirte que vinieras aquí. Me di cuenta cuando te miré desde el jardín y te vi a ti -a ti, Bertha-, aquí de pie. *(Desesperanzadamente.)* ¿Pero qué otra cosa podía hacer?

BERTHA. *(En voz baja.)* ¿Te refieres a que aquí han venido otras?

ROBERT. Sí.

(Se aparta de ella unos pasos. Una ráfaga de viento hace que parpadee el quinqué de la mesa. El baja un poco el pabilo

BERTHA. *(Siguiéndole con la mirada.)* Pero yo lo sabía antes de venir. No estoy enfadada contigo por eso.

ROBERT. *(Se encoge de hombros.)* Después de todo, ¿por qué habrías de enfadarte conmigo? Ni siquiera te enfadas con él por lo mismo... o por algo peor.

BERTHA. ¿Te ha hablado él de esas cosas?

ROBERT. Sí. Me lo dijo él. Aquí todos nos confesamos unos con otros. Por turnos.

BERTHA. Yo procuro olvidarme.

ROBERT. ¿No te perturba?

BERTHA. Ahora ya no. Pero me desagrada pensar en ello.

ROBERT. ¿Crees que se trata de algo meramente bestial? ¿De poca importancia?

BERTHA. No me perturba... ya.

ROBERT. *(Mirándola por encima del hombro.)* Pero hay algo que te perturbaría muchísimo y que procurarías no olvidar.

BERTHA. ¿Qué?

ROBERT. *(Volviéndose hacia ella.)* Si no se tratara sólo de algo bestial con esta o aquella persona... y por unos pocos momentos. Si fuera algo refinado y espiritual, con una sola persona: con una mujer. *(Sonríe.)* Y quizá también bestial. Generalmente acaba en eso antes o después. ¿Intentarías olvidar y perdonar eso?

BERTHA. *(Jugueteando con su reloj de pulsera.)* ¿A quién?

ROBERT. A cualquiera. A mí.

BERTHA. *(Serenamente.)* Te estás refiriendo a Dick.

ROBERT. He hablado de mí. Pero, ¿lo harías?

BERTHA. ¿Crees que me vengaría? ¿Es que Dick no va a poder ser libre también?

ROBERT. *(La señala.)* Eso no lo dices en serio, Bertha.

BERTHA. *(Con orgullo.)* Sí, sí que lo digo; que sea libre también. Él me deja en libertad a su vez.

ROBERT. *(Insistentemente.)* ¿Y tú sabes por qué? ¿Y lo entiendes? ¿Y te gusta? ¿Y lo deseas? ¿Y te hace feliz? ¿Y te ha hecho feliz? ¿Siempre? ¿Este regalo de libertad que él te hizo... hace nueve años?

BERTHA. *(Mirándole con los ojos muy abiertos.)* Pero, ¿por qué me haces tantísimas preguntas, Robert?

ROBERT. *(Tendiéndole ambas manos.)* Porque yo tenía otro regalo que ofrecerte entonces; un regalo vulgar y sencillo... como yo mismo. Si quieres saberlo, te lo contaré.

BERTHA. *(Consultando su reloj.)* El pasado es el pasado, Robert. Y creo que ya debería irme. Son casi las nueve.

ROBERT. *(Impetuosamente.)* No, no. Aún no. Todavía me queda otra confesión y tenemos derecho a hablar.

(Cruza rápidamente por delante de la mesa y se sienta al lado de ella.)

BERTHA. *(Volviéndose hacia él, le pone la mano izquierda sobre el hombro.)* Sí, Robert. Ya sé que te gusto. No hace falta que me lo digas. *(Amablemente.)* No hace falta que confieses nada más esta noche.

(Una ráfaga de viento penetra desde el porche, acompañada de un rumor de hojas que se mueven. El quinqué parpadea rápidamente.)

BERTHA. *(Señalando por encima del hombro de él.)* ¡Mira! Está demasiado alta.

(Sin ponerse en pie, él se inclina hacia la mesa y baja más la mecha. La habitación queda en penumbra. La luz que entra por la puerta del dormitorio se hace más fuerte.)

ROBERT. Se está levantando viento. Voy a cerrar esa puerta.

BERTHA. *(Escuchando.)* No, aún sigue lloviendo. Sólo ha sido una ráfaga de aire.

ROBERT. *(Le toca el hombro.)* Dime si el aire te resulta demasiado frío. *(Haciendo ademán de levantarse.)* La cerraré.

BERTHA. *(Deteniéndole.)* No. No tengo frío. Y, además, me voy ya, Robert. Debo irme.

ROBERT. *(Con firmeza.)* No, no. Ahora no hay *debo* que valga. Nos han dejado aquí para esto. Y te equivocas, Bertha. El pasado no ha pasado. Está presente aquí y ahora. Mis sentimientos por ti son los mismos ahora que entonces, porque entonces tú los despreciaste.

BERTHA. No, Robert. No lo hice.

ROBERT. *(Continuando.)* Sí lo hiciste. Y yo lo he sentido todos estos años sin saberlo... hasta ahora. Incluso mientras llevaba la clase de vida que tú sabes y en la que te desagrada pensar..., la clase de vida a la que tú me condenaste.

BERTHA. ¿Yo?

ROBERT. Sí. Cuando despreciaste el regalo vulgar y sencillo que yo tenía para ofrecerte... y en cambio aceptaste el regalo de él.

BERTHA. *(Mirándole.)* Pero tú nunca...

ROBERT. No. Porque tú le habías escogido a él. Eso lo veía yo. Lo vi la primera noche que nos reunimos, los tres juntos. ¿Por qué le escogiste?

BERTHA. *(Inclinando la cabeza.)* ¿No es eso el amor?

ROBERT. *(Continuando.)* Y todas las noches cuando los dos -él y yo- íbamos a esperarte a esa esquina, yo lo veía, y lo sentía. ¿Te acuerdas de la esquina, Bertha?

BERTHA. *(Igual que antes.)* Sí.

ROBERT. Y cuando él y tú os alejabais juntos para dar vuestro paseo y yo seguía solo por la calle, lo sentía. Y cuando él me habló de ti y me dijo que se iba a marchar... entonces lo sentí más que nunca.

BERTHA. ¿Por qué entonces más que nunca?

ROBERT. Porque fue entonces cuando me convertí en culpable de mi primera traición contra él.

BERTHA. Robert, pero ¿qué dices? ¿Tu primera traición contra Dick?

ROBERT. *(Asiente con la cabeza.)* Y no la última. Él me habló de ti y de él. De cómo sería vuestra vida juntos..., muy libre, y todas esas cosas. ¡Libre, sí! Ni siquiera te iba a pedir que te marcharas con él. *(Amargamente.)* No lo hizo. Y tú te fuiste de todos modos.

BERTHA. Quería estar con él. Ya sabes... *(Levantando la cabeza y mirándole.)* Sabes cómo estábamos entonces... Dick y yo.

ROBERT. *(Sin hacerle caso.)* Yo le recomendé que se marchara solo; que no te llevara consigo. Que viviera solo para poder darse cuenta de si lo que sentía por ti no era más que una cosa pasajera que podría acabar con tu felicidad y con su carrera.

BERTHA. Bueno, Robert. En eso no fuiste muy amable para conmigo. Pero te perdono porque estabas pensando en la felicidad de él y en la mía.

ROBERT. *(Inclinándose más hacia ella.)* No, Bertha. No era así. Y esa fue mi traición. Yo pensaba en mí mismo; en que pudieras apartarte de él una vez que se hubiera ido, y él de ti. Entonces yo te habría ofrecido mi regalo. Ahora ya sabes lo que era. El regalo sencillo y vulgar que los hombres ofrecen a las mujeres. Quizá no sea el mejor. Pero, mejor o peor... hubiera sido tuyo.

BERTHA. *(Volviéndole la espalda.)* Él no aceptó tu consejo.
ROBERT. *(Igual que antes.)* No. Y la noche en que os escapasteis juntos... ¡qué feliz me sentí!
BERTHA. *(Oprimiéndole las manos.)* Tranquilízate, Robert. Yo sé que siempre te he gustado. ¿Por qué no me olvidaste?
ROBERT. *(Sonríe amargamente.)* ¡Qué feliz me sentía al volver por los muelles y ver a lo lejos el barco iluminado que bajaba por el negro río alejándote de mil *(En tono más sereno.)* Pero, ¿por qué le escogiste a él? ¿Yo no te gustaba nada?
BERTHA. Sí. Me gustabas porque eras su amigo. Hablábamos mucho de ti. Muy a menudo. Cada vez que escribías o le mandabas periódicos o libros a Dick. Y aún me gustas, Robert. *(Mirándole a los ojos.)* Nunca te olvidé.
ROBERT. Ni yo a ti. Sabía que volvería a verte. Lo sabía la noche en que te marchaste... que regresarías. Y por eso seguí escribiendo y trabajando para volver a verte... aquí.
BERTHA. Y aquí estoy. Tenías razón.
ROBERT. *(Lentamente.)* Nueve años. ¡Nueve veces más bella!
BERTHA. *(Sonriendo.)* Pero, ¿lo soy? ¿Qué es lo que ves en mi?
ROBERT. *(Contemplándola absorto.)* Una extraña y bella dama.
BERTHA. *(Casi asqueada.)* ¡Oh, por favor, no me llames semejante cosa!
ROBERT. *(Sinceramente.)* Eres más que eso. Una joven y bella reina.
BERTHA. *(Con una carcajada repentina.)* ¡Oh, Robert!
ROBERT. *(Bajando la voz e inclinándose más hacia ella)* ¿Pero es que no sabes que eres un ser humano bellísimo? ¿No sabes que posees un cuerpo bello? ¡Bello y joven!
BERTHA. *(Suavemente.)* Algún día seré vieja.
ROBERT. *(Niega con la cabeza.)* No puedo imaginármelo. Esta noche eres joven y bella. Esta noche has regresado a mí. *(Con pasión.)* ¿Quién sabe qué ocurrirá mañana? Quizá ya no vuelva a verte nunca, o nunca más te vea como te veo ahora.
BERTHA. ¿Sufrirías?
ROBERT. *(Pasea la mirada por la habitación, sin contestar.)* Esta habitación y esta hora se hicieron para tu venida. Cuando te hayas ido... se habrá ido todo.
BERTHA. *(Con ansiedad.)* Pero volverás a verme, Robert... igual que antes.
ROBERT. *(La mira de frente.)* Para que él –Richard- sufra.
BERTHA. No sufre.
ROBERT. *(Agachando la cabeza.)* Sí, sí. Sí sufre.
BERTHA. Sabe que nos gustamos. ¿Hay algo malo?
ROBERT. *(Levantando la cabeza.)* No, no hay nada malo. ¿Por qué no iba a ser así? Él no sabe aún lo que yo siento. Nos ha dejado solos aquí, de noche, a esta hora, porque ansía saberlo..., ansía verse liberado.
BERTHA. ¿De qué?
ROBERT. *(Se le acerca másy le aprieta el brazo mientras habla.)* De toda ley, Bertha, de todas las ataduras. Toda su vida ha luchado por liberarse. Ha roto todas las cadenas menos una, y ésa la hemos de romper nosotros, Bertha; tú y yo.
BERTHA. *(Casi inaudiblemente.)* ¿Estás seguro?
ROBERT. *(Con mayor ardor aún.)* Estoy seguro de que ninguna ley hecha por el hombre es sagrada ante el impulso de la pasión. *(Casi con fiereza.)* ¿Quién nos hizo para que sólo fuéramos de uno? Si nos comportamos así, cometemos un crimen contra nuestro propio ser. Ante los impulsos no hay ley. Las leyes son para los esclavos. Bertha, ¡pronuncia mi nombre! Déjame oírlo en tu voz. ¡Suavemente!
BERTHA. *(Suavemente.)* ¡Robert!
ROBERT. *(Le rodea los hombros con el brazo.)* Sólo el impulso hacia la juventud y la belleza no muere. *(Señala hacia el porche.)* ¡Escucha!

BERTHA. *(Alarmada.)* ¿Qué?
ROBERT. La lluvia que cae. Lluvia de verano sobre la tierra. Lluvia nocturna. La oscuridad y calidez y el torrente de pasión. Esta noche la tierra es amada; amada y poseída. Los brazos de su amante la rodean, y ella está silenciosa. ¡Habla, amor mío!
BERTHA. *(De repente se inclina hacia adelante y escucha con atención.)* ¡Calla!
ROBERT. *(Escuchando, sonríe.)* Nada. Nadie. Estamos solos.

(Una ráfaga de viento penetra desde el porche, acompañada de un rumor de hojas agitadas. La llama del quinqué salta.)

BERTHA. *(Señalando el quinqué.)* ¡Mira!
ROBERT. No es más que el viento. Tenemos luz suficiente con la de la otra habitación.

(Alarga el brazo por encima de la mesa y apaga el quinqué. La luz que viene de la puerta del dormitorio ilumina el lugar en el que están sentados. La habitación está a oscuras.)

ROBERT. ¿Eres feliz? Dímelo.
BERTHA. Me voy ya, Robert. Es muy tarde. Conténtate.
ROBERT. *(Acariciándole el cabello.)* Aún no, aún no. Dime, ¿me amas un poco?
BERTHA. Me gustas, Robert. Creo que eres bueno. *(Se empieza a poner en pie.)* ¿Estás satisfecho?
ROBERT. *(Deteniéndola, le besa el cabello.)* ¡No te vayas, Bertha! Aún hay tiempo. ¿Me amas a mí también? ¡He esperado tanto tiempo! ¿Nos amas a los dos..., a él y también a mí? ¿Es así, Bertha? ¡Dime la verdad! Dímela con los ojos. ¡O habla!

(Ella no contesta. En el silencio se oye caer la lluvia.)

TERCER ACTO

El salón de la casa de RICHARD ROWAN *en Merrion. La puerta de dos hojas de la derecha está cerrada, y también lo están las puertas dobles que dan al jardin Las cortinas de terciopelo verde están echadas sobre la ventana de la izquierda. La habitación está en penumbra. Es la mañana del día siguiente, temprano.* BERTHA *está sentada junto a la ventana, mirando al exterior por entre las cortinas. Lleva una bata suelta color azafrán. Tiene el pelo suelto por encima de las or jas, y recogido en la nuca. Las manos están juntas sobre el regazo. Su cara está pálida y desencajada.*

(BRIGID *entra por la puerta de doble hoja de la derecha con un plumero y un trapo del polvo. Está apunto de cruzar, pero al ver a* BERTHA *se detiene de repentey se santigua instintivamente.)*

BRIGID. ¡Válgame Dios, señora! Me ha dado un vuelco el corazón. ¿Por qué se ha levantado tan pronto?
BERTHA. ¿Qué hora es?
BRIGID. Han dado las siete, señora. ¿Hace mucho que está levantada?
BERTHA. Bastante rato.

BRIGID. *(Acercándose.)* ¿Ha tenido una pesadilla que la ha despertado?

BERTHA. No he dormido en toda la noche. Así que me levanté para ver salir el sol.

BRIGID. *(Abre las puertas dobles.)* Hace una mañana preciosa después de todo lo que nos ha llovido. *(Se vuelve.)* Pero tiene que estar usted rendida, señora. ¿Qué va a decir el señor de esto que ha hecho usted? *(Se acerca a la puerta del estudioy lagolpea.)* ¡Señor Rowan!

BERTHA. *(Mira hacia ella.)* No está ahí. Salió hace una hora.

BRIGID. ¿Ahí, a la playa, quizá?

BERTHA. Sí.

BRIGID. *(Se acerca a ella y se inclina sobre el respaldo de una silla.)* ¿Está usted disgustada por algo, señora?

BERTHA. No, Brigid.

BRIGID. Pues no se disguste. Él siempre ha sido así, largándose por su cuenta a alguna parte. Es un tipo raro, el señor Rowan, y siempre lo ha sido. Yo, desde luego, me le conozco todas las vueltas. ¿No estará disgustada porque se pasa la mitad de la noche ahí *(señalando el estudio)* encerrado con sus libros? Déjele solo. Ya volverá a hacerle caso. Desde luego, usted lo es todo para é1[45], señora.

BERTHA. *(Tristemente.)* Esos tiempos ya pasaron.

BRIGID. *(En tono confidencial.)* Y bastantes motivos tengo yo para recordarlos..., los tiempos en que él la cortejaba a usted. *(Se sienta al lado de* BERTHA; *en voz más baja.)* ¿Sabe usted que a mí me solía contar todo lo de usted y a su madre, que en paz descanse, no le contaba nada? Sus cartas y todo.

BERTHA. ¿Cómo? ¡Las cartas que yo le escribía!

BRIGID. *(Encantada.)* Sí. Parece que aún le estoy viendo, sentado en la mesa de la cocina, columpiando las piernas y venga a hablar de usted, y de él y de Irlanda y de toda clase de diabluras... con una vieja ignorante como yo. Pero él siempre ha sido así. Aunque si tiene que tratarse con una persona importante y muy. fina, él sabe ser el doble de fino. *(Mira a* BERTHA *repentinamente.)* ¿Pero me va a llorar usted ahora? Ande, vamos, no llore. Aún han de llegar tiempos felices.

BERTHA. No, Brigid. Esos tiempos sólo llegan una vez en la vida. El resto de la vida no sirve más que para recordarlos.

BRIGID. *(Permanece en silencio un momento; luego dice amablemente.)* ¿Le apetece una taza de té, señora? Le sentaría bien.

BERTHA. Sí, me apetece. Pero aún no ha venido el lechero.

BRIGID. No. El señorito Archie me dijo que le despertara antes de que llegue. Va a salir a dar una vuelta en el carro. Pero guardé un poquito anoche. En un decir amén pongo a hervir la tetera. ¿No le apetecería un huevecito también?

BERTHA. No, gracias.

BRIGID. ¿O unas tostaditas?

BERTHA. No, Brigid, gracias. Sólo una taza de té.

BRIGID. *(Cruzando hacia la puerta de dos hojas.)* No tardo nada. *(Se detiene. Vuelve sobre sus pasos y se dirige hacia la puerta de la izquierda.)* Pero antes tengo que despertar al señorito Archie, o la va a armar.

(Sale por la puerta de la izquierda. Pasados unos momentos, BERTHA *se levanta y se dirige al estudio. Abre la puerta de par en pary mira hacia el interior. Se puede ver una habitación pequeña _y desordenada con*

[45] En el original: «Sure he thinks the sun shines out of your face.» Según Ellmann, pág. 316, Roberto Prezioso le dijo una vez a Nora: «Il sole s'è levato per Lei.» Nora se lo comentó a Joyce y éste lo incorporó al monólogo de Molly Bloom en Ulises: «...el sol brilla para ti dijo él ...» (vol. II, 459).

muchas estanterías de libros y una gran mesa de escribir sobre la cual hay muchos papeles y un quinqué apagado. Delante de ésta hay una silla acolchada. BERTHA *se queda parada un rato en el umbral, y luego vuelve a cerrar la puerta sin entrar en la habitación. Regresa a su silla junto a la ventanay se sienta.* ARCHIE, *vestido ~que antes, entra por la puerta de la derecha, seguido por* BRIGID.

ARCHIE. *(Se acerca a ella y, ofreciéndole la cara para que le bese, dice) ¡Buon giorno, mamma!*

BERTHA. *(Besándole.) ¡Buon giorno,* Archie! *(A* BRIGID.) ¿Le ha puesto otra camiseta debajo de eso?

BRIGID. No me ha dejado, señora.

ARCHIE. No tengo frío, mamá.

BERTHA. Te dije que te la tenías que poner, ¿no?

ARCHIE. ¡Pero si no hace frío!

BERTHA. *(Se quita una peineta de la cabeza y le peina el cabello hacia atrás por los dos lados.)* Y todavía tienes ojos de sueño.

BRIGID. Se fue a la cama en cuanto salió usted anoche, señora.

ARCHIE. ¿Sabes, mamá? Me va a dejar guiar.

BERTHA. *(Volviendo a ponerse la peineta en el cabello, le abraza súbitamente.)* ¡Qué hombre tan mayor, que va a llevar un caballo!

BRIGID. Bueno, por lo menos está loco por los caballos.

ARCHIE. *(Soltándose.)* Le haré correr. Lo verás desde la ventana, mamá. Con el látigo. *(Hace el gesto de chascar un látigo y grita a todo pulmón.) ¡Avanti!*

BRIGID. ¡Cómo! ¿Le vas a pegar al pobre caballo?

BERTHA. Ven aquí que te limpie la boca. *(Saca el pañuelo del bolsillo de la bata, lo moja con la lengua, y le limpia la boca.) ¡Si* estás lleno de churretes o de no sé qué, cochinito!

ARCHIE. *(Repite, riéndose.)* ¡Churretes! ¿Qué son churretes?

(Se oye por la ventana el ruido de un cántaro metálico golpeado contra las rgas)

BRIGID. *(Abre las cortinasy mira al exterior.)* ¡Aquí está!

ARCHIE. *(Apresuradamente.)* Espere. Estoy listo. ¡Adiós, mamá! *(Le da un beso rápido y se vuelve para marcharse.)* ¿Está levantado papá?

BRIGID. *(Le agarra del brazo.)* Venga, vamos ya.

BERTHA. Ten cuidado, Archie, y no tardes mucho o no te dejaré que vuelvas a ir.

ARCHIE. Bueno. Asómate a la ventana y me verás. Adiós.

BRIGID y ARCHIE *salen por la puerta de la izquierda.* BERTHA *se levantay, descorriendo aún más las cortinas, se queda en pie frente a la ventana mirando al exterior. Se oye abrirse la puerta del vestíbulo, luego, un ligero rumor de voces y cántaros metálicos. Se cierra la puerta. Pasados unos instantes,* BERTHA *saluda alegremente con la mano.* BRIGID *entra y se queda en pie detrás de ella, mirando por encima de su hombro.)*

BRIGID. ¡Mire con qué aplomo se sienta! Tan serio como el que más.

BERTHA. *(Retirándose de pronto de la ventana.)* Apártese de la ventana. No quiero que me vean.
BRIGID. Pero, señora, ¿qué pasa?
BERTHA. *(Atravesando hacia la puerta de dos hojas.)* Diga que no estoy levantada, que no estoy bien. No puedo ver a nadie.
BRIGID. *(La sigue.)* ¿Quién es, señora?
BERTHA. *(Deteniéndose.)* Espere un momento. *(Escucha. Se oye golpear en la puerta del vestíbulo.)*
BERTHA. *(Se queda parada un momento, dudando; luego.)* No, diga que sí estoy.
BRIGID. *(Dudando.)* ¿Aquí?
BERTHA. *(Apresuradamente.)* Sí, diga que acabo de levantarme.

(BRIGID *sale por la izquierda.* BERTHA *se dirige a la puerta de dos hojas y toquetea las cortinas nerviosamente, como si quisiera arreglarlas. Se oye abrirse la puerta del vestíbulo. Entonces entra* BEATRICE JUSTICE, *y, como* BERTHA *tarda en volverse, se detiene, vacilando, cerca de la puerta de la izquierda. Va vestida como antes y lleva un periódico en la mano.)*

BEATRICE. *(Avanza rápidamente.)* Señora Rowan, perdone que venga a estas horas.
BERTHA. *(Se vuelve.)* Buenos días, señorita Justice. *(Se le aproxima.)* ¿Ocurre algo?
BEATRICE. *(Nerviosamente.)* No lo sé. Eso es lo que le quería preguntar.
BERTHA. *(La mira con curiosidad.)* Está usted sin aliento. ¿No quiere sentarse?
BEATRICE. *(Sentándose.)* Gracias.
BERTHA. *(Se sienta frente a ella; señalando el periódico.)* ¿Hay algo en el periódico?
BEATRICE. *(Se ríe nerviosamentey abre el periódico.)* Sí.
BERTHA. ¿Sobre Dick?
BEATRICE. Sí. Aquí está. Un artículo largo, un artículo editorial, escrito por mi primo. Aquí está toda su vida. ¿Desea verlo?
BERTHA. *(Coge el periódico y lo abre.)* ¿Dónde viene?
BEATRICE. En las páginas centrales. Se titula: *Un irlandés distinguido.*
BERTHA. ¿Está... a favor de Dick o en contra?
BEATRICE. *(Calurosamente.)* ¡No, a favor! Puede leer lo que dice sobre el señor Rowan. Y yo sé que Robert se quedó en la ciudad anoche hasta muy tarde para escribirlo.
BERTHA. *(Nerviosa.)* Sí. ¿Está segura?
BEATRICE. Sí. Hasta muy tarde. Le oí llegar a casa. Era mucho después de las dos.
BERTHA. *(Observándola.)* ¿La alarmó? Me refiero a que la despertara a esas horas de la madrugada.
BEATRICE. Tengo el sueño muy ligero. Pero supe que venía de la oficina y además... yo sospeché que había escrito un artículo sobre el señor Rowan y que por eso llegaba tan tarde.
BERTHA. ¿Cuándo se le ocurrió eso?
BEATRICE. Bueno, después de lo que sucedió aquí ayer por la tarde..., me refiero a lo que dijo Robert, de que el señor Rowan había aceptado ese puesto. Era natural que yo pensara...
BERTHA. Ah, sí. Naturalmente.
BEATRICE. *(Apresuradamente.)* Pero no es eso lo que me alarmó. Es que inmediatamente después oí un ruido en la habitación de mi primo.

BERTHA. *(Arruga el periódico entre sus manos; sin respiración.)* ¡Dios mío! ¿Qué es? Dígamelo.

BEATRICE. *(Observándola.)* ¿Por qué la altera eso tanto?

BERTHA. *(Echándose hacia atrás en la silla, con una risa forzada.)* Sí, claro, qué estúpido por mi parte. Tengo los nervios alterados. Yo también he dormido mal. Por eso me levanté tan temprano. Pero dígame, ¿qué era?

BEATRICE. No era más que el ruido de su maleta al arrastrarla por el suelo. Luego le oí pasear por la habitación silbando suavemente. Y luego cómo la cerraba y le ataba las correas.

BERTHA. ¡Se marcha!

BEATRICE. Eso fue lo que me alarmó. Me temí que hubiera tenido una discusión con el señor Rowan y que su artículo fuera un ataque.

BERTHA. Pero, ¿por qué habrían de discutir? ¿Ha notado usted algo entre ellos?

BEATRICE. Me parecía que sí. Cierta frialdad.

BERTHA. ¿Últimamente?

BEATRICE. Desde hace algún tiempo.

BERTHA. *(Alisando el periódico.)* ¿Conoce la razón?

BEATRICE. *(Vacilante.)* No.

BERTHA. *(Tras una pausa.)* Bueno, pero si este artículo es a favor de él, como usted dice, es que no han discutido. *(Reflexiona un instante.)* Y, además, escrito anoche.

BEATRICE. Sí. Compré el periódico enseguida para ver. Pero, entonces, ¿por qué se marcha tan repentinamente? Presiento que hay algo que va mal. Creo que ha ocurrido algo entre ellos.

BERTHA. ¿Lo sentiría?

BEATRICE. Lo sentiría mucho. Sabe usted, señora Rowan, Robert es mi primo hermano, y me dolería muchísimo que tratara mal al señor Rowan, ahora que ha regresado, o que tuvieran una discusión grave, sobre todo porque...

BERTHA. *(Jugueteando con el periódico.)* ¿Porque...?

BEATRICE. Porque fue mi primo el que siempre instó al señor Rowan a que regresara. Eso lo tengo sobre mi conciencia.

BERTHA. ¿Y no debería tenerlo el señor Hand sobre su conciencia, más bien?

BEATRICE. *(Insegura.)* Yo también. Porque... Yo le hablaba a mi primo del señor Rowan mientras estaba fuera y, hasta cierto punto, fui yo quien...

BERTHA. *(Asiente lentamente con la cabeza.)* Ya veo. Y eso lo tiene sobre su conciencia. ¿Sólo eso?

BEATRICE. Creo que sí.

BERTHA. *(Casi alegremente.)* Se diría que fue usted, señorita Justice, la que hizo regresar a mi marido a Irlanda.

BEATRICE. ¿Yo, señora Rowan?

BERTHA. Sí, usted. Por las cartas que le escribía y por hablar con su primo tal como acaba de decir. ¿No le parece que es usted la persona que le hizo regresar?

BEATRICE. *(Sonrojándose súbitamente.)* No. Yo no podría pensar eso.

BERTHA. *(La observa un momento. Luego, se vuelve.)* Mi marido está escribiendo mucho desde que regresó, ya sabe.

BEATRICE. ¿Ah, sí?

BERTHA. ¿No lo sabía? *(Señala hacia el estudio.)* Se pasa la mayor parte de la noche ahí adentro escribiendo. Noche tras noche.

BEATRICE. ¿En su estudio?

BERTHA. Estudio o dormitorio. Lo puede llamar como quiera. También duerme ahí, en el sofá. Ahí ha dormido esta noche. Se lo puedo enseñar si no me cree.

(Se levanta para dirigirse al estudio. BEATRICE *comienza a levantarse rápidamente y hace un gesto de rechazo)*

BEATRICE. Naturalmente que la creo, señora Rowan, cuando me lo dice usted.

BERTHA. *(Volviendo a sentarse.)* Sí. Está escribiendo. Y debe ser sobre algo que ha aparecido en su vida recientemente; desde que regresamos a Irlanda. Algún cambio. ¿Sabe usted de algún cambio que haya aparecido en su vida? *(La mira escrutadoramente.)* ¿Lo sabe o lo intuye?

BEATRICE. *(Le devuelve la mirada fijamente.)* Señora Rowan, ésa no es pregunta para hacerme a mí. Si ha aparecido algún cambio en la vida de él desde que regresó, es usted quien debe saberlo o intuirlo.

BERTHA. Usted podría saberlo igual que yo. Es usted íntima en esta casa.

BEATRICE. No soy la única persona que es íntima aquí.

(Ambas se contemplan fríamente en silencio durante unosinstantes. BERTHA *deja a un lado el periódico y se sienta en una silla más próxima a* BEATRICE.)

BERTHA. *Apoyando una mano sobre la rodilla de* BEATRICE.) ¿Así que usted también me odia, señorira Justice?

BEATRICE. *(Haciendo un esfuerzo.)* ¿Odiarla? ¿Yo?

BERTHA. *(Insistente, pero con suavidad.)* Sí. ¿Sabe lo que significa odiar a una persona?

BEATRICE. ¿Por qué habría de odiarla a usted? Jamás he odiado a nadie.

BERTHA. ¿Y alguna vez ha amado a alguien? *(Pone la mano sobre la muñeca de* BEATRICE.) Dígamelo. ¿Ha amado?

BEATRICE. *(También suavemente.)* Sí. En el pasado.

BERTHA. ¿Ahora no?

BEATRICE. No.

BERTHA. ¿Puede decirme eso... sinceramente? Míreme.

BEATRICE. *(La mira.)* Sí que puedo.

(Breve pausa. BERTHA *retira la mano, y vuelve la cabeza, un tanto avergonzada.)*

BERTHA. Acaba de decir que hay otra persona que es íntima de esta casa. Se refería a su primo..., ¿era él?

BEATRICE. Sí.

BERTHA. ¿Le ha olvidado?

BEATRICE. *(Suavemente.)* Lo he intentado.

BERTHA. *(Juntando las manos.)* Usted me odia. Cree que soy feliz. ¡Si supiera cuánto se equivoca!

BEATRICE. *(Niega con la cabeza.)* No lo creo.

BERTHA. ¡Feliz! ¡Cuando no entiendo nada de lo que escribe, cuando no puedo ayudarle en nada, cuando, a veces, ni siquiera entiendo la mitad de lo que me dice! Usted sí que podría, y puede. *(Agitada.)* Pero temo por él, temo por los dos. *(Se pone en pie de repente y se dirige al escritorio.)* No debe marcharse así. *(Coge un cuaderno del cajón y escribe unas pocas líneas a gran velocidad.)* ¡No, es imposible! ¿Está loco, para hacer algo así? *(Volviéndose hacia* BEATRICE.) ¿Aún está en casa?

BEATRICE. *(Observándola con asombro.)* Sí. ¿Le ha escrito pidiéndole que venga aquí?
BERTHA. *(Se pone en pie.) Sí.* Mandaré a Brigid con la nota. ¡Brigid!

(Sale rápidamente por la puerta de la izquierda.)

BEATRICE. *(Siguiéndola instintivamente con la mirada.)* ¡Entonces es cierto!

(Lanza una mirada hacia la puerta del estudio de RiCHARD, *y se coge la cabeza entre las manos. Luego, recuperándose, coge el periódico de la mesita, lo abre, saca un estuche de gafas del bolso y, calándose las gafas, se inclina a leerlo.* RICHARD ROWAN *entra desde el jardín. Va vestida igual que antes, pero lleva~ un sombrero flexible y tiene en la mano un delgado bastón.)*

RICHARD. *(Se queda parado en el umbral, observándola durante unos instantes.)* Hay demonios *(señala hacia la playa)* ahí afuera. Los he oído parloteando desde el amanecer.
BEATRICE. *(Se pone en pie de un salto.)* ¡Señor Rowan!
RICHARD. Se lo aseguro. La isla está llena de voces[46]. También de la suya. *Porque si no, no podría verle,* decía. Y la voz de ella. Y la voz de él. Pero, se lo aseguro, todo son los demonios. Hice la señal de la cruz invertida y eso los silenció.
BEATRICE. *(Tartamudeando.)* He venido tan temprano, señor Rowan, porque... para enseñarle esto... Robert lo escribió... sobre usted... anoche.
RICHARD. *(Se quita el sombrero.)* Mi querida señorita Justice, usted me explicó ayer, me parece, por qué venía aquí, y yo jamás me olvido de nada. *(Avanzando hacia ella con las manos tendidas.)* Buenos días.
BEATRICE. *(De repente se quita las gafas y le pone el periódico entre las manos.)* He venido por esto. Es un artículo sobre usted. Robert lo escribió anoche. ¿Quiere leerlo?
RICHARD. *(Haciendo una inclinación.)* ¿Leerlo ahora? Por supuesto.
BEATRICE. *(Le mira con desesperación.)* Oh, señor Rowan, me da pena mirarle.
RICHARD. *(Abre el periódico y lo lee.) Muerte del muy reverendo canónigo Mulhall.* ¿Es esto?

(BERTHA *aparece en la puerta de la izquierda y se queda parada escuchando.)*

RICHARD. *(Pasa una página.)* ¡Ah, sí, aquí está! *Un irlandés distinguido. (Comienza a leer con voz bastante elevada y áspera.)* No es uno de los menos fundamentales de los problemas con los que se enfrenta nuestra patria plantearse qué actitud adoptar para con aquellos de sus hijos que, habiéndola abandonado en su hora crítica han sido llamados de nuevo ahora a ella, en vísperas de su tan largamente esperada victoria; a ella, a quien por fin han aprendido a amar en la soledad y en el exilio. Hemos dicho en el exilio, mas nos vemos obligados a hacer una distinción. Existe un exilio económico y otro espiritual. Hay quienes la abandonaron para procurarse el pan que sustenta a los hombres, y hay otros, sí, sus hijos más favorecidos, que la abandonaron para buscar en otras tierras ese alimento del espíritu que mantiene viva a una nación de seres humanos. Quienes evoquen la vida intelectual del Dublín de hace una

[46] Palabras de Calibán en *La tempestad,* de W. Shakespeare (Acto III, escena ii).

década, tendrán muchos recuerdos del señor Rowan. Algo de aquella fiera indignación que laceraba el corazón...

(Levanta los ojos del periódico y ve a BERTHA *parada en el umbral. D da el periódico a un lado y la mira. Un silencio prolongado.)*

BEATRICE. *(Haciendo un esfuerzo.)* Ya ve, señor Rowan, por fin llegó su hora. Incluso aquí. Y ya ve que tiene en Robert a un buen amigo; un amigo que le comprende.

RICHARD. ¿Se ha fijado en la frasecita del principio: *aquellos que la abandonaron en su hora crítica?*

(Mira escrutadoramente a BERTHA, *se da la vuelta y se mete en el estudio, cerrando la puerta tras de sí.)*

BERTHA. *(Hablando a medias para sí misma.)* Lo dejé todo por él: la religión, la familia, mi propia paz.

(Se deja caer pesadamente en una butaca. BEATRICE *se le acerca.)*

BEATRICE. *(Débilmente.)* Pero no le parece también que las ideas del señor Rowan...

BERTHA. *(Amargamente.)* ¡Ideas y más ideas! Pero la gente en este mundo tiene otras ideas o pretende tenerlas. Tienen que soportarle a él a pesar de sus ideas porque él es capaz de hacer algo. Yo, no. Yo no soy nada.

BEATRICE. Usted está a su lado.

BERTHA. *(Con amargura creciente.)* ¡Ah, tonterías, señorita Justice! Yo no soy más que una cosa con la que se enredó, y mi hijo es... ese nombre tan bonito que les dan a esos niños[47]. ¿Cree que soy una piedra? ¿Cree que no lo veo en sus ojos y en sus actitudes cuando tienen que tratar conmigo?

BEATRICE. No deje que la humillen, señora Rowan.

BERTHA. *(Altiva.)* ¡Humillarme! Estoy muy orgullosa de mí misma, si quiere saberlo. ¿Qué han hecho ellos por él? Yo le hice un hombre [48]. ¿Qué son todos ellos en su vida? No son más que el polvo bajo sus botas. *(Se pone en pie y se pasea agitadamente de un lado a otro.)* El puede despreciarme también, como los demás... ahora. Y usted puede despreciarme. Pero jamás lograrán humillarme, ninguno de ustedes.

BEATRICE. ¿Por qué me acusa?

BERTHA. *(Dirigiéndose a ella impulsivamente.)* ¡Estoy sufriendo tanto! Perdóneme si la he tratado mal. Quiero que seamos amigas. *(Le tiende las manos.)* ¿Quiere usted?

BEATRICE. *(Cogiéndoselas.)* Gustosamente.

BERTHA. *(Mirándola.)* ¡Qué pestañas tan largas y tan bonitas tiene! ¡Y hay en sus ojos una expresión tan triste!

BEATRICE. *(Sonriendo.)* Veo muy poco con ellos. Son muy débiles.

BERTHA. *(Calurosamente.)* Pero muy bellos.

(La abraza silenciosamente y la besa. Luego se aparta de ella, un poco avergonzada. BRIGID *entra por la izquierda.)*

---

[47] Véase nota 6.

[48] En carta de Joyce a Nora, el 7 de agosto de 1909, se puede leer: «¡Oh Nora! ¡Nora! ¡Nora! Le estoy hablando a la muchacha que amaba, de pelo rojizo, que se acercó andando hasta mí y me tomó fácilmente en sus brazos y me hizo un hombre.»

BRIGID. Ya se la he entregado, señora.
BERTHA. ¿Y él envía algún recado?
BRIGID. Estaba a punto de salir, señora. Me dijo que vendría detrás de mí.
BERTHA. Gracias.
BRIGID. *(Marchándose.)* ¿Quiere ahora el té y las tostadas, señora?
BERTHA. Ahora no, Brigid. Quizá más tarde. Cuando llegue el señor Hand hágale pasar enseguida.
BRIGID. Sí, señora.

(Sale por la izquierda.)

BEATRICE. Me voy ahora, señora Rowan, antes de que él llegue.
BERTHA. *(Algo tímidamente.)* ¿Entonces, somos amigas?
BEATRICE. *(En el mismo tono.)* Intentaremos serlo. *(Volviéndose.)* ¿Me deja que salga por el jardín? No quiero encontrarme con mi primo ahora.
BERTHA. Por supuesto. *(Le coge la mano.)* Resulta extraño que hayamos hablado así ahora. Pero yo siempre quise hacerlo. ¿Y usted?
BEATRICE. Creo que yo también.
BERTHA. *(Sonriendo.)* Incluso estando en Roma. Cuando salía a pasear con Archie solía pensar en usted, en cómo sería, porque le oía a Dick hablar de usted. Solía mirar a distintas personas que salían de las iglesias o pasaban montadas en coches, y pensaba que quizá eran como usted. Porque Dick me había dicho que era usted morena.
BEATRICE. *(Otra vez nerviosa.)* ¿Ah, si?
BERTHA. *(Apretándole la mano.)* Entonces, adiós... por ahora.
BEATRICE. *(Soltándose la mano.)* Buenos días.
BERTHA. La acompañaré hasta la verja.

(La acompaña y salen por las puertas dobles. Se van por el jardín. RICHARD ROWAN *entra desde el estudio. Se detiene cerca de las puertas, mirando hacia el jardín. Luego se vuelve, se dirige a la mesita, coge el periódico y se pone a leer. Pasados unos momentos,* BERTHA *aparece en el umbraly se queda parada mirándole hasta que él termina. El vuelve a d jar el periódico y se da la vuelta para regresar a su estudio.)*

BERTHA. ¡Dick!
RICHARD. *(Deteniéndose.)* ¿Y bien?
BERTHA. No me has hablado.
RICHARD. No tengo nada que decir. ¿Y tú?
BERTHA. ¿No quieres saber nada... de lo que pasó anoche?
RICHARD. Eso no lo sabré nunca.
BERTHA. Te lo contaré si me lo preguntas.
RICHARD. Me lo contarás. Pero yo no lo sabré nunca. Jamás en este mundo.
BERTHA. *(Avanzando hacia él.)* Te diré la verdad, Dick, como te la he dicho siempre. Nunca te he mentido.
RICHARD. *(Cerrando los puños con las manos levantadas, apasionadamente.)* Sí, sí. ¡La verdad! Pero te digo que nunca lo sabré.
BERTHA. ¿Por qué, entonces, me abandonaste anoche?
RICHARD. *(Amargamente.)* En tu hora crítica.

BERTHA. , *(Amenazadora.)* Tú me empujaste a hacerlo. Pero no porque me ames. Si me amaras o supieras lo que es el amor, no me habrías abandonado. Por tu propio interés me empujaste a que lo hiciera.

RICHARD. Yo no me hice a mí mismo. Soy lo que soy [49].

BERTHA. Para tener algo que arrojarme a la cara. Para hacerme humillarme ante ti, como siempre has hecho. Para ser libre tú mismo. *(Señalando hacia el jardín.)* ¡Con ella! ¡Ese es tu amor! Todas las palabras que dices son falsas.

RICHARD. *(Dominándose.)* Es inútil pedirte que me escuches.

BERTHA. ¡Escucharte! Ella es la persona que sabe escucharte. ¿Por qué ibas a perder el tiempo conmigo? Habla con ella.

RICHARD. *(Asiente con la cabeza.)* Ya veo. Ahora la has apartado de mí, igual que apartaste a todos los demás de mi lado; a todos los amigos que he tenido, a cualquier ser humano que intentó acercárseme. Tú la odias.

BERTHA. *(Calurosamente.)* ¡Nada de eso! Creo que la has hecho ser tan infeliz como me hiciste a mí, como hiciste infeliz a tu difunta madre y la mataste. ¡Matamujeres! Ese es tu nombre.

RICHARD. *(Se vuelve para marcharse.) ¡Arrivederci!*

BERTHA. *(Agitada.)* Es un espíritu refinado y elevado. Me gusta. Es todo lo que yo no soy... por nacimiento y por educación. Intentaste destrozarla, pero no lo conseguiste. Porque ella es lo bastante fuerte para enfrentarse a ti..., cosa que yo no soy. Y tú lo sabes.

RICHARD. *(Casi gritando.)* ¿Por qué demonios me estás hablando de ella?

BERTHA. *(Retorciéndose las manos.)* ¡Oh, cuánto daría por no haberte conocido! ¡Cómo maldigo ese día!

RICHARD. *(Amargamente.)* ¿Es que estorbo? Ahora te gustaría ser libre. Pues no tienes más que decirlo.

BERTHA. *(Orgullosamente.)* Cuando tú quieras, estoy dispuesta.

RICHARD. Para poder reunirte con tu amante... libremente.

BERTHA. Sí.

RICHARD. ¿Noche tras noche?

BERTHA. *(Mirando hacia adelante fijamente y hablando con intensa pasión.)* ¡Para reunirme con mi amante! *(Estirando los brazos hacia adelante.)* ¡Mi amante! ¡Sí! ¡Mi amante!

(De repente rompe a llorar y se deja caer en una silla, cubriéndose el rostro con las manos. RICHARD *se le aproxima lentamente y la toca en el hombro.)*

RICHARD. ¡Bertha! *(Ella no contesta.)* Bertha, eres libre.

BERTHA. *(Le aparta la mano y se pone en pie.)* ¡No me toques! [50]. Para mí eres un extraño. No entiendes nada de lo que hay en mí; ni una sola cosa de mi corazón o de mi alma. ¡Un extraño! ¡Estoy viviendo con un extraño!

(Se oye golpear en la puerta del vestíbulo. BERTHA *se seca los ojos rápidamente con el pañuelo y se arregla la parte delantera de la bata.* RICHARD *escucha un momento, la mira intensamente y, dándose la*

[49] La semejanza es demasiado grande como para no pensar en las palabras de Dios a Moisés: «Yo soy el que soy» (Éxodo, 3,14). En 1 Corintios, 15,10, se halla: «mas por la gracia de Dios soy lo que soy».

[50] Un eco de las palabras de Cristo a María Magdalena cuando ésta visita su tumba (San Juan, 20.15-18). Obsérvese que Bertha es explícitamente identificada con la Magdalena en las «Notas» de Joyce.

vuelta, se mete en el estudio. ROBERT HAND *entra por la izquierda. Va vestido de marrón oscuro y lleva en la mano un sombrero tirolés marrón.)*

ROBERT. *(Cerrando la puerta silenciosamente tras de sí.)* Me mandaste llamar.

BERTHA. *(Se pone en pie.)* Sí. ¿Estás loco, para pensar en marcharte así, sin venir aquí siquiera, sin decir nada?

ROBERT. *(Avanzando hacia la mesita en la que está el periódico, le echa una ojeada.)* Lo que tengo que decir lo digo aquí.

BERTHA. ¿Cuándo lo escribiste? ¿Anoche..., después de que me marchara?

ROBERT. *(Cortésmente.)* Para ser exactos, escribí parte -en mi cabeza- antes de que te marcharas. El resto, la parte peor, lo escribí después. Mucho después.

BERTHA. ¡Y fuiste capaz de escribir anoche!

ROBERT. *(Encogiéndose de hombros)* Soy un animal bien amaestrado. *(Se acerca más a ella.)* Después pasé una larga noche de acá para allá, en casa del vicerrector, en un club nocturno, en las calles, en mi habitación. Tu imagen estaba siempre ante mis ojos, tu mano en la mía, Bertha, jamás me olvidaré de anoche. *(Deja el sombrero sobre la mesita y le coge una mano.)* ¿Por qué no me miras? ¿No puedo tocarte?

BERTHA. *(Señala hacia el estudio.)* Dick está ahí.

ROBERT. *(Le suelta la mano.)* En ese caso, a portarse bien, niños.

BERTHA. ¿A dónde vas?

ROBERT. Al extranjero. Es decir, a casa de mi primo Jack Justice, alias Doggy Justice, en Surrey[51]. Allí tiene una bonita casa de campo, y los aires son muy saludables. BERTHA. ¿Por qué te vas?

ROBERT. *(La mira en silencio.)* ¿No se te ocurre ni un motivo?

BERTHA. ¿Es por mí?

ROBERT. Sí. No me resulta agradable quedarme aquí en estos momentos.

BERTHA. *(Se sienta, desolada.)* Pero eso es ser muy cruel, Robert. Cruel conmigo y también con él.

ROBERT. ¿Te ha preguntado... lo que sucedió?

BERTHA. *(Juntando las manos, desesperada.)* No. Se niega a preguntarme nada. Dice que jamás lo sabrá.

ROBERT. *(Asiente gravemente con la cabeza.)* En eso Richard tiene razón. Siempre tiene razón.

BERTHA. Pero, Robert, tú tienes que hablar con él.

ROBERT. ¿Y qué debo decirle?

BERTHA. ¡La verdad! ¡Todo!

ROBERT. *(Reflexiona.)* No, Bertha. Yo soy un hombre que habla con otro hombre. No puedo decírselo todo.

BERTHA. Pensará que te marchas porque tienes miedo a enfrentarte con él después de lo de anoche.

ROBERT. *(Tras una pausa)* Bueno, pues yo no soy más cobarde que él. Le veré.

BERTHA. *(Se pone en pie.)* Voy a llamarle.

ROBERT. *(Cogiéndole súbitamente las manos.)* ¡Bertha! ¿Qué sucedió anoche? ¿Cuál es la verdad que tengo que contarle? *(La mira intensamente a los ojos.)* ¿Fuiste mía en esa sagrada noche de amor? ¿O tan sólo lo he soñado?

BERTHA. *(Sonríe débilmente.)* Recuerda tu sueño acerca de mí. Anoche soñaste que era tuya.

ROBERT. ¿Y esa es la verdad..., un sueño? ¿Eso es lo que debo contarle?

---

[51] Condado inglés al sur de Londres.

BERTHA. Sí.

ROBERT. *(Le besa las manos.)* ¡Bertha! *(Con voz más suave.)* En toda mi vida, tan sólo ese sueño es real. Todo lo demás lo he olvidado. *(Vuelve a besarle las manos.)* Y ahora ya puedo decirle la verdad. Llámale.

(BERTHA *se dirige a la puerta del estudio de* RICHARD y *la golpea. No hay respuesta. Vuelve a golpear.)*

BERTHA. ¡Dick! *(No hay respuesta.)* El señor Hand está aquí. Quiere hablar contigo, para despedirse. Se marcha. *(No hay respuesta Ella golpea la puerta fuertemente con la manoygrita con voz alarmada.)* ¡Dick! ¡Contéstame!

(RICHARD ROWAN *aparece desde el estudio. Se dirige inmediatamente hacia* ROBERT, *pero no le tiende la mano.)*

RICHARD. *(Serenamente.)* Te agradezco tu amable artículo sobre mí. ¿Es cierto que has venido a despedirte?

ROBERT. No tienes nada que agradecerme, Richard. Ahora y siempre, soy tu amigo. Ahora más que nunca. ¿Me crees, Richard?

(RICHARD *se sienta en una silla y hunde el rostro en las manos.* BERTHA y ROBERT *se contemplan en silencio. Luego ella se vuelve y sale silenciosamente por la derecha.* ROBERT *se dirige hacia* RICHARD y *se queda en pie cerca de él, apoyando las manos en el respaldo de una silla, mirándole. Hay un largo silencio. Se oyen los gritos de una pescadera que pasa por el camino.)*

LA PESCADERA. ¡Fresquitos! ¡Arenques de Dublín! ¡Arenques frescos de la bahía! ¡Arenques de Dublín!

ROBERT. *(En voz baja.)* Te diré la verdad, Richard. ¿Me escuchas?

RICHARD. *(Levanta el rostro y se echa hacia atrás en la silla, dispuesto a escuchar.)* Sí.

(ROBERT *se sienta en una silla junto a él. Se oye gritar a la pescadera, más lejos.)*

LA PESCADERA. ¡Arenques frescos! ¡Arenques de la bahía!

ROBERT. Fracasé, Richard. Esa es la verdad. ¿Me crees?

RICHARD. Te escucho.

ROBERT. Fracasé. Ella es tuya, como lo era hace nueve años, cuando la conociste.

RICHARD. Cuando la conocimos, querrás decir.

ROBERT. Sí. *(Baja la mirada durante unos instantes.)* ¿Continúo?

RICHARD. Sí.

ROBERT. Ella se marchó. Yo me quedé solo... por segunda vez. Me fui a casa del vicerrector y cené allí. Dije que estabas enfermo y que irías otra noche: Hice epigramas nuevos y viejos; incluso ése sobre las estatuas. Bebí vino especiado. Fui a mi despacho y escribí el artículo. Luego...

RICHARD. ¿Luego?

ROBERT. Luego me fui a cierto club nocturno. Allí había hombres... y también mujeres. Al menos tenían aspecto de mujeres. Estuve bailando con una de ellas. Me pidió que la acompañara a casa. ¿Continúo?

RICHARD. Sí.

ROBERT. La acompañé a casa en un coche. Vive cerca de Donnybrook[52]. En el interior del coche sucedió lo que el sutil Duns Escoto llama una muerte del espíritu. ¿Continúo?

RICHARD. Sí.

ROBERT. Ella lloró. Me dijo que estaba divorciada de un abogado. Yo le ofrecí una moneda de oro de una libra, porque me dijo que andaba mal de dinero. Se negó a aceptarla y lloró mucho. Luego bebió un poco de agua de melisa[53] de una botellita que llevaba en el bolso. La vi entrar en su casa. Luego me fui andando a la mía. En mi habitación descubrí que mi chaqueta estaba toda manchada de agua de melisa. Ayer no tuve suerte ni con las chaquetas; ésa era la segunda. Entonces se me ocurrió la idea de cambiarme de traje y marcharme en el barco de la mañana. Hice la maleta y me acosté. Me marcho en el próximo tren a casa de mi primo, Jack Justice, en Surrey. Quizá por dos semanas. Quizá más. ¿Estás asqueado?

RICHARD. ¿Por qué no tomaste el barco?

ROBERT. Me quedé dormido.

RICHARD. ¿Pensabas marcharte sin decir adiós..., sin pasar por aquí?

ROBERT. Sí.

RICHARD. ¿Por qué?

ROBERT. Mi historia no es muy agradable, ¿verdad?

RICHARD. Pero has venido.

ROBERT. Bertha me envió un mensaje para que viniera.

RICHARD. ¿Si no fuera por eso...?

ROBERT. Si no fuera por eso, no habría venido.

RICHARD. ¿Se te ocurrió que si tú te hubieras marchado sin venir por aquí yo lo habría interpretado... a mi modo?

ROBERT. Sí, se me ocurrió.

RICHARD. Entonces, ¿qué es lo que quieres que me crea?

ROBERT. Quiero que creas que he fracasado. Que Bertha sigue siendo tuya como lo era hace nueve años, cuando tú... cuando nosotros la conocimos.

RICHARD. ¿Quieres saber lo que hice yo?

ROBERT. No.

RICHARD. Me vine a casa inmediatamente.

ROBERT. ¿Oíste regresar a Bertha?

RICHARD. No. Estuve escribiendo toda la noche. Y pensando. *(Señalando hacia el estudio.)* Ahí dentro. Antes del amanecer salí y me recorrí la playa de punta a punta.

ROBERT. *(Meneando la cabeza.)* Sufriendo. Atormentándote.

RICHARD. Oyendo voces a mi alrededor. Las voces de los que dicen que me quieren.

ROBERT. *(Señala hacia la puerta de la derecha.)* Una. ¿Y la mía?

RICHARD. Y otra más.

ROBERT. *(Sonríe y se toca ¡afrente con el índice.)* Cierto. Mi interesante aunque algo melancólica prima. ¿Y qué te dijeron?

RICHARD. Me dijeron que abandonara la esperanza.

ROBERT. ¡Extraña forma de demostrar su amor, desde luego! ¿Y vas a desesperarte?

RICHARD. *(Poniéndose en pie.)* No.

---

[52] Suburbio al sur de Dublín, entre Merrion y Ranelagh.

[53] En realidad, un tipo de té hecho con hierba de melisa.

(Se oye un ruido en la ventana. Aparece la cara de ARCHIE *pegada contra el cristal. Se le oye llamar.)*

ARCHIE. ¡Abrid la ventana! ¡Abrid la ventana!
ROBERT. *(Mira a* RICHARD.) ¿Oíste también su voz, Richard, junto con las otras..., ahí en la playa? ¿La voz de tu hijo? *(Sonriendo.)* ¡Escucha! ¡Qué llena de desesperación está!
ARCHIE. Abrid la ventana, por favor, ¿queréis?
ROBERT. Quizá esté ahí, Richard, la libertad que buscamos... tú de un modo y yo de otro. En él, y no en nosotros. Quizá...
RICHARD. ¿Quizá...?
ROBERT. He dicho quizá. Diría que casi con toda seguridad si...
RICHARD. ¿Si qué?
ROBERT. *(Con una débil sonrisa.)* Si él fuera mío.

(Se dirige a la ventana y la abre. ARCHIE *se introduce en la habitación.)*

ROBERT. ¿Igual que ayer, eh?
ARCHIE. ¡Buenos días, señor Hand! *(Se vuelve hacia* RICHARD y *le besa.) ¡Buongiorno, babbo!*
RICHARD. *Buongiorno,* Archie.
ROBERT. ¿Y dónde andabas tú, caballerete?
ARCHIE. Por ahí con el lechero. He guiado el caballo. Fuimos hasta Booterstown[54]. *(Se quita la gorra y la arroja sobre una silla)* Tengo mucha hambre.
ROBERT. *(Coge su sombrero de la mesita.)* Richard, adiós. *(Ofreciéndole la mano.)* ¡Por nuestra próxima reunión!
RICHARD. *(Se pone en pie, le toca la mano.)* Adiós.

(BERTHA *aparece en la puerta de la derecha.)*

ROBERT. *(La ve: se dirige a* ARCHIE.) Coge la gorra. Ven conmigo. Te compraré un pasel y te contaré un cuento.
ARCHIE. *(A* BERTHA.) ¿Puedo, mamá?
BERTHA. Sí.
ARCHIE. *(Coge la gorra.)* Estoy listo.
ROBERT. *(A* RICHARD y BERTHA.) Adiós a papá y a mamá. Pero no un adiós muy grande.
ARCHIE. ¿Me contará un cuento de hadas, señor Hand?
ROBERT. ¿Un cuento de hadas? ¿Y por qué no? Yo soy tu hada padrina.

(Salen juntos por las puertas dobles y se alejan por el jardín. Cuando se han ido, BERTHA *se acerca a* RICHARD y *le rodea la cintura con el brazo.)*

BERTHA. Dick, querido, ¿crees ahora que te he sido fiel? Anoche y siempre.
RICHARD. *(Con tristeza.) No* me lo preguntes, Bertha.

[54] Suburbio de Dublín al sur de Merrion.

BERTHA. *(Apretándose más contra* él.) Sí que lo he sido, querido. Seguro que me crees. Yo me entregué a ti, totalmente. Lo dejé todo por ti. Tú me tomaste... y me abandonaste.

RICHARD. ¿Cuándo te abandoné?

BERTHA. Me dejaste; y yo esperé a que volvieras a mí. Dick, querido, ven aquí conmigo. Siéntate. ¡Qué cansado debes de estar!

(Le atrae hacia el canapé. El se sienta, casi reclinado, apoyándose en el brazo. Ella se sienta en la estera ante el canapé, cogiéndole la mano.)

BERTHA. Sí, querido, te esperé. ¡Dios mío, lo que sufrí entonces... cuando vivíamos en Roma! ¿Te acuerdas de la terraza de nuestra casa?

RICHARD. Sí.

BERTHA. Solía sentarme allí a esperar, con el pobre crío con sus juguetes, esperando a que le entrara sueño. Podía ver todos los tejados de la ciudad, y el río, el *Tevere.* ¿Cómo se llama?

RICHARD. El Tíber.

BERTHA. *(Acariciándose la mejilla con la mano de él.)* Era precioso, Dick, pero yo estaba tristísima. Estaba sola, Dick, olvidada por ti y por todos. Me parecía que mi vida se había terminado.

RICHARD. No había comenzado.

BERTHA. Y solía mirar al cielo, tan bonito, sin una sola nube, y la ciudad, que tú decías que era tan antigua. Y también solía pensar en Irlanda y en nosotros.

RICHARD. ¿Nosotros?

BERTHA. Sí, nosotros. No pasa ni un día sin que yo nos vea a nosotros, a ti y a mí, tal como éramos cuando nos conocimos. Cada día de mi vida veo eso. ¿No te fui fiel durante todo ese tiempo?

RICHARD. *(Suspira profundamente.)* Sí, Bertha. Eras mi esposa en el exilio.

BERTHA. A dondequiera que vayas, te seguiré. Si quieres marcharte ahora, me marcharé contigo.

RICHARD. Me quedaré. Aún es demasiado pronto para desesperarse.

BERTHA. *(Acariciándole la mano otra vez)* No es cierto que quiera apartar a todo el mundo de ti. Yo quería uniros a los dos..., a ti y a él. Háblame. Abreme todo tu corazón. Lo que sientes y lo que sufres.

RICHARD. Estoy herido, Bertha.

BERTHA. ¿Cómo de herido, amor? Explícame a qué te refieres. Intentaré comprender todo lo que digas. ¿De qué manera estás herido?

RICHARD. *(Se suelta la mano y, cogiendo la cabed de ella entre sus manos, se la echa hacia atrás y la mira largamente a los ojos.)* Tengo una profunda herida de duda en el alma [55].

BERTHA. *(Inmóvil.)* ¿Duda sobre mi?

RICHARD. Sí.

BERTHA. Soy tuya. *(Susurrando.) Si* me muriera en este mismo momento, que sepas que soy tuya.

---

[55] En una conversación con Arthur Laubenstein, un organista americano amigo de Joyce, éste le preguntó: «¿Cuál diría usted que es la fuerza suprema para mantener a las personas unidas, una fe completa o la duda?» Laubenstein eligió la primera y Joyce le respondió: «No, es la duda. La vida queda suspendida en la duda como el mundo en el vacío. Esto lo puede encontrar en cierta manera tratado en Exiliados.» Véase Ellmann, pág. 557.

RICHARD. *(Mirándola a los ojos y hablando como le hablaría a una persona ausente.)* He herido mi alma por ti; una profunda herida de duda que jamás podrá ser cerrada. Nunca podré llegar a saber, nunca en este mundo. No deseo saber ni creer. No me importa. No te deseo en la oscuridad de la creencia, sino en la incesante, viva e hiriente duda. No retenerte con ninguna atadura, ni siquiera las del amor; estar unido a ti en cuerpo y alma en una desnudez total[56]... eso es lo que yo anhelaba. Y ahora me siento un tanto cansado, Bertha Mi herida me cansa

(Se estira cansadamente en el canapé. BERTHA *le coge la mano, y sigue hablando muy suavemente.)*

BERTHA. Olvídate de mí, Dick. Olvídate de mí y vuelve a amarme como lo hiciste la primera vez. Deseo a mi amante: encontrarme con él, acudir a él, entregarme a él. A ti, Dick. ¡Oh, mi extraño y salvaje [57] amante, vuelve a mí otra vez!

(Ella cierra los ojos.)

NOTAS DEL AUTOR

RICHARD - un automístico.
ROBERT - un automóvil.

El alma, como el cuerpo, puede tener una virginidad. Que la mujer la entregue o que el hombre la tome constituye el acto de amor. El amor (entendido como el deseo del bien para otro) es, de hecho, un fenómeno tan poco natural, que difícilmente puede repetirse, pues el alma no es capaz de convertirse en virgen de nuevo y carece de energía suficiente para volverse a lanzar al océano del alma de otro. La reprimida consciencia de esta incapacidad y de esta falta de energía espiritual es lo que explica la parálisis mental de Bertha.

La edad de ella: veintiocho años. Robert la compara con la Luna a causa de su vestido. Su edad es la culminación de un ritmo lunar. Cfr. Oriani sobre el flujo menstrual: *la malattia sacra che in un rituo lunare prepara la donna per il sacrificio* [58].

Robert desea que Richard utilice contra él las armas que la moral y las convenciones sociales ponen en manos del marido. Richard se niega. Bertha también desea que Richard utilice esas armas para defenderla. Richard también se niega, y por la misma razón. Su forma de defender el cuerpo y el alma de ella es una invisible e imponderable espada. El Otelo de Shakespeare, como contribución al estudio de los celos, resulta incompleto. Su análisis y el de Spinoza están hechos desde el punto de vista sensualista; Spinoza habla

[56] «En una desnudez total»: estas palabras aparecen en boca de Irene, la protagonista de la obra de Ibsen *Cuando despertamos los muertos* (Acto I).

[57] «Extraño» y «salvaje» son calificativos que frecuentemente aparecen en la correspondencia de Joyce con Nora durante la visita del autor a Irlanda a finales de 1909. Aunque en español se usa el mismo término («extraño») Bertha establece una diferencia entre *strange* y el nombre que aplicó a Richard en su conversación anterior, *stranger*

[58] Alfredo Oriani (1852-1909), novelista, crítico e historiador. Su novela más importante es *La derrota* (1896). La frase que Joyce cita significa ala enfermedad sagrada que en un ritual lunar prepara a la mujer para el sacrificio».

de *pudendis et excrementis alteriuslungere imaginem reí amatae*[59]. Bertha ha considerado la pasión en sí (aparte de como odio o como lujuria frustrada, la definición escolástica de los celos como una passio *irascibilis*[60] es la que más se acerca), siendo su objeto un bien difícil de obtener. En esta obra, los celos de Richard avanzan un paso más hacia su propio núcleo. Diferenciados del odio, y habiéndose convertido su propia lujuria frustrada en un estímulo erótico, y, lo que es más, teniendo en su propio poder el obstáculo, la dificultad que los ha excitado, los celos tienen que revelarse como la mismísima inmolación del placer de la posesión sobre el altar del amor. Él está celoso, ansía y conoce su propia deshonra y la de ella, ya que el fin último del amor consiste en unirse con todas las fases del ser de ella, de la misma manera que el lograr esa unión en la región de lo difícil, del vacío y de lo imposible, es su tendencia necesaria.

Resultará difícil conseguir que Beatrice interese al público, puesto que cada uno de los hombres que lo componen es Robert y desearía ser Richard, y, en cualquier caso, ser de Bertha. Se puede lograr el toque de compasión en el momento en que ella saca las gafas del bolso para leer. Digan lo que digan los críticos, todas estas personas -incluso Bertha- están sufriendo mientras transcurre la acción.

¿Por qué el título de *Exiliados?* Una nación exige a quienes se atrevieron a abandonarla una reparación pagadera a su regreso. El hermano mayor de la fábula del Hijo Pródigo es Robert Hand. El padre se puso de parte del pródigo. Seguramente no sea ésta la reacción más habitual; ciertamente no lo es en Irlanda: pero el Reino de Jesús no era de este mundo [61], ni tampoco lo era, ni lo es, su sabiduría.

El estado de Bertha al verse abandonada espiritualmente por Richard debe ser expresado por la actriz con cierta apariencia de hipnosis. Su estado es como el de Jesús en el huerto de los olivos [62]. Es el alma de la mujer a la que se deja desnuda y a solas para que pueda llegar a comprender su propia naturaleza. También debe dar la impresión de ser arrastrada por la corriente de la acción hasta el límite de lo que es consecuente con su inmunidad, y debe mostrar, incluso, un poco de resentimiento contra el hombre que no está dispuesto a tenderle una mano para salvarla. A través de estas experiencias el asombro de su alma ante su propia soledad y ante la belleza de ella misma, que se forma y se disuelve eternamente entre las nubes de la naturaleza mortal, inundará su propio temperamento renacido.

La fase secundaria y más baja de la postura de Robert la constituye la sospecha de que Richard es un aventurero astuto que está utilizando el cuerpo de Bertha como un cebo para obtener la amistad y el apoyo de Robert. La fase correspondiente en la actitud de Richard es la sospecha de que la admiración y la amistad de Robert por él son fingidas con el fin de apaciguar y embotar la vigilancia de su mente. Ambas sospechas se insinúan en los personajes a partir de la evidencia puramente externa, y en ninguno de los dos casos brotan espontáneamente a la vida desde la tierra de sus naturalezas.

---

[59] Benedicto de Spinoza (1632-1677), filósofo de origen judío cuya obra más importante es Etica, de donde cita Joyce (concretamente de la nota para la demostración de la Proposición XXX de la parte III de dicha obra). La cita significa «unir la imagen del objeto amado con las partes pudendas y excrementales de otro».

[60] «Pasión irascible», según la filosofía escolástica, es la que debe superar con dificultad impedimentos para conseguir un bien sensible. Las pasiones irascibles son la esperanza, la desesperación, el valor, el miedo y la ira. Véase MacNicholas, *Textual Companion*, págs. 202-03.

[61] Eco de San Juan, 18.36.

[62] Mencionado en diversas ocasiones por los Cuatro Evangelistas.

Una de las ironías de la obra está en que mientras Robert, y no Richard, es el apóstol de la belleza, la belleza en su naturaleza visible e invisible está presente bajo el techo de Richard.

Desde que se publicaron las páginas perdidas de *Madame Bovary*[63], el centro de las simpatías parece haberse desplazado estéticamente del amante o amigo al marido o cornudo. Este desplazamiento también ha adquirido más firmeza a causa del desarrollo gradual de un realismo práctico colectivo, debido a un cambio en las condiciones económicas de la masa de gente que está llamada a oír y sentir una obra de arte relacionada con su vida. Se hace uso de este cambio en Exiliados, aunque la unión de Richard y Bertha resulta tan poco usual que la revuelta espiritual de Richard, que de otra manera resultaría extraña y sería mal acogida, puede entrar en combate con la anticuada prudencia de Robert, con ciertas posibilidades de librar ante el público una batalla muy equilibrada. Praga en *La Crisi* y Giacosa en *Tristi Amor* [64] han entendido este cambio y se han beneficiado de él, pero no lo han utilizado, como se hace aquí, como un escudo literario para la protección de una conciencia delicada, extraña y extremadamente sensible.

Robert está convencido de la no existencia, de la irrealidad, de los hechos espirituales que existen y son reales para Richard; la acción de la obra debería, sin embargo, convencer a Robert de la existencia y realidad de la defensa mística que de su esposa hace Richard. Si esta defensa es una realidad, ¿cómo pueden entonces ser irreales los hechos sobre los que se fundamenta?

Resultaría interesante hacer algunos esbozos de cómo sería Bertha si durante nueve años hubiera unido su vida a la de Robert; esbozos no necesariamente teatrales, sino más bien impresionistas. Por ejemplo, la señora de Hand (puesto que él pensaba haberlo hecho de forma decente) encargando alfombras en Grafton Street, presenciando las carreras de Leopardstown[65], acomodada en un asiento en el estrado para la inauguración de alguna estatua, apagando las luces del salón tras una velada de sociedad en casa de su marido, arrodillada junto a un confesonario en la iglesia de los jesuitas.

Richard ha caído desde un mundo superior y se indigna al descubrir la bajeza en los hombres y las mujeres. Robert ha ascendido desde un mundo inferior, y está tan lejos de indignarse que más bien se sorprende de que los hombres y las mujeres no sean más viles e innobles.

ROBERT *(asiente con la cabeza):* Sí, ganaste tú. Yo vi tu triunfo.
RICHARD *(poniéndose en pie de repente):* Perdóname, se me olvidaba. ¿Quieres tomar un whisky?
ROBERT: Con paciencia, todo llega.

(RICHARD se dirige al aparador y llena un vaso con whisky de la botella y lo trae a la mesa con una pequeña jarra de agua.)

[63] Madame Bovary (1857) de Gustave Flaubert (1821-1880). La publicación de esas páginas perdidas se produjo en 1910.
[64] Marco Praga (1862-1929), dramaturgo italiano que en la obra a la que Joyce alude (1901) trata el tema del adulterio desde una perspectiva similar. Giuseppe Giacosa (1847-1906), otro dramaturgo italiano que en la obra mencionada (1888) trata asimismo el tema del adulterio.
[65] Grafton Street, zona comercial en el centro de Dublín. El hipódromo de Leopardstown está situado a varios kilómetros al sureste de la ciudad.

RiCHARD *(repantigándose en el* sofá): ¿Le añades el agua tú mismo?
ROBERT *(lo hace):* ¿Y tú?
RiCHARD *(negando con la cabeza):* Nada.
ROBERT *(sosteniendo el* vaso): Me acuerdo de nuestras noches locas de hace tanto tiempo, nuetras noches de juergas y charlas y borracheras.
RICHARD. En nuestra casa.
ROBERT *(levantando el vaso): ¡Prosit!*[66].

Cuando Richard dejó la iglesia se encontró con muchos hombres del mismo tipo que Robert.
Problema: Archie, el hijo de Richard, es educado siguiendo los principios de Robert.
Beatrice ha tenido una entrevista con su madre antes de aparecer en el primer acto.
Bertha se refiere a Beatrice llamándola su señoría.

N. (B). - 12 nov. 1913
Liga: preciosa, Prezioso, Bodkin, música, brazalete verde pálido, dulces de crema, lirio de los valles, jardín de convento, (Galway)[67], mar.
Rata: Enfermedad, repulsión, pobreza, queso, oreja de mujer (¿oreja de niño?).

Daga: corazón, muerte, soldado, guerra, banda, juicio, rey. N. (B). - 13 nov. 1913
Luna: Tumba de Shelley en Roma[68]. Él está saliendo de ella: rubia, ella llora por él. Él ha luchado en vano por un ideal y ha muerto asesinado por el mundo. Aun así, resucita. Cementerio de Rahoon[69] a la luz de la luna donde está la tumba de Bodkin. Él yace en la tumba. Ella ve el sepulcro de él (panteón familiar) y llora. El nombre es vulgar. El de Shelley es extraño y salvaje. Él es moreno, no resucitado, asesinado por el amor y por la vida, joven. La tierra le retiene.
Bodkin murió. Kearns murió. En el convento la llamaban la asesina de hombres: (Matamujeres era uno de los nombres que ella me daba). Yo vivo en cuerpo y alma.
Ella es la tierra[70], oscura, informe, madre, embellecida por la noche de luna, oscuramente consciente de sus instintos. Shelley, a quien ha tenido en su vientre o tumba, resucita: la parte de Richard con la cual no pueden acabar ni el amor ni la vida; la parte por la que ella le ama: la parte que ella debe intentar matar, y que nunca podrá matar, regocijándose ante su propia impotencia. Sus lágrimas son de adoración, la Magdalena que ve al Señor resucitado en el huerto en donde había sido sepultado[71]. Roma es el mundo extraño y la extraña vida a donde la conduce Richard. Rahoon, su gente. Ella llora por Rahoon también, por aquel a quien su amor ha matado, el muchacho moreno al que ella, como la tierra, abraza en la muerte y la desintegración.

---

[66] Este fragmento de diálogo aparece incorporado al texto final casi literalmente en el acto 1.
[67] *N. (B.):* Nora Bamacle. *Prezioso:* Roberto Prezioso, periodista italiano mencionado en la Introducción. *Bodkin:* Michael Bodkin, pretendiente de Nora en su ciudad natal de Galway (en el noroeste de Irlanda), que murió de tuberculosis muy joven. Joyce se inspiró en él para la figura de Michael Furey en «Los muertos».
[68] P. B. Shelley (1792-1822), poeta romántico inglés, casado con Mary Wollstonecraft (autora de *Frankestein), y* amigo de Lord Byron, vivió gran parte de su vida en Italia, hasta su muerte en 1822.
[69] Cementerio de la ciudad en el que Joyce, por la sonoridad de su nombre, sitúa la tumba de Michael Bodkin. Dicha tumba, en realidad, se halla en el cementerio de Oughterard (tal y como se menciona en «Los muertos»), a unos 27 kilómetros de Galway. El tema de la amante que llora sobre la tumba de su amado al que indirectamente ha causado la muerte (mencionado más adelante en las «Notas») aparece en el poema «Ella llora sobre Rahoon», en *Poemas a penique.*
[70] En los esquemas que Joyce confeccionó para *Ulises,* a Molly Bloom se ta designa como *Gea-Tellus.*
[71] Véase nota 50.

Él es su vida enterrada, su pasado. Las imágenes que le acompañan son las baratijas y los juguetes de la niñez de ella (brazalete, dulces de crema, lirio de los valles verde pálido, el jardín del convento). Los símbolos de él son la música y el mar, líquida e informe tierra en la que son enterrados los ahogados en cuerpo y alma. Hay lágrimas de conmiseración. Ella es la Magdalena que llora recordando los amores a los que no pudo corresponder.

Si Robert verdaderamente despeja el camino para el avance de Richard y lo desea mientras que, al mismo tiempo, intenta combatir secretamente ese avance destruyendo de un golpe la confianza de Richard en sí mismo, la postura es como la de Odín que, al desear el nacimiento y el crecimiento de Sigfrido[72], anhela su propia destrucción. Cada paso que avanza la humanidad a través de Richard, supone un paso atrás dado por el tipo de persona que representa Robert.

Richard teme la reacción inevitable en el temperamento de Robert: y no sólo por Bertha, es decir, no sólo por sentir que él, al mantenerse al margen, ha permitido que ella siga el camino hacia el abandono a través de un amor pasajero; sino también por sentir que una mujer que él mismo escogió ha sido olvidada en favor de otra no escogida por él.

La mente de Beatrice es un frío y abandonado templo en el cual en un pasado remoto los himnos se alzaron hacia el cielo, pero en donde ahora un decrépito sacerdote ofrece, a solas y sin esperanzas, oraciones al Altísimo.

Richard, habiendo comprendido por primera vez la naturaleza de la inocencia cuando la perdió, tiene miedo de creer que Bertha, para comprender la castidad de su naturaleza, debe perderla primero por el adulterio.

Ampolla - ámbar - plata - naranjas - manzanas - pirulí - cabello - bizcocho - hiedra - rosas - cinta[73].

La ampolla le recuerda cuando se quemó la mano siendo niña. Ve su propio cabello ámbar y el plateado de su madre. Esta plata es la corona de la edad, pero también él estigma de la preocupación y el dolor que ella y su amante le han impuesto. Este camino de su pensamiento lo evita totalmente; y el otro aspecto, el del ámbar convertido en plata por los años, su madre como un presagio de lo que ella puede ser un día, apenas recibe una fugaz mirada. Naranjas, manzanas, pirulí... estos objetos ocupan el lugar de los pensamientos evitados y son ella misma tal como era, pues son las alegrías de su infancia. Cabello: la mente vuelve de nuevo a él sin reparar en el color, reparando únicamente en una característica sexual y en su crecimiento y misterio más que en su color. El símbolo de su adolescencia que crece suavemente. Bizcocho: de nuevo un débil destello de las alegrías que ahora comienzan a parecer más las de una niña que las de una muchacha. Hiedra y rosas: ella solía recoger hiedra a menudo cuando salía con otras muchachas al atardecer. Las rosas crecían entonces, una súbita nota escarlata en la memoria que puede ser una vaga sugerencia de las rosas del cuerpo. La hiedra y las rosas llevan y hacen surgir, a partir de la idea del crecimiento, a través de una reptante vida vegetal y hacia una ardiente y perfumada vida floral, el símbolo de la adolescencia que crece

[72] Odín y Sigfrido son personajes de la ópera de R. Wagner El *anillo de los Nibelungos*. Odín es la divinidad principal, del cual es descendiente Sigfrido. Los temas de la traición y la donación de la propia esposa a otro hombre también están presentes en esta ópera.

[73] Esta lista de palabras (y otras posteriores), encadenadas de manera críptica y por un proceso de asociación de ideas (que en este caso Joyce explica a continuación) es considerada por la crítica en general como el origen, o un anticipo, de lo que después sería la técnica del monólogo interior en *Ulises*.

misteriosamente: su cabello. Cinta para su cabello. El adecuado adorno para los ojos de los demás, y finalmente para los ojos de él. La adolescencia se convierte en virginidad y se pone «la cinta que es el símbolo de la doncellez»[74]. Un instinto orgulloso y tímido hace que su mente se aparte de la idea de soltar su cabello recogido -por muy dulce o anhelada o inevitable que sea- y ella se aferra a lo que es sólo suyo, y no suyo y también de él: felices y lejanos días de baile, lejanos, perdidos para siempre, muertos. c0 asesinados?

ROBERT: Tú has hecho que ella sea todo lo que es. Una personalidad extraña y maravillosa.
RICHARD *(sombríamente):* O la he matado.
ROBERT: ¿Matado?
RICHARD: La virginidad de su alma[75].
Richard no debe aparecer como un campeón de los derechos de las mujeres. Su lenguaje en algunos momentos debe estar más cerca del de Schopenhauer[76] contra las mujeres, y debe mostrar a veces un profundo desprecio por el sexo de los cabellos largos y las piernas cortas. En realidad, él lucha por su propia actitud, por su propia dignidad emocional y por su liberación, en lo cual Bertha no está implicada ni más ni menos que Beatrice o que cualquier otra mujer. No emplea el lenguaje de la adoración y su carácter debe parecer poco cariñoso. Pero el hecho es que durante casi dos mil años las mujeres de la cristiandad han venerado y han besado la imagen desnuda de uno que no tuvo ni esposa ni amante ni hermana, y a quien difícilmente se habría asociado con su madre si la Iglesia italiana, con su infalible instinto práctico, no hubiera descubierto las ricas posibilidades que había en la figura de la *Madonna.*

Nieve:
helada, luna, láminas, acebo y hiedra, tarta de grosella, limonada, Emily Lyons, piano, alféizar.

Lágrimas:
barco, luz del sol, jardín, tristeza, delantal, botas abotonadas, pan y mantequilla, un gran fuego.

En el primero el flujo de las ideas es lento. Es Navidad en Galway, una Nochebuena nevada e iluminada por la luna. Ella lleva almanaques con láminas a casa de su abuela para adornarlos con acebo y hiedra. Las tardes las pasa en casa de una amiga, en donde le dan limonada. Limonada y tarta de grosella también son los alimentos navideños que le da su abuela. Ella aporrea el piano y se sienta con su amiga Emily Lyons, de tez oscura y aspecto agitanado, en el alféizar de la ventana.

En el segundo las ideas son más rápidas. Es el muelle del puerto de Galway en una mañana radiante. El barco de los emigrantes se marcha, y Emily, su amiga morena, está en la cubierta, camino de América. Se besan y lloran amargamente. Pero ella cree que algún día su amiga volverá, tal como le promete. Llora por el dolor de la separación y por los peligros de la mar que amenazan a la muchacha que se va. La muchacha es mayor que ella y no tiene pretendiente. Ella tampoco tiene pretendiente. Su tristeza es breve. Está sola, sin su amiga, en el jardín de su abuela, y puede ver el jardín, ahora solitario, en el

[74] Joyce está citando del undécimo poema de su colección *Música de cámara.*
[75] Este fragmento de diálogo aparece incorporado al texto final casi literalmente, en el acto II.
[76] Arthur Schopenhauer (1788-1860), filósofo alemán para quien Dios y el libre albedrío son realidades ilusorias. Sólo la voluntad aparece como realidad aprehensible y verdadera.

que el día anterior jugaba con su amiga. Su abuela la consuela, le da un delantal nuevo y limpio para que se lo ponga, y unas botas con botones, regalo de su tío, y buen pan con mantequilla para comer, y un gran fuego ante el que sentarse.

La añoranza y el lamento por los días de adolescencia perdidos vuelven a dejarse sentir con fuerza. Una sensualidad persistente y delicada (visual: láminas, adornadas con acebo y hiedra; gustativa: tarta de grosellas, pan con mantequilla, limonada; táctil: la luz del sol en el jardín, un gran fuego, los besos de su amiga y de su abuela) atraviesa ambas series de imágenes. Una persistente y delicada vanidad también, incluso en medio de su dolor: su delantal y sus botas con botones. Ni un solo pensamiento acerca de una admiración más reciente, poderosa hasta llegar al fetichismo, y que ha sido bien observada por ella, atraviesa ahora su mente. Las botas evocan a quien se las regaló, su tío, y ella siente vagamente los olvidados cuidados y el afecto entre [los que] fue criada. Piensa en ellos amablemente, no porque fueran amables con ella, sino porque fueron amables con su ser adolescente que ya ha desaparecido, y porque forman parte de él, escondidos incluso de ella misma en su propia memoria. La nota de lamentación está siempre presente y encuentra expresión por fin en las lágrimas que le empañan los ojos al ver marchar a su amiga. Una partida. Una amiga, su propia juventud, que se marcha. Un débil resplandor de lesbianismo ilumina esta mente. También esta muchacha es morena, como una gitana, y ella también, como el moreno pretendiente que duerme en Rahoon, se aleja de ella, la asesina de hombres y quizás además asesina de amores, alejándose por el oscuro mar que es distancia, extinción del interés y muerte. Ellas no tienen pretendientes masculinos y se sienten atraídas vagamente una hacia la otra; la amiga es mayor, más fuerte, puede viajar sola, es más valiente, presagio de un varón moreno que vendrá después. La pasividad de su carácter ante todo eso no es vital para la existencia del mismo, y, sin embargo, es una pasividad inundada de ternura. La asesina está sola y tranquila, rodeada por el suave sol y los suaves cuidados y atenciones de su abuela, contenta de que el fuego esté caliente, calentándose los dedos de los pies.

¿En qué consiste entonces esta ternura y este afán por dar que es la muerte, o el descontento o la distancia o la extinción del interés? Ella no tiene remordimiento, pues [sabe] lo que es capaz de dar cuando lee el deseo en unos ojos oscuros. ¿Acaso no lo necesitan, ya que lo anhelan y lo piden? Negarlo, le dice su corazón, sería matar de forma más cruel e inmisericorde a aquellos a quienes las olas o una enfermedad o el transcurso de los años apartarán, sin duda, de su vida hacia la distancia, la muerte prematura, y esa extinción de la personalidad que es la muerte en vida.

Dentro de la incertidumbre de los dos personajes femeninos, Bertha disfruta de la ventaja de su belleza; un hecho tras el cual se puede ocultar, sintiéndose seguro, incluso el carácter de una mujer malvada, y con mayor razón un carácter no moralmente malvado.

Acto II

Bertha desea la unión espiritual de Richard y Robert y *cree (?)* que esa unión se realizará a través de su cuerpo, y se perpetuará por medio de él.

Richard acepta el homenaje de Robert hacia Bertha, pues, al hacerlo, se lo sustrae a las compatriotas de Bertha, logrando así descargar su venganza y la de su amor prohibido sobre ellas.

La obra consta de tres actos de juego al ratón y al gato[77].

La posesión física de Bertha por Robert, repetida asiduamente, sin duda haría que entre ambos hombres se estableciera un contacto casi carnal. ¿Lo desean ellos? ¿Verse unidos, entiéndase, carnalmente, a través de la persona y el cuerpo de Bertha, ya que no pueden, sin sentirse insatisfechos y degradados, unirse carnalmente hombre con hombre como hombre con mujer?

Exiliados... también porque al final o Robert o Richard tendrán que marcharse al exilio. Quizá la nueva Irlanda no pueda albergar a ambos. Se irá Robert. Pero los pensamientos de ella, ¿le seguirán al exilio como los de su hermana en amores, Isolda, siguieron a Tristán?[78].

Todos creen que Bertha es la amante de Robert. Esta *creen*cia va en contra de su propio *conocimiento* de lo que ha ocurrido, pero él acepta la creencia como un trago amargo.

De todos los amigos de Richard, Robert es el único que ha penetrado en la mente de Richard a través de la puerta del afecto de Bertha.

La obra, una pelea entre el marqués de Sade y el barón de Sacher Masoch[79]. ¿No sería mejor que Robert le diera a Bertha un mordisquito cuando se besan? El masoquismo de Richard no necesita ejemplificación.

En el último acto (o en el segundo) Robert también puede dar a entender que sabía desde el principio que Richard era consciente de su conducta y que él mismo estaba siendo observado, pero que persistió porque tenía que hacerlo y porque deseaba ver hasta qué extremo podía llegar la tolerancia silenciosa de Richard.

Bertha se resiste a conceder la hospitalidad de su vientre a la semilla de Robert. Por este motivo prefiriría un hijo de él nacido de otra mujer, a un hijo de él concebido por ella. ¿Es cierto esto? Para él la cuestión de hijo o no hijo es irrelevante. La resistencia de ella a entregarse incluso cuando no existe la posibilidad de un hijo, ¿es esa misma resistencia o un vestigio de los miedos (puramente físicos) de una virgen? Lo cierto es que su instinto es capaz de distinguir entre concesiones de distinta índole, y para ella la concesión suprema es lo que los Padres de la Iglesia llaman *emissio seminis inter vas naturale*[80]. En cuanto a la consumación del acto de modo externo, por fricción, o en la boca, la cuestión requiere aún mayor análisis. ¿Permitiría ella que su lujuria la llevara hasta el extremo de recibir la emisión de la semilla de él en cualquier otro orificio de su

---

[77] Esta frase es un eco de la descripción que el propio Joyce hace de Maja y Ulfheim en el tercer acto de *Cuando despertamos los muertos:* «Los dos juegan al gato y al ratón.» Véase «El nuevo drama de Ibsen», en *Escritos críticos,* pág. 82.

[78] Personajes de la ópera de R. Wagner *Tristán e Isolda.* Al igual que Robert, Tristán tiene que exiliarse tras conocerse su amor por Isolda.

[79] El marqués de Sade (1740-1814), escritor francés, y Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895), escritor austriaco, de los cuales las conductas sexuales denominadas sadismo y masoquismo toman, respectivamente, su nombre.

[80] «Emisión de semen en el órgano natural femenino.» Según Brown, pág. 57, Joyce sigue aquí la terminología del doctor Paul Gamier en su libro *Onanisme,* quien a su vez recoge la tradición ortodoxa católica al respecto. Pero, además, esta frase, en su traducción inglesa, aparece en dos ocasiones en Ulises, en los episodios de «Las rocas errantes» e «Ítaca».

cuerpo en donde, una vez emitida, no pudiera ser sometida a las fuerzas secretas de su carne?[81].

A Bertha le fatiga y le repele la incansable energía curiosa de la mente de Richard, y la plácida cortesía de Robert es un alivio para su fatiga.

Su mente es una gris niebla marina entre la cual los objetos comunes --acantilados, mástiles de barcos e islas desiertassurgen con perfiles extraños y, sin embargo, reconocibles.

El sadismo del carácter de Robert -su deseo de infligir dolor como parte necesaria del placer sensual- resulta aparente sólo, o principalmente, en su trato con las mujeres, para las cuales él es incesantemente atractivo por ser incesantemente agresivo. Para con los hombres, sin embargo, es manso y humilde de corazón[82].

- Europa está cansada hasta de las mujeres escandinavas (Hedda Gabler, Rebecca Rosmer, Asta Allmers)[83], creadas por el genio poético de Ibsen cuando las heroínas eslavas de Dostoievsky y Turgenev empezaban a volverse rancias. ¿Sobre qué mujer brillará ahora la luz de la mente del poeta? Tal vez, por fin, sobre la mujer celta. Vana cuestión. Riza el cabello como te plazca y suéltalo de nuevo cuando quieras.

Richard, incapacitado para mantener relaciones adúlteras con las esposas de sus amigos, más por la gran cantidad de fingimiento que le supondría que por estar convencido de que haya en ello algo deshonroso, desea, al parecer, experimentar por delegación la emoción del adulterio y poseer a una mujer atada, Bertha, a través del órgano de su amigo.

Bertha, en su momento de máxima excitación en el Acto III, da mayor fuerza a su discurso con la palabra «cielos».

La duda que nubla el final de la obra debe ser transmitida al público no sólo a través de las preguntas de Richard a ambos, sino también a partir del diálogo entre Robert y Bertha.

Todos los filósofos celtas parecen haberse inclinado hacia la incertidumbre o el escepticismo -Hume, Berkeley, Balfour, Bergson [84].

Las notas preparadas para los diálogos son, en general, demasiado difusas. Deben ser cribadas en el tamiz de la acción. Posiblemente la mejor manera de conseguir esto sea hacer un esbozo del acto siguiente (II), dejando que los personajes se expresen por su cuenta. No es necesario sujetarlos a las expresiones de las notas.

---

[81] Joyce se refiere aquí al sexo anal, que tanto protagonismo adquiere en algunas de sus cartas a Nora, como las del 8 y 9 de diciembre de 1909. El estilo de este pasaje, por otro lado, recuerda mucho al que encontraremos posteriormente en el episodio de «haca» en *Ulises.*

[82] Eco, entre otros, de San Mateo, 5,5.

[83] Personajes femeninos creados por Ibsen. Aparecen, respectivamente, en *Hedda Gabler* (1890), *Rosmersholm* (1886), y *El pequeño Eyolf* (1894).

[84] David Hume (1711-1776), filósofo escocés, autor del *Tratado sobre la naturaleza humana.* George Berkeley (1685-1753), filósofo irlandés, autor de *Tratado sobre los principios del conocimiento humano.* Robert Balfour (1550?-1625?), filósofo escocés, publicó comentarios sobre la obra de Aristóteles. Henri Bergson (1859-1941), filósofo francés, autor de numerosas obras sobre el conocimiento humano.

El mayor riesgo que existe al escribir esta obra es la ternura en las palabras o en la actitud: en el caso de Richard, no convence; y en el de los otros dos, resulta equívoca.

Durante el transcurso del segundo acto, como Beatrice no está en escena, su figura debe aparecer ante el público a través de los pensamientos o las palabras de los otros. Esto no resulta nada fácil.

El carácter de Archie en el tercer acto es una prolongación del carácter despreocupado de Richard, que se ha hecho patente a intervalos durante los actos primero y segundo. Sin embargo, como el afecto espiritual que siente Richard por su hijo (y también su sentimiento filial hacia su propio padre) ha quedado representado adecuadamente en los actos anteriores para servir de contrapunto a esa despreocupación, es el amor de Bertha por su hijo lo que debe resaltarse lo más fuertemente, lo más sencillamente y lo más pronto posible en el tercer acto. Debe, por supuesto, verse acentuado por la situación de tristeza en la que ella se encuentra.

Quizá no estaría de más hacer un apunte por separado de las andanzas de cada una de las cuatro personas principales durante la noche, incluidas aquellas cuyas acciones no le son reveladas al público a través del diálogo, a saber, Beatrice y Richard.

Robert se alegra de tener en Richard una personalidad a la que puede rendir el tributo de una admiración absoluta, es decir, alguien a quien no hay que ofrecerle siempre alabanzas matizadas y poco entusiastas. Esto lo confunde él con la veneración.

Un ejemplo llamativo de cómo ha cambiado el punto de vista de la literatura hacia este tema lo constituye Paul de Kock, descendiente sin duda de Rabelais, de Molière y de la vieja sou*che gauloise* [85]. Compárense, sin embargo, *George Dandin o Le Cocu Imaginaire* de Molière, con *Le Cocu,* de Paul de Kock. La salacidad, el humor, la indecencia y la vivacidad no le faltaban a este autor, desde luego, y, sin embargo, nos presenta una historia larga, vacilante y dolorosa, escrita, además, en primera persona. Evidentemente, ese caudal se ha interrumpido en algún punto.

Las relaciones entre la señora de O'Shea y Parnell no tienen una importancia vital para Irlanda[86]; en primer lugar porque Parnell tenía un defecto de habla, y en segundo lugar porque ella era inglesa. Precisamente aquellos aspectos del carácter de Parnell que podían haber resultado interesantes han sido silenciados. La manera de escribir de ella no es irlandesa; más aún: su manera de amar no es irlandesa. El carácter del señor O'Shea es mucho más típico de Irlanda. Los dos irlandeses más importantes de los tiempos

[85] Paul de Kock (1794-1871), escritor francés. En la obra que Joyce menciona, *Le Cocu (El cornudo),* de Kock trata el tema del adulterio desde la perspectiva del marido ultrajado. François Rabelais (1494?-1553), autor francés. Su obra más famosa es *Gargantúa y Pantagruel* (1532-34). Molière (1622-1673), famoso dramaturgo francés, autor de numerosas comedias de éxito. Souche Gauloise, tradición literaria francesa que se caracteriza por las narraciones vivaces, cómicas y atrevidas.

[86] Al parecer, Parnell y la señora O`Shea habían sido amantes durante diez años con la tolerancia de su marido, al que incluso se le había tapado la boca durante algún tiempo con un acta de diputado por la ciudad de Galway. Pero en 1889, de forma sorpresiva, el capitán O'Shea presentó una demanda por adulterio que fue aceptada y concluyó en divorcio. La situación de Parnell se hizo insostenible dentro de su formación política, a la que intentó mantener unida a pesar de las fuertes disensiones internas y de la pérdida del apoyo de W. E. Gladstone (primer ministro de Gran Bretaña en diversas ocasiones), de la Iglesia Católica, y de sus más inmediatos colaboradores. Dos años después moría Parnell y el partido seguía dividido.

modernos -Swift y Parnelldestrozaron sus vidas a causa de las mujeres. Y fue la adúltera esposa del rey de Leinster la que trajo al primer sajón hasta las costas de Irlanda[87].

[87] Joyce se refiere a Devorgilla, en realidad esposa no de Dermot MacMurrough, rey de Leinster (1135-1171), sino de Tiernana O'Rourke, rey de Breffni. Éste consigue expulsar de Irlanda a ambos, esposa y amante, quienes buscan asilo en la corte de Enrique II, dando ocasión así, según Joyoe, a la primera invasión anglo-normanda en 1169.